



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 5.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cinco columnas.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Figueroa, A. Pita, Figueroa (Augusto Suarez de), Forteza, Félix Pizuela, García Gutiérrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Felis, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Labaila (D. Jacinto), Madoz, Mata, Mañé y Flaquer, Montesino, Molins (Marqués de), Matos, Moya (F. J.), Ochoa, Olavarría, Olózaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcazar, Sanmartin y Aguirre (D. José F.), Teodoro Llorente, Trueba, Torres Mena (D. J.), Varea, Valera, Vicente Boix, Wilson (la baronesa de).

SUMARIO.

Revista general, por D. Augusto Suarez de Figueroa.—Un crítico de Goethe, por D. E. Perez Lirio.—Buda y su culto, por D. C. Moreno Lopez.—Solal Leyenda, por V. Toruato Tarago.—Estudios biográficos. Luis Velez de Guevara, por D. Luis Vidart.—El túnel del Monte-Cenis.—D. José Piquer, por la baronesa de Wilson.—Bibliografía. Viaje de Ceilán á Damasco. Golfo Pérsico, Mesopotamia, Ruinas de Babilonia, Ninive y Palmira, por D. Adolfo Rivadeneyra, por D. F. Miguel y Badia.—Proceso de la Commune de París.—El fondo y la forma, por D. P. Viced.—El folleto del príncipe Napoleón.—Importancia de la agricultura en los tiempos antiguos, por G.—Joyas y alhajas, ó sea: su historia en relacion con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día. Obra escrita en inglés por Mad. de Barrera, y traducida directamente al castellano, por D. J. F. y V.—Excursiones filosóficas, por Arnaldo.—Revista de Teatros, por E. Ugón y O'Connell.—Suelto.—Mi bandera (Poeta) por D. José Fernandez Mañé.—Anuncios.

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE SETIEMBRE DE 1871.

REVISTA GENERAL.

Creo que de ninguna suerte pudiera ser este día mejor solemnizado, que escribiendo de una vez el juicio militar y político de la batalla de Alcolea, que lo ha hecho memorable.

Si para otro aniversario me resolviera á contarla, tal como la he visto, y á criticar con corta pero serena razon la conducta de vencedores y vencidos, he de ponerme antes en estrecha penitencia hasta fortificar mi ánimo contra el asombro de los poetas liberales, que la han cantado como una redencion, y contra el enojo de los generales unionistas que la recuerdan como propia indisputable gloria.

Porque yo pienso que si la revolucion no hubiera alcanzado más apoyo que el de los militares proscritos, ni más victoria que la de Alcolea, la ex-reina Isabel, que ahora no puede reunir cincuenta notables en Deauville, tendria mil cortesanos en el palacio de Oriente, y en vez de solicitar con la humildad de un príncipe destronado los amores de sus hijos, desoiria con el orgullo de un príncipe dominante las quejas de sus vasallos.

Otros auxilios y otros combates son necesarios en estos actuales tiempos para decidir la suerte de una monarquía. No se hacen las revoluciones por solo un empeño de fuerza; no es en las batallas de soldados, sino en las luchas del espíritu, donde se redimen pueblos; no son generales afamados, sino ideas perseguidas los redentores.

Asombra que un reinado de treinta y cinco años y una dinastía de dos siglos, hayan desaparecido sin violencia; ó más bien, que segun la frase de un ilustre orador, se hayan ido como el personaje

de Schiller. Asombra que á la que habia tenido tantos servidores no le quedara un amigo; que la que habia sabido gobernar con tantos bríos, no supiera disputar á la tempestad revolucionaria su corona de princesa y su ambicion de madre, ya que no pudiese arrancar á la fama las cien leguas con que eran pregonadas sus flaquezas de mujer.

Y todo esto, ¿lo habrá ocasionado la batalla de Alcolea?

Y todo esto, ¿lo habrá hecho el general Serrano?

Si nuestra revolucion no fuese otra cosa ni significase más que un duelo militar, los ochenta mil soldados que conservaron la disciplina, valieran más que los veinte mil soldados que rompieron; el general Serrano no hubiera atravesado aquel famoso puente; el marqués del Duero no hubiera cerrado las puertas á los cuarteles, de paso que las abría á los regocijos populares; y la emigracion hubiera recibido al cabo, en diezmo número, y en señalada debilidad á los que venian de ella, hambrientos como quien ha sufrido estrechísimos ayunos, y alegres como quien vuelve, tras de larga forzada ausencia, á pisar el suelo donde descansan sus mayores, y oir los ecos que le narran con inimitables acentos sus pasadas alegrías.

He oido decir que cuando las tropas vencidas en Alcolea se retiraban acompasadamente, alguno de los generales vencedores, que habria leído en cualquier libro de guerra lo que puede hacerse con la caballería en tales casos, quiso que su escolta diera de improviso sobre la retaguardia enemiga; y así como lo pensó lo hubiera hecho, á no observarle uno de sus oficiales cuán funesto podia ser este movimiento, y cuán fácil era que trás los caballos, á poca costa rechazados y puestos en fuga, cayese sobre el puente la infantería de los contrarios.

El lance hubiera sido posible, porque estos retrocedian no como quien huye del peligro, sino más bien como el que se aleja de un amigo.

Nadie afirmar, sin embargo, que el éxito de la revolucion sea debido á la prudente advertencia de aquel oscuro soldado. ¡Quién habia de caer en tan notoria aberracion!

Esas tropas que conservando su buena moral se retiraban sin disputar el paso á los insurrectos de Cádiz, cedian, lo mismo que el general Concha cuando toleraba los desahogos del pueblo madrileño, lo mismo que el general Pezuela cuando deponia su espada y sus proyectos de resistencia ante una junta revolucionaria, lo mismo que el Gobierno cuando dejaba las riendas del Estado en manos de la reina, lo mismo que la reina cuando dejaba en manos del país su propio porvenir, cedian todos á una voluntad superior, á una revelacion íntima

que les anunciaba la última hora de su poder. Hubieran luchado contra una conspiracion, hubieran luchado contra una intriga; pero no podian luchar contra el enojo de las multitudes, ni llenar con amenazas y maldiciones lo que estaba vacío de voluntades.

Así es que por tener este sentido popular y democrático, la revolucion no pudo desplegarse y recogerse, conforme se desplegaba y recogía el deseo de los unionistas. Así es como, despues de haber andado algun tiempo por extraviados senderos, vuelve, cual si se operara en ella una saludable rectificacion, aunque quizá muy tarde, á su natural camino; y es por la misma causa que viene á ponerse bajo la custodia de los revolucionarios, despues de haber estado bajo la direccion de los conservadores; á buscar en la democracia lo que no ha encontrado en el privilegio, y á solicitar de los plebeyos el alimento que nunca pueden darle los grandes: reformas, reformas, reformas.

¿Las obtendrá?

Hay quien así como ha creído que una interinidad no podia dar soluciones monárquicas, cree tambien que una monarquía no puede dar soluciones liberales.

Segun este general sentir—en el cual convienen los enemigos de la forma monárquica y los enemigos del principio revolucionario—el Gobierno de una monarquía no asociará su nombre, ni en España ni en parte alguna, á grandes movimientos políticos.

Sin embargo, la monarquía está obligada á demostrar que es compatible con el régimen democrático; por que cuando no tenga este título no le quedará ningún otro con que excusar su presencia en nuestro siglo; por que cuando no acierte á vivir en cariñoso acuerdo con los derechos individuales; cuando no sepa proteger la ordenada emancipacion de todas las clases, cuando fie su cuerpo al cuidado de la aristocracia y su alma á las recomendaciones de una iglesia privilegiada, aquel día, las necesidades no satisfechas, las ideas tenidas en poco aprecio y las cóleras no apaciguadas le pedirán estrechísima cuenta, y lloverán sobre ella en desatada borrasca legítimas protestas y universales amenazas, contra las cuales no hay gloria que sea respetable, ni cimiento que no sea frágil.

Puesta en la prueba, parece como que á ella misma corresponde decidir su suerte: si no la sufre, en toda Europa la democracia vencerá á la monarquía; si la sufre, puede creerse, no que sea la forma de gobierno definitiva, puesto que no es la menos imperfecta; pero si que le está reservada una vida larga, aunque azarosa; tan larga cuanto sea necesario para fortalecer el juicio de los pueblos, y preparar por la difusion de la cul-

tura el acceso á un estado superior y más científico.

No debieran los reyes entregarse al regalado descanso con que les brindan los sistemas constitucionales, porque la pasividad del rey en el organismo representativo es ménos real, ménos efectiva que aparente; y porque, en último término, las revoluciones modernas no se detienen nunca ante las gradas del trono. Si el principio de que los monarcas reinan, pero no gobiernan, fuera exacto, ningún soberano de Europa cumpliría su fácil encargo tan religiosamente como el de Inglaterra. Pues ved qué piensan acerca de esto los ingleses: ha habido una época en que el alejamiento de la reina y su indiferencia respecto de los negocios públicos eran agradables al pueblo inglés, que aprovechaba hábil y prudentemente las ausencias de su tutor; mas, andando el tiempo, los ingleses, que todo lo observan, han dado en observar que pueden gobernarse sin la proteccion y sin los cuidados de la reina Victoria; y como allí no se intenta cosa alguna sin maduro razonamiento, han preparado este, que no me parece falta de fundamento: puesto que el rey no trabaja, el país no debe pagarle.

La reina, que tal oye, pretende abdicar en favor del príncipe de Gales; y aun cuando algunas cortes europeas, creyendo más arriesgado el poner la monarquía en manos de ese joven, cuyas aventuras traen escandalizada á la Inglaterra, que el dejarla en las de quien muestra tan gran desapego á las cosas del Gobierno, no verian con agrado la abdicacion, la reina Victoria insiste en su propósito, quizá porque presiente que las dificultades crecerán á medida que corran los días; que debilitándose á cada uno los sentimientos monárquicos de su pueblo, tanta más resistencia hallará el príncipe de Gales en la opinion pública, cuanto más tarde en recoger su herencia; y quizá tambien porque comprende que en el estado actual de Europa, las monarquías gobernadas por hembras andan en grave peligro de ser arrolladas por la revolucion.

Tambien en Portugal los descuidos del rey ocasionan repetidos conflictos entre el Poder ejecutivo y las Cámaras, ó entre las Cámaras y el cuerpo electoral. Así la conciencia pública, puesta en continua zozobra, sometida á diarias emociones, obligada á luchar constantemente, acabará por un desmayo, ó por una rebelion que desencadene sobre el trono los odios que arrancan de la tradicion y las protestas que miran al porvenir.

Con solo que se hubiera cumplido uno cualquiera de los programas que el rey ha formulado ante los representantes del país, estarian asegurados el bienestar económico y el orden moral en la monarquía portuguesa. Mas el príncipe reinan-

te, joven de buen natural y débil voluntad, tan débil que, según la voz del vulgo, no ha logrado imponerse ni a las ajenas licencias ni a los propios apetitos, abandona los negocios del Estado; y en vez de espolear a sus ministros para que reformen, para que economicen, para que den satisfacción a las exigencias de la Cámara, para que reparen los agravios populares, para que enmienden los yerros de pasadas administraciones, deja que se entreguen a disputas, que no dan provecho, ni honra, ni tranquilidad, ni dinero.

Allí no se despiden a los representantes del pueblo por conservar a los consejeros de la corona; allí no se retira la confianza a un ministerio por mantener la representación popular, no; cae todo a un tiempo, Asambleas y Gobiernos.

Más volviendo a la política interior, si es que estamos fuera de ella, no basta decir que la monarquía ha de transformarse como todas las instituciones humanas; que necesita, para vivir en el mundo moderno, asociarse estrechamente a la democracia; que debe sacar apoyo de las masas, y tomar alientos en la revolución misma.

Hay que ver si el movimiento político de nuestra España ha respondido a esta necesidad y realizado este fin, ya que otras necesidades quedaron sin satisfacción, ya que otros fines no se han cumplido todavía, por haberse extraviado la revolución en los laberintos del doctrinarismo.

Quédese para quien más pueda el averiguar si los principios democráticos habrán caído en nuestra legislación demasiado temprano, o si la forma monárquica habrá resucitado demasiado tarde.

Lo primero acusaría un atraso en que es difícil creer, y lo último un adelanto que nadie ha sentido ni visto en paraje alguno. Yo no entiendo que a los pueblos latinos les falta capacidad, sino educación.

Todo parece preparado para resolver, por lo que con España se relaciona, esta difícilísima cuestión. Los hombres revolucionarios han levantado al trono una dinastía que, como hija de nuestra raza, tiene las mismas virtudes, las mismas inclinaciones, los mismos vicios, los mismos defectos que el pueblo gobernado.

La primera palabra del rey no ha dicho nada: el discurso de la corona era harto comunicativo en lo personal; y en lo político, más frío, más reservado de lo que hubiera convenido a todos. Basta verlo para saber que era obra de una conciliación impotente hasta para hablar.

En cambio, el primer acto ha revelado tanto, tanto, que a ciertos dinásticos les parece demasiado revelar. Cuando era llegada la ocasión de escoger entre la política radical y la política conservadora; cuando se creía que lo atrasado en el camino revolucionario no se andaría ya nunca; que no había rectificación posible; que la monarquía, conservadora por naturaleza, trabajaba para detener a la revolución con todas sus imperfecciones, con todos sus errores, el rey confía la dirección de los negocios y el gobierno de su casa a los más avanzados, a los más nuevos, a los más plebeyos.

De suerte, que aun estos días que parecen puestos para descansar del espíritu, son días de prueba y de trabajo; y estas fiestas con que la revolución conmemora su triunfo, no convidan al arrepentimiento; sino a la esperanza.

AUGUSTO SUAREZ DE FIGUEROA.

UN CRÍTICO DE GOETHE.

Hay obras que nacen con el sello de la inmortalidad; y el que atraviesa, siquiera sea rápidamente por el campo de la ciencia ó el arte, las contempla poseído del sagrado respeto con que mira el viajero del desierto destacarse las vetustas pirámides en los lejanos horizontes. Pero, así como las grandes obras arquitectónicas parecen destinadas a no morir sino cuando muera la tierra que las sostiene, las grandes obras literarias parecen unidas íntimamente con el espíritu que las engendra; y mientras inspiran las unas sentimientos, al cabo perdurables, levantan las otras en el alma ideas de lo eterno y lo infinito.

Tal podemos decir del poema de Goethe. Sus inspirados cantos conmueven todas las fibras del corazón y despiertan todas las voces de la conciencia. Los sábios han encontrado en él profundas verdades, ardientes inspiraciones los poetas, encantadoras imágenes los pintores, los músicos inextinguibles armonías.

La crítica superficial, que se arrastra por los accidentes y los detalles, le ha buscado con minucioso anhelo y tal vez con envidioso afán, algún pequeño vacío, alguna ligera incorrección en las formas. De tan extéril trabajo nada toma la crítica profunda, que penetra en la esencia de las cosas, que estudia el objeto en su conjunto, en su contenido y en sus relaciones; pero no descendiendo jamás hasta el grano de arena que nunca empuja la cristalina corriente, hasta el átomo de polvo que nunca oscurece la luz del sol.

Tratando la primera con desdénosa indiferencia, D. Mariano Calavia ha escogido la segunda para sus *Estudios*, los cuales, después de haber aparecido en varios periódicos, verán pronto la luz pública coleccionados bajo la modesta forma de un folleto.

Divídelos, como el poeta su obra, en una introducción y dos partes. Siguiendo al poema, no con el servilismo que sigue al texto la nota, sino con la independencia, con la libertad que la fudole de sus trabajos requiere, escoge los puntos capitales y los enlaza convenientemente, presentándolos al lector en un conjunto acabado donde se admiran a un tiempo la severa belleza de su lenguaje y la serena profundidad de sus pensamientos.

Los *Estudios* de D. Mariano Calavia llevan propiamente el nombre de críticos, tomando esta palabra en su más lata acepción, en su más alto sentido. No solo examina el poema objeto de su trabajo tal cual es, lo califica artísticamente, y refiriéndose a un ideal superior, juzga en qué parte y cómo lo cumple, ó en qué punto y por qué causa no lo ha realizado enteramente, sino que además hace un comentario vivo, una explicación acertada, y deduce una serie de preciosas aplicaciones para la ciencia, para la vida y el destino humano.

¿Qué nombre merece el poema de Goethe? ¿Es una epopeya? ¿Es la ruina de una civilización, de un pueblo, de una edad ó de un principio, ó el triunfo de otro principio, de otra edad, de otro pueblo, de otra civilización? Esta es una de las cuestiones que en la introducción a sus *Estudios* se propone D. Mariano Calavia, para resolverla con sumo acierto.

Goethe escribe su poema cuando la revolución material había sembrado de escombros la tierra, y la revolución moral de negaciones el espíritu. El pasado se derrumbaba con estruendo; pero aun no amanecía la aurora del porvenir. En todas partes, desolación; en ninguna señales de la nueva vida. El génio del poeta encontraba detrás de sí el fanatismo dogmático, a su lado el excepticismo filosófico, y ante sus ojos horizontes cubiertos de negras sombras.

Hé aquí por qué si Goethe pudo presentar el cuadro de una civilización, ó mejor de todas las civilizaciones hasta su tiempo en derrota, no pudo describir el triunfo posterior y necesario. Con su inteligencia superior lo presentaba; con su inspiración potente llegó a bosquejarlo; pero le fué imposible definirlo, trazando sus límites y señalando su fin. Poseía el plano de la epopeya; poseía condiciones para llevar a feliz término obra tan gigantesca; pero le faltaban materiales. Cúlpese al tiempo en que había nacido, impotente para crear, incansable para destruir.

El sentido profundamente moral y filosófico del *Fausto*, no puede ocultarse a los ojos del Sr. Calavia, que, concentrando su pensamiento, penetra, digámoslo así, en el espíritu del poeta; y sin que distraigan su atención las risueñas imágenes de los alegres días, y los negros espectros de las lúgubres noches que describe Goethe, sorprende los orígenes, los gérmenes mismos de aquella inspiración nacida tan á la raíz de la conciencia del hombre.

Toda ella parte, según el crítico, de un principio grabado con indelebles caracteres en la mente del poeta. Es á saber: «Por más que el mar espumoso (las personas, las preocupaciones, los ídolos, los extravíos, los vicios) azote con sus olas el pie de las rocas, y rocas y mares sean llevados al círculo eterno de los mundos, no por eso el brillo inextinguible de la razón en la conciencia palidecerá en lo más íntimo, y siempre será esta impecable, por más que el que la rige (el sujeto) pretenda torcer su dirección inexorable.» Demostrar que el mal es pasajero como el límite, el bien eterno como el infinito; en esto se concentra el plan del poema. Pintar los efímeros triunfos del primero, presentar la victoria definitiva del segundo; á esto se reduce su desarrollo.

Con tal objeto traza Goethe dos figuras de gigantescas proporciones, Fausto y Mefistófeles, cuya concepción afortunada no pudo verificar sin haber dado á su inspiración extensísimos vuelos, sin haber rebasado todas las alturas á que ha subido en sus paroxismos sublimes la imaginación de los poetas.

El Sr. Calavia mira en Fausto el Hombre todo, la *Humanidad*; en Mefistófeles, el Entendimiento ensobrecido, y en el poema la lucha sorda y tenaz de la razón que guía por el recto camino, con el entendimiento que alucina y tuerce; lucha de todos los días, de todas las edades, del pasado, del presente y del porvenir; pero lucha que va estrechando poco á poco los límites del mal y que acaba por reducirlo á la nada.

Explicados así los fundamentos generales del poema, entra el crítico, examinando cómo se expresan en lo particular, cómo se desenvuelven en cada una de las escenas. Aquí hace gala de toda su capacidad, de todo su poder analítico. Penetra en el contenido del poema, lo recorre como un terreno llano y conocido, y va marcando punto por punto la pendiente que preci-

pita en el abismo y la senda escabrosa que conduce al Calvario de la redención.

Sorprende las señales de la invasión del mal en aquellos momentos en que Fausto, dejándose arrastrar por la impaciencia, quiere presentarse al misterio de la fecundidad, apurar todas las delicias, contemplar todas las bellezas, conocer todas las verdades. Y de aquí parte, analizando los procedimientos que emplea el mal (Mefistófeles) para apoderarse del alma del doctor, ya extraviada y torcida. ¿Cómo se presenta sin repugnantes aparatos, para no provocar desconfianzas y temores! ¿Cómo el que se ha de convertir en tirano se ofrece por esclavo para cautivar con su mentida humildad! ¿Cómo el que ha de clavar todas las espinas, brinda con todas las flores! ¡Y cómo da placeres fugitivos que están al alcance de los sentidos, en cambio de la realidad infinita, de la dicha suprema que no puede conseguir el hombre sino por trabajos, por esfuerzos propios, cuando se ha hecho digno de ella, dirigiendo rectamente su actividad!

Estudia la gradación que existe necesariamente en el mal que como el error tiene su lógica inflexible, como la verdad y el bien tienen la suya, y recorre, descubriendo en el fondo de las imágenes poéticas el sentido filosófico que encierra la inspiración de Goethe, la cadena repugnante que va enlazando los malos deseos con las malas acciones, y estas entre sí, el asesinato de Valentin con la deshonra de Margarita, hasta que llega el adormecimiento de la conciencia y penetra el alma de Fausto en el centro de la negra noche que oculta todos los vicios y esconde todos los crímenes.

Cuando ya todo queda envuelto en sombras en este cuadro de dolor, el poeta, presentando las cosas tal como son en realidad, conduce con grande oportunidad á Fausto, aquejado por tartaros remordimientos, á la cárcel donde Margarita expía sus faltas, y el crítico, aprovechando este feliz accidente, vuelve por los fueros de la naturaleza humana, cuya bondad ingénita y cuya constante posibilidad regeneradora se descubre aun en medio de la mayor degradación.

Llega el Sr. Calavia á la segunda parte del *Fausto*, sembrando de máximas morales y de verdades filosóficas el camino que recorre, verdades y máximas que nos es imposible recoger en este artículo, y en ella reconstruye nuevamente toda la obra que examina, reconstruyéndolo al propio tiempo el plan de sus *Estudios*, con lo cual llena todas las condiciones que pueden pedir los más exigentes á trabajos de esta índole.

En este punto Goethe hace apurar á Fausto todas las amarguras, el hastío, la ansiedad, el remordimiento, el combate interior de las pasiones, y deja vislumbrar al mismo tiempo el plan sistemático de una rehabilitación sostenida; hace obrar á Mefistófeles con todas sus astucias del mal, con todos sus sofismas, y entrevee al paso su derrota definitiva; hace que aparezcan evocados por la magia poética las ruinas del mundo antiguo (Elea) para juntarlas con las ruinas del mundo moderno (Margarita), y presente la aparición de un mundo mejor y más perfecto, en el cual se armonicen los elementos de la vida espiritual y se aclaren los horizontes del destino humano.

Pero el crítico nota que en esta parte no hay más que presentimientos vagos, aspiraciones indeterminadas, sin que se concreten el fin y los medios de la rehabilitación, sin que se mida el campo donde ha de alcanzarse el bien una victoria definitiva, anulando los efímeros triunfos del mal.

Aquí terminamos. Nos sería imposible seguir al Sr. Calavia, penetrar hasta donde él penetra, y medir toda la extensión y toda la profundidad de sus *Estudios críticos*. Nuestro objeto ha sido tan solo llamar la atención y el pensamiento de nuestros lectores hacia una obra que, como la del Sr. Calavia, encierra un gran mérito, literario y filosóficamente considerada. Desearíamos haberlo cumplido.

E. PÉREZ LIRIO.

BUDA Y SU CULTO. (1)

II.

Dejamos dicho en nuestro primer artículo de qué modo se constituyó en sociedad el pueblo Arya, y cuáles eran los principales puntos de teología, preceptos dictados, ya por el *Big Vera*, ya por los supremos sacerdotes, que habían hecho en el sistema religioso una verdadera revolución.

No debía ser la última, sin embargo; y á un hombre de gran perspicacia y talento estaba reservado el cambiar la faz político-religioso del pueblo asiático de un modo radical y definitivo.

Es probable que impelidos por un rápido aumento de población, ó tal vez ganosos de mas extensos dominios, los aryas remontaron el Ganges, y avanzando por sus países meridionales, arrojaron á las montañas á los poseedores de aquellos ó los sometieron aliándose con ellos.

Pero véase lo que dice el autor de donde hemos entresacado nuestros apuntes: Estas alianzas á *fortiori*, por supuesto, y siempre con menoscabo del pueblo

(1) Véase nuestro número anterior.

conquistado, dieron por fruto una cuarta é infima casta; los *sudros* ó esclavos, horrible derecho de conquista á todos los pueblos y bárbara cuanto repugnante ley del hombre más fuerte sobre el más débil.

Durante este período de guerras y expropiaciones, fué tomando preponderancia la clase noble; y bien pronto por su mútua inteligencia con la de los sacerdotes y mediante la estrecha amalgama de los elementos militares y religiosos, nacieron los *chatrias* ó guerreros y los ambiciosos *brahmanes*, superiores en rango á aquellos primogénitos, *sai dissant*, de los dioses y los solos intérpretes de los libros santos, según arriba dejamos dicho.

Creó el sencillo pueblo que el nacimiento de un brahman representaba la encarnación del bien y de la justicia sobre la tierra, y prevalidos los orgullosos sacerdotes de tanta preponderancia, hicieron, asimismo, tener por artículo de fe que cuanto en el mundo se encierra era, de hecho, propiedad suya.

Dotados de poderes tan ilimitados y sobrenaturales, en una época de ignorancia y bárbarie, se concibe fácilmente cómo aquellos *juglares* se erigieron en árbolitos y señores de la India, y cómo escudados con su derecho divino y resumiendo en sí todos los altos poderes, religiosos y políticos, dictaron leyes á su gusto, entre otras, la *fundamental de Manu*, reservándose egoístamente el lado placentero de la vida, impunes en sus liviandades y enmascarados con la más páfida hipocresía, sentaron los fundamentos de un sistema teológico, opuesto en todo á las creencias religiosas de los aryas.

Más un nuevo sistema fué preconizado, predicado, defendido con pasmosa sagacidad y grande inteligencia, y se entronizó de tal manera, que ha sabido resistir á todas las revoluciones interiores del suelo indico.

De esta filosofía brahmánica (tomada quizá de los pueblos conquistados, puesto que en los *vedas* el nombre de *Brahma* es desconocido) de esta filosofía, decimos, nació la *Trinidad* india compuesta de *Brahma*, *Vichnú* y *Siva*, nombres que, respectivamente, representan la creación, la existencia y la destrucción del universo.

Sin embargo, aunque dicha doctrina estaba muy arraigada entre el pueblo, fué objeto de una especie de protesta, protesta que induce á dudar—dice un historiador—de la bondad de los medios que habían de emplearse para alcanzar el resultado definitivo, ó sea la absoluta libertad del alma. Con tal motivo, entablóse una acalorada discusión teológica, en la que, rompiendo lanzas los doctores de la ciencia metafísica, acabaron por dividirse en dos bandos que procuraban, cada uno por su parte, atraerse el mayor número posible de adeptos.

Atribuían unos toda la gran importancia del resultado final de la vida á las prácticas de los preceptos litúrgicos y morales, mientras que los otros veían la infalibilidad de la eterna salvación en el dogma de la *fe*.

Predicaban los primeros que el hombre no podía salvarse sin cumplir fielmente la ley social y los deberes religiosos, y excitaban al pueblo á practicar un culto exagerado y ridiculo; al propio tiempo, los segundos procuraban detener con sus doctrinas tan fervorosas exageraciones, negando la eficacia de las obras para alcanzar la salvación y proclamando que para obtener tan altos fines era bastante con *meditar, aprender y no dudar*.

Los paladines de la liturgia, que eran los *brahmanes*, llevaban la idea ulterior de un valladar á la ley del progreso, consagrando en su lugar, y como antemural infranqueable de aquella, el desnivel social y la diferencia constitutiva que traían consigo las castas; mientras que los *creyentes*, llamémoslos así, buscaban en su doctrina una razón á la destrucción final del mundo, tendiendo así á sustituir el antiguo politeísmo con el panteísmo místico, ó sea el dios impersonal á donde refluyen todos los seres.

Y en efecto; poco á poco fueron flogrando sus fines y reemplazaron la trinidad brahmánica con un ser creador, absoluto, abstracto y omnipotente; un Dios que era la esencia del mundo y la única sustancia origen de las criaturas.

En virtud de su propio poder, esta

sustancia podía desenvolverse, ya creado seres animados ó inertes, ó bien, absorbiéndose en ella misma, tornar á la nada todo lo que había creado anteriormente.

No hay que discurrir gran cosa para alcanzar que dicha doctrina convertía á Dios en un sér mezquino y absurdo, y fué consecuencia de ello el que haciendo olvidar al pueblo indio el origen del pasado, llegase aquel al exagerado ridículo ascetismo de que dan fe cuantas relaciones acerca de la India hemos leído. A su influjo pobláronse los bosques y las soledades de penitentes y anacoretas, con la sola idea de emprender la árdua tarea de su eterna salvación, y alejados del bullicio de la sociedad, entregarse á la meditación de las cosas divinas entre crudas maceraciones corporales. Grande era el fervor de aquellos primeros ermitaños al imponerse las penitencias más horribles, tales como permanecer por espacio de meses enteros inmóviles y en violentas posiciones; exponiéndose á los rigores del clima completamente desnudos; permaneciendo en la cúspide de una columna á orilla de los caminos; acostándose entre cuatro hogueras cuando el sol tropical abrasaba el suelo con sus más ardientes rayos y pronunciando continuamente las sacrosantas palabras *Aum; Hl.*

Tal exacerbación religiosa y tanto fanatismo por las mortificaciones, uniéndose á la eterna postergación de las clases infimas, acabaron por arrojar en el pensamiento de éstas su germen de malestar y descontento palpable, y cierta post-tración moral, funesta y desconsoladora, que bien podía calificarse de verdadera desesperación.

Esta consecuencia era fatalmente lógica. En la vida terrenal vivía aquella raza gimiendo bajo el peso del despotismo de los reyes y bajo el yugo acerbo de los altos dignatarios, teniendo que renunciar á la esperanza de un progreso moral y material que tal vez anhelaba y presentía. En la vida futura su desencanto era más cruel, puesto que en vez de una compensación á las amarguras y miserias de este mundo, solo esperaba hallar el desesperante porvenir de las continuas transmigraciones, castigo injusto impuesto por faltas imaginarias, toda vez que tenían por base el pecado original.

Triste debía ser ciertamente el estado de las masas populares de la India, cuando se arrojaron en brazos de una nueva doctrina así que la vieron enunciada, sin discutirla, ni tratar de apreciar la bondad ó lo absurdo de sus preceptos, é impelidos tan solo por el deseo irresistible de hallar un poco de esperanza en el porvenir, ya que en el presente y en el pasado todo se les negó por sus dominadores.

Buda, ó Budha, apareció en fin como un íris de bienandanza en medio de aquel caos espantoso. Negando la doctrina brahmánica, dictando leyes favorables á las razas desheredadas, y maestro de una filosofía parecida á la de Sócrates, supo inspirar amor y confianza á las masas indigentes, y sus discípulos le convirtieron en un dios, después de haber sido el fundador de la doctrina que más adeptos tiene sobre el globo.

Buda era jóven, á la sazón. De estirpe régica descendente; casado con tres hermosísimas mujeres y dueño de grandes riquezas, era su vida un manantial de deseos y de placeres satisfechos. ¿Qué acontecimiento impensado, qué causa desconocida pudo así modificar los costumbres del hijo de Cuddhodana?

Cuenta una tradición que paseando Buda cierto día á lo largo de un solitario camino, encontró sucesivamente un enfermo, un anciano y el cadáver de un niño. La ardiente fantasía del reformador le representó bajo aquellas apariciones la síntesis, la realidad de la vida humana; y constantemente dominado por el pensamiento que despertara en su cerebro aquella que él juzgaba providencial advertencia, dejó á los veintinueve años de edad su palacio y sus riquezas, y cubierto con su túnica amarilla, color simbólico de las razas reales, recorrió la India mendigando su sustento y buscando la verdad.

Instruyóse en la ciencia de los brahmanes, que llegó á profundizar, y se hizo anacoreta por espacio de seis ó siete años; mas disgustado de aquella vida de estéril penitencia y que no podía re-

dundar en provecho de nadie, se entregó á profundas meditaciones, y la verdadera luz, segun él dice, brilló en el fondo de su alma.

Empezó á predicar su consoladora doctrina, y sus prosélitos iban creciendo prodigiosamente: los brahmanes combatieron la reforma, pero el reformador recorrió triunfalmente el territorio indio, arrastrando en pól de él las simpatías y las bendiciones de esclavos y señores, hasta que después de una existencia activa, laboriosa, infatigable, únicamente empleada en lo que él creyó ser la suprema verdad, Buda murió en Kucinagara 540 años antes de Jesucristo, y siendo quemados sus restos y encerradas las cenizas en una caja de oro.

La religión de Buda era un término medio entre las doctrinas de los espiritualistas y la de los panteístas.

Negando el Dios Supremo de los unos, y la sustancia infinita de los otros, concedió solamente la existencia de seres finitos, basada en la antigua creencia brahmánica de la trasmigración; pero una trasmigración infinita.

El único modo de sustraerse á esta fatalidad era evitar las reincarnaciones, y para conseguirlo fué aconsejado el suicidio. ¡Barbaro extremo! ¡Qué terribles consideraciones se desprende de tan molesta filosofía y de los fundamentos de un dogma que le quita al hombre los inefables consuelos de una vida futura, en que vea recompensadas sus miserias de la tierra!

Pero aquí salta una duda. ¿Podía el hombre sustraerse efectivamente al castigo de la reincarnación acogiéndose al suicidio?

Buda intenta demostrarlo con el siguiente razonamiento:

«En la vida se encuentra el dolor, el aniquilamiento del dolor y los medios conducentes al aniquilamiento del dolor.»

«El dolor es el nacer, es la enfermedad, es la vejez y la muerte.»

«Las causas del dolor son los deseos concupiscentes y la aspiración á goces imposibles.»

«La destrucción del dolor es la muerte del deseo y de la concupiscencia, y además la indiferencia hácia los goces ó penas del mundo material.»

«El medio de llegar á dicha perfección, es la práctica de las virtudes, pues que con ellas se logra la indiferencia y la insensibilidad.»

El prosélito de Buda debía, pues, y segun su maestro lo había realizado, vivir como un mendigo y hacer voto de castidad.

Apartados de este modo los penitentes de todo contacto social, pero sintiendo la necesidad ineludible de ese mismo trato que condenaban, constituyeron entre sí otra sociedad aparte, y las comunidades religiosas de ambos sexos empezaron á tener carácter propio, siguiendo ocho preceptos que hoy vemos consignados, uno por uno, en nuestro *decálogo*.

Como Buda negaba el sistema de castas haciendo iguales á todos los hombres, se concibe el prodigioso número de adeptos que tuvo, quienes solo veían el albor de la nueva vida, sin reparar en las terribles conclusiones del dogma.

Castidad, paciencia, misericordia, tales son los principios de la moral búdica que, unidos á la negación gerárquica y al ensalzamiento de las clases infimas, formaron un código, valioso aun en medio de sus grandes errores, y que moralizó el carácter de aquellos seres violentos, salvajes moradores del Asia central, reducidos hasta entonces á la condición de irracionales, merced á la abominable tiranía de los pontífices de Brahma.

Muerto Buda, tuvieron lugar algunos Concilios y su doctrina fué paulatinamente modificando hasta el extremo de que Kanápa, discípulo de aquel, propuso la modificación de las sectas, tomando de los principios esenciales de cada una de ellas lo necesario á constituir un cuerpo de doctrina que no estuviera en oposición con la que predicó el maestro.

En estas Asambleas empezó á practicarse la *confesión*, ya preconizada por Buda, como medio de borrar las culpas cometidas.

Pero no era la confesión auricular instituida por la Iglesia católica, no; reuníanse los penitentes, se repasaban los ocho preceptos de que ya hemos hablado, y uno por uno iban comunicándose en voz alta los asistentes las infracciones contra aquellos cometidas.

Hecha la confesión, la Asamblea imponía la adecuada penitencia.

Hemos dicho que por la época en que Buda hacía sus predicaciones, nacieron las comunidades religiosas en la India, las cuales vivían en el campo consagrado á los ayunos y maceraciones; pero sin duda debieron juzgar tal existencia por demás desagradable y penosa, porque empezando por construir cabañas aisladas, vinieron luego á reunir las á fin de vivir en mayor intimidad y contacto. Por último, aquellas primitivas viviendas fueron substituidas por otras más cómodas, más elegantes, más lujosas, sin duda alguna, viniendo á parar en que á la vida del silencio, de la austeridad y de la contemplación, sucedió otra vida agradable y completamente distinta y aun opuesta á lo que el cenovitismo reclamara.

Tres siglos después de Buda los monjes de la India eran numerosos; fué poco á poco extinguiéndose la idea esencial de la penitencia y refinándose el gusto y apego á la buena vida; la cabaña fué reemplazada por la *celda*, y la magestad imponente de los bosques por el egoísta quietismo del claustro.

Nació el convento; el cenovita había desaparecido y las comunidades pudieron desde entonces solazarse por salones y jardines, alabando á Buda, mientras esperaban que la campana los llamase á la oración ó al refectorio.

Constituido definitivamente y de un modo tan estable el sistema filosófico iniciado por el reformador de la religión de Brahma, hace mucho que la historia moral é intelectual de la India pronunció su última palabra. Estacionada dicha región en medio de los adelantos del mundo y sin experimentar la necesidad de ellos, aun sintiendo continuamente su poderoso contacto, parece como que espera impasible su disolución final, sumergida en el más pronunciado fatalismo.

No desconfiemos, no obstante. Los tiempos cambian y las ideas se modifican. Tiempo há que el espíritu civilizador de los modernos siglos llamó á las puertas del Asia. Si hoy el viajero contempla absorto las soberbias pagodas arruinadas que cubren con el polvo de las edades las mutiladas estatuas de Buda, mañana—¿quién sabe?—el sol resplandeciente de la India tal vez hará brillar la cruz cristiana sobre los magestuosos monolitos de Ongkor y de Elefanta.

C. MORENO LOPEZ.

¡SÓLO!

LEYENDA.

Por Torcuato Tarrago.

Si hay algún pensamiento que se acuerde de lo pasado, que recoja las palabras de este libro,

I.

El héroe de nuestra leyenda había venido al mundo como una gota de agua que baja de las nubes. Se llamaba Azariel, y servía de paje á uno de esos antiguos señores que pasaban la vida en el bosque, en el combate ó en el castillo.

El paje, aunque llevaba este título, no servía para maliciar la cosa. Ni su señor le ocupaba para nada, ni nadie se fijaba en su oscura y solitaria existencia, vinculada, arraigada y encerrada en un torreoncillo, desde el cual se descubrían muchos horizontes, cielos infinitos, prados, ríos y montañas, y por la noche todo ese polvo de oro, que se llaman estrellas, y son el escabel de Dios.

¿Cómo se encontraba en aquel torreoncillo? El no lo sabía. Mil veces se había hecho esta pregunta en las eternas horas de su soledad, y otras tantas no había sabido responderse. Miraba para atrás, y no veía más que un mundo convertido en pavesas, unos días agitados sin saber en qué, unos recuerdos extinguidos en sueños y esperanzas irrealizables. Su alma estaba marchita, casi antes de conocer las realidades de la vida, su corazón se hallaba casi siempre oprimido por una fantástica mano de hierro.

Azariel no se había fijado ni en su nombre poético. Dejaba pasar la vida con la misma serenidad que un arroyo deja correr sus linfas cristalinas. ¿Qué es lo que hacía entonces? Una cosa tan sola. Cazar.

Y con la escopeta al hombro, porque ya en la época de nuestra historia (1650), existía este instrumento de muerte, se iba siempre solo por peñas, valles y breñas, más bien pensando en ilusiones doradas, que en realidades engañosas.

Nadie le seguía, nadie le miraba, nadie hacía caso de sus disparos y se le dejaba entrar y sa-

lir sin que ninguna mirada se fijase en él. Azariel tampoco hacía mucho caso que digamos de los otros pajes y escuderos, y así pasaba la vida sin darse jamás una explicación del profundo olvido en que se le tenía.

El paje se había acostumbrado á él y estaba satisfecho en medio de aquel abandono, que si tenía sus inconvenientes, no dejaba de tener sus ventajas.

Y esto que vamos á decir en seguida, es una cuestión de carácter.

Cuando todo lo que nos rodea se vuelve bruscamente contra nosotros, se encierra el alma en sí misma y deja de hacerse comunicativa. El paje no tenía ni una voz amiga que le llamase, ni un consejero que le instruyese, ni un jefe que le mandase. Su señor le dejaba hacer, sin importarle jamás, y esto le obligaba á retraerse en su elevado torreoncillo, que era el único punto donde respiraba con libertad.

¿Era feliz en aquel antiguo nido de golondrinas? Lo era en cuanto es posible serlo. Allí vivía entre el canto de los pájaros, bajo los rayos del sol, gozando con la tibia luz de las estrellas, si era de noche; viviendo con la blanca aurórea del alba, cuando principiaba el día.

¿Pero estaban encerrados en estos goces todos los de Azariel? Pregunta es esta á la que responderemos paulatinamente. No es posible penetrar de repente el pensamiento humano. Hay velos que levantar, así como el viento tiene siempre nubes que descorrer.

No entraremos en divagaciones, sino en hechos prácticos.

Por largo tiempo estuvo Azariel viviendo como los niños del limbo, esto es, sin pena ni gloria. Cazaba, corría por el campo, leía poesías y rascaba una vihuela del mejor modo posible. Cuando no hacía nada de estas cosas, se pasaba los días durmiendo.

¿Pasó algún fantasma de color de rosa por su imaginación rendida?

Hé aquí el primer secreto de su existencia.

Ya lo hemos dicho diversas veces. El hombre es una novela que anda.

II

Los pájaros y las estrellas sabrán algo de lo que decimos.

Azariel era una especie de vicho raro, en medio de los habitantes del castillo de su señor. Se le veía muy á menudo andando por los tejados cizcando nidos, otras (cosa rara) se le observaba horas enteras recostado en el tragaluz de su torreoncillo, con una inmovilidad extraña, con el dedo metido en la boca, y la cabeza medio hundida en los hombros.

—¿Qué es lo que hace? se preguntaban algunas jóvenes sirvientas cuando al pasar por la espléndida galería lo miraban descaradamente.

—Pensar en las musarañas, contestaba la más desvuelta.

Y mofándose de aquella especie de *mochuelo humano*, las expresas sirvientas iban á prestar sus servicios á la señorita Jeorgina de Meneses, hija única del señor del castillo, y jóven hermosísima, de quien nos ocuparemos más adelante.

Pero aquellas ligeras murmuraciones, aquellas picaduras de avispa, no llegaban jamás á la elevación en donde se encontraba nuestro paje. Este, cuando las veía pasar, ni siquiera distinguía si aquellos ojos brillantes y juveniles lo miraban con interés ó con indiferencia.

Azariel pensaba ó no pensaba en otras cosas. Para él, el corazón estaba tan profundamente dormido, que ni siquiera sabía que en aquella turba de alegres muchachas había dos ó tres medianamente aceptables. Sus goces se hallaban reducidos á cosas más metafísicas, y aparte del tiempo en que pasaba la vida durmiendo, lo consagraba á una existencia cómoda y errante.

Sin embargo, había de llegar un día en que saliese de aquel profundo marasmo del alma por medio de una de esas aventuras que se presentan de repente y sin saber cómo, para variar la existencia del hombre.

Esta aventura, sencilla en su forma, en su desarrollo y desenlace, fué el primer eslabon de la cadena de su porvenir. En ella principia la misteriosa dicha y la eterna desgracia de Azariel.

Veamos cómo.

Una mañana quiso nuestro paje dar un paseo por los alrededores del castillo, en vez de estarse mano sobre mano en su torreoncillo. Y como nadie se metía en cohibir sus pensamientos, lo primero que hizo fué echarse la escopeta al hombro á fin de imaginarse que hacía alguna cosa.

Salió por el puente, cruzó el foso y en breve se perdió por entre las alamedas del parque.

Era este parque un magnífico espacio lleno de bosques, estanques, fuentes y jardines. Había laberintos y cenadores; calles silenciosas cubiertas de arena y pedestales de piedra conteniendo elegantes jarrones de mármol.

Era todo un magnífico sitio para la meditación.

Aunque Azariel no tenía en qué meditar, no dejó de hacerse algunas preguntas, preguntas de un alma impaciente que quiere entrever los misterios del porvenir.

—¿Por qué cantarán tanto los pájaros? ¿Por qué en rápidas parejas se ocultan bajo el follaje? ¿Qué pasará entre las mariposas que agitan de tal modo sus pintorescas alas? ¿Por qué los moscardones en el aire y los gusanos en el agua se mueven tan bulliciosamente? ¿Qué motiva á los cisnes blancos peinar sus plumas como si se vistiesen de gala?

Entre esta serie de interrogaciones, Azariel no encontraba una respuesta que pudiera satisfacerle. Era el otoño, amarilleaban ya las hojas de los árboles, se ponían rojos los pámpanos de los inmediatos viñedos, por la mañana y por la tarde aparecían las lejanas cordilleras envueltas en crespones de nubes, y de noche solía bramar el viento con sorda y profunda cólera.

Pero el secreto de las preguntas que acababa Azariel de hacerle, consistía en que la mañana á que nos referimos era una hermosísima mañana, y todos los seres de la creación se figuraban estar en la primavera.

Azariel no había caído en la cuenta y se extravió por las calles más solitarias del parque.

Así anduvo algún trecho, hasta que llegó á un largo canal, sembrado de árboles en ambas orillas, que serpenteaba poéticamente entre la yerba, y en cuyo extremo superior había una fuente, y un brillante chorro de agua que caía al profundo canal.

Las aguas estaban inmóviles y transparentes. Azariel no hizo caso de ellas ni de los cisnes, que lo miraban y le seguían: acababa de absorber su atención un objeto distinto.

Delante de él, unas veces distraída y otras risueña, se paseaba por la misma margen, la preciosa hija de su señor. La servidumbre de esta, es decir, aquellas muchachas que pasaban por la galería y se mofaban de él, cuando estaba en lo alto de su torretila, corrían atolondradas por el parque y se habían alejado mucho de su señorita.

Esta, por consiguiente, estaba sola, con la cabeza inclinada, los párpados caídos hacia el suelo y andando ya lenta y ligeramente.

Era la vez primera que Azariel la veía á dos pasos de sí, y sin saber por qué, su curiosa mirada—porque no lo duden nuestros lectores—hay miradas muy curiosas, se fijó en Jeorgina de Meneses.

III.

Un hecho sencillo y espontáneo suele tener para el corazón dolores eternos.

Azariel se quedó al pronto trémulo y sobrecogido.

Casi estuvo dispuesto á retroceder. Pero muchas veces, aunque se quiere una cosa, no se puede. Era la vez primera que veía á Jeorgina. Y decimos la vez primera, porque suele descorrerse de pronto un velo ante nuestros ojos, que nos descubre misterios y secretos que antes no se habían descubierto.

Azariel vió á Jeorgina con los ojos del alma. Acababa de herir su atónita pupila una luz nueva, y quedó sorprendido, fascinado, aterrado, ante sí mismo. ¿Era aquello un relámpago? Tal vez sí.

Por consecuencia, Azariel, en vez de retirarse, siguió los pasos de Jeorgina, la cual miraba hacia la fuente del canal.

¡Oh, qué hermosa estaba Jeorgina! Era una niña, una preciosísima joven. Llevaba un sombrero negro con adornos verdes; debajo de este sombrero brotaban los rizos casi rubios de su cabellera. Su rostro estaba cubierto con la púrpura de las rosas. Ella era blanca... y en sus ojos había una luz tranquila y brillante.

¿Por qué Azariel temblaba ante estos ojos, cuando antes no se había fijado en ellos? Hé aquí la interrogación de lo infinito. Una revelación es un rayo.

Jeorgina avanzó por la orilla del canal; cogió de paso algunas flores silvestres y de pronto tuvo un capricho capricho de niña! El de beber agua en el dorado caño de la fuente.

Por lo tanto, para conseguir este deseo, debía penetrar por el mismo borde del canal, y exponerse, si se quiere, á caer en él.

En otra ocasión no hubiera Azariel comprendido el peligro; hubiera pasado de largo con su escopeta al hombro; mejor dicho, se hubiera escondido en los bosquillos inmediatos, pero ahora...

El no supo darse una razón de lo que le pasaba. Vió á Jeorgina expuesta, según él, á un riesgo eminente y sin consultarse si hacia bien ó si hacia mal, avanzó rápidamente y cuando Jeorgina se inclinó sobre el caño para beber, el inadvertido mozo tuvo el atrevimiento...

Nuestros lectores nos perdonarán la palabra. No hay atrevimiento, cuando no hay intención.

Lo que hizo Azariel fué lo más sencillo del mundo. Esto es, sujetar á su señorita del brazo para que bebiese con comodidad y no cayese al estanque.

Jeorgina sintió la presión, volvió la cabeza y reparó en el paje.

—¡Ah! ¡gracias! le dijo despues de haber bebido.

—¡Dios mío! se contestó Azariel al mismo tiempo. ¡Y yo que no la había visto! ¡Qué hermosa es!

Tembló ante su corazón y quedó casi sin aliento.

La presión de aquel brazo dejaba en su mano una sensación inexplicable.

IV.

Este libro está escrito para ti: es el idioma al alma.

El hecho no podía ser más sencillo. Azariel había creído que Jeorgina podía caer al canal, y de aquí su atrevimiento. Ella no había visto en todo aquello sino un acto de adhesión hacia ella. Pero un grano de arena suele derribar una carroza. Jeorgina reparó entonces por vez primera en el paje, porque cómo no reparar en quien muestra tanto interés y tanto respeto al mismo tiempo?

Y como los ojos de las mujeres, por niñas que

sean, poseen en alto grado la figura retórica que se llama *análisis*, resultó que Jeorgina se fijó en aquel paje tímido, cohibido, que huía de la luz como los buhos y que vivía en la soledad como un cenovita, y vió en él algo que hubo de penetrar en su alma.

Es cosa lógica: del choque de dos piedras brota la luz, del encuentro de dos seres nace la inteligencia.

Jeorgina acabó por ponerse encendida, Azariel terminó por quedar pálido como la muerte. Uno y otro se volvieron á mirar, hasta que la preciosa niña inclinó la cabeza y se alejó pausadamente en busca de sus doncellas.

Azariel no tuvo fuerza para moverse, descansó la culata de la escopeta en el suelo, puso el codo sobre el cañón, apoyó su frente en la mano, y entonces hizo una observación singular. La frente abrasaba y la mano echaba chispas. El veía á Jeorgina en el fondo de su mente, oía el eco de su voz, temblaba ante el brillo de aquellos ojos y permaneció más de dos horas como si se hubiese convertido en estátua.

Los cisnes lo miraban con el pico abierto.

Despues de aquel extraño arrobamiento, primer crepúsculo del alma que lo despertaba en otra existencia, levantó la cabeza y vió que todo había desaparecido, menos los árboles, las fuentes, los pájaros y las flores. Tuvo deseos de hablar consigo mismo, que es lo más alarmante que puede ocurrir, á causa de que los que hablan consigo ó están locos ó están enamorados, que tanto vale.

Y como estaba solo y Azariel podía decir lo que le diese la gana, exclamó de repente:

—¡Caramba! ¡Yo no la había visto! ¡Qué estupidez ha sido la mía! ¡Ella ahí!... á dos pasos de mí... ¡solos! ¿Lo he soñado acaso? La verdad es que mi mano ha oprimido su brazo, que me aliento casi se ha confundido con el suyo.

Tembló de repente y luego prosiguió:

—¡Qué ojos! ¡Qué hermosura! ¡Qué sonrisal! ¡Ah! Ella ha puesto aquí su pié... Esta arena ha sido hollada por su ligera planta... Hé aquí la senda por donde ha marchado... Luego se ha perdido detrás de este árbol... Sería capaz de ir besando una por una las señales de sus pisadas... sería...

Detúvose de repente, se oprimió el corazón que latía con violencia y concluyó por decir:

—¡Qué loco soy! Pensar en Jeorgina, es pensar en lo imposible.

Se echó la escopeta al hombro y se perdió en el bosque.

A la noche cuando volvió al castillo no sabía lo que le había pasado. Por todas partes veía el rostro verdaderamente primoroso de aquella hermosa niña que había despertado tan de repente todos los sentimientos de su alma, se subió á su torreón, y en vez de dejarse caer en el lecho, como acostumbraba á hacerlo en otras ocasiones, se asomó á su tronera y se contentó con mirar por espacio de horas enteras el sitio hacia donde estaba la alcoba de Jeorgina.

A la mañana siguiente no tuvo ganas de cazar, ni de leer, ni de cantar. Se hallaba como fuera de sí. Si le hablaba alguno de sus compañeros, apenas respondía, y ya ni pensó en los nidos ni en las *musarañas*, como decían las alegres doncellas de su señorita. Solo pensó en presentarse con más aseo, con más elegancia y si se quiere más artísticamente.

El pobre loco, como el águila de la fábula, quería vestir los rayos del sol.

V.

Si es verdad que hay un libro eterno donde se escriben los pensamientos humanos, hé aquí el mío.

¿Y por qué no? Si Azariel se detenía ante las consideraciones del instante, retrocedería para siempre, entraría en la noche, conocería la desesperación sin sentir la felicidad.

¿El no debía hacer nada? ¿Con qué derecho? El no podía hacer más que consentir y era lo bastante. Se contentaba con experimentar siempre la dulce presión de aquel brazo, que él había estrechado en un momento de alucinación; gozaba en ilusiones y esperanzas que jamás debían realizarse.

Así pasaron aquellos días.

Azariel iba y venía como siempre, esto es, solo, entregado á sí mismo, vagando por el parque, mirando á hurtadillas á las ventanas de su señorita. Estaba más uraño y más feroz que nunca.

Gustábase gozar con los primeros trastornos del invierno: su alma se identificaba con las nubes negras, con los horizontes oscuros, con los relámpagos fugaces, con la lluvia helada y sombría... Se retiraba al castillo luego que la oscuridad lo envolvía por todas partes.

Para pasar á su torreón había dos caminos. Era el uno una escalera secreta, que subía directamente á él, y era el otro la escalera principal, que lo llevaba á la gran galería de la fortaleza. Esta galería extensa y dilatada, estaba iluminada por algunas lámparas y en uno de sus ángulos se hallaba un espacio átrio que antecedía á las habitaciones señoriales.

Para Azariel era un consuelo pasar por este sitio. Detrás de aquellas puertas se hallaba Jeorgina. Por consecuencia, estar todo lo más posible en este sitio, era una delicia inmensa para el enamorado paje.

Una noche llegó al extenso átrio, que estaba adornado de retratos y trofeos de armas, y en vez de encontrarse esto, vió á Jeorgina que se paseaba en él. Estaba hermosísima, parecía dominada por un pensamiento imperioso que la conducía á aquel sitio y como que luchaba con un esfuerzo supremo que no podía vencer.

Azariel tembló. ¿Cómo no temblar, cuando estaba al lado de aquella niña encantadora, de aquel ángel cuyas blancas alas le fascinaban? ¿Qué debía hacer? ¿Huir? ¿Pasar adelante? Ni una cosa ni otra. Quedó sin poder moverse.

Jeorgina lo miró, sonrióse dulcemente y exclamó:

—¡Vos! ¿Por qué esta pregunta? ¿Por qué aquel encuentro? ¿Por qué ella lo envolvía en una mirada llena de inocencia; pero llena de transparencia al mismo tiempo?....

Hé aquí lo que el egoísmo no comprende jamás; pero lo que el corazón advina en un instante.

Ante aquella pregunta, Azariel debía perder la razón completamente.

No contestó al pronto. Sin saber lo que hacía tomó la mano de Jeorgina, la aproximó á su pecho y exclamó:

—¡Ah! perdonadme. Soy un insensato. Jeorgina en vez de rechazar aquel atrevimiento lo miró más dulcemente que antes y parecía decirle con el misterioso idioma del alma.

—Me acuerdo siempre de lo que pasó en la fuente.

VI.

Los eslabones son los que constituyen una cadena.

Desde aquella noche, como si hubiese habido entre Jeorgina y Azariel un convenio tácito y expreso, se encontraban siempre en la galería ó en el átrio que precedía á las habitaciones. Se miraban, se sonreían y temblaban.

Los pueblos orientales conocen el idioma de los pájaros en la primavera: dicen que las flores hablan, que las estrellas se entienden, que las moléculas del aire se buscan y se confunden en la inmensidad; que las almas se evaporan para encontrarse en el cielo.

Todo esto es verdad. Jeorgina y Azariel, en medio de la poética soledad de su existencia, se habían adivinado.

No se habían dicho una palabra, no había tampoco necesidad de decirlo. Era bastante formar un lazo invisible, en que los dos, misteriosos obreros, trabajaban para sujetarse.

¿Y por qué no? La naturaleza y el corazón no reconocen las leyes restrictivas de la sociedad, no admiten la distinción de clases y condiciones. Buscan tan solo el porvenir supremo, el sentimiento sin límites, la conveniencia ideal, dentro de una dicha desconocida de todos, dicha que cuanto más ignorada es, más pura y más brillante se ostenta.

Ya hemos dicho que todas las noches se veían. Existía siempre el momento de encontrarse en el átrio, y allí, si no se hablaban las lenguas, se comprendían los ojos. Azariel y Jeorgina, encerrados, por decirlo así, dentro de una nube, no se veían si no á sí mismos, y el uno olvidó el abismo que lo separaba de ella, y ella inocente se dejó arrastrar del ciego estado de su corazón.

Y no hubo remedio. Aquellos dos seres se amaron, se identificaron, se comprendieron con esa espontaneidad del alma que refleja toda la cantidad de dicha posible, y que no cabe muchas veces dentro del corazón.

En todas aquellas entrevistas no habían hablado una palabra. Azariel tenía el instinto de la razón, ya que no la razón misma, y devoraba en silencio las palabras turbulentas que acudían á sus labios. Se contentaba con adorar á Jeorgina, mientras esta se dejaba arrastrar como una pluma á través de aquella nube de oro que la envolvía.

Y así pasaron los días, mirándose, sonriéndose, olvidándose ambos que estaban en la tierra, sin fijarse un instante en la imposibilidad de aquel amor: porque ¿cómo era posible que el pobre paje llegase á tanta altura? ¿Cómo era posible que ella pudiese descender hacia él?

Y sin embargo, en una de aquellas noches en que se encontraban, mejor dicho, en que se buscaban, Azariel no pudo reprimirse y olvidándolo todo, tomó la blanca mano de Jeorgina y colocándola sobre su seno, exclamó fuera de sí:

—Este corazón es tuyo.

El imbecil la tuteaba. A seguida se subió á su torre, como si hubiese cometido un crimen, se arrojó desesperado sobre su mismo lecho; despues se levantó radiante, miró las estrellas y como si no existiese para él más que una sola dicha en medio de tantas felicidades misteriosas y desconocidas, soñó en mil disparates, viendo realidades, donde no había más que abismos.

¿Qué podemos decir de Jeorgina? Nosotros, simples narradores, no hacemos más que la historia solitaria de un corazón.

Ella pensativa... ¿En qué? Dios lo sabe únicamente.

VII.

Hay palabras que se impregnan en el alma, que viven más allá de la tumba.

Creemos llegado el instante de decir cuatro palabras, vengas ó no vengas á pelo. Se ha creído generalmente que para hacer un libro que hable á la imaginación y al sentimiento es preciso buscar difíciles y extraordinarias peripecias, como si en la vida práctica no hubiese á cada paso algún suceso que pueda servir para hacer un libro.

Que cada uno de nuestros lectores se consulte á sí mismo, y verá cómo el argumento no se inventa, sino se crea por sí solo.

Referimos aquí un simple episodio del corazón, y esto es bastante para interesar el espíritu y no las pasiones vulgares.

Que el drama se desarrolle en un individuo

tan solo, eso no importa para que la acción sea inmensa.

Ahora prosigamos. Todo aquel lovierno fué una cadena de dichas, tan tiernas como misteriosas.

Jeorgina se sonreía, tenía en el fondo de su mirada una dulzura inefable, y á veces una tristeza infinita.

Se comprendía que su corazón había entrado en una lucha formidable con su cabeza; se advinaba que quería resistir á la poderosa influencia del amor que se había engendrado en su alma; se veía en su semblante el temor, la ambigüedad, la inquietud, y, sobre todo, la incertidumbre. ¿Era posible aquel amor? No. El, sin títulos, sin derecho, sin facultad, oscuro átomo encerrado en el abismo de lo imposible, no podía llegar nunca á la suprema aspiración de ser el esposo de Jeorgina. ¡El, el último paje de aquella casa! ¡El, el más olvidado de todos, el que pasaba desapercibido á la vista de la generalidad!

Jeorgina comprendía todo esto y temblaba. A veces Azariel, que no vivía más que con la vida de la joven, se había mantenido reservado, si es que había reserva en aquella inteligencia muda y respetuosa; pero cuando había ocasión sus ojos se clavaban en el rostro de ella con tenaz insistencia.

¿Qué pasaba entonces en el fondo del alma cándida, blanca y transparente de ella? Una de esas emociones que carecen de nombre, pero que tienen más de divino que de humano. Poníase súbitamente encendida, bajaba los brillantes ojos y estos se arrasaban en lágrimas.

Estas lágrimas revelaban todo un mundo de sufrimientos.

Sonó, por último, el momento en que con una palabra se comprendían para siempre. Efecto de la lucha interior de la joven, ésta había principiado á ser más cauta y reservada. Ya no se presentaba tan á menudo en el atrio de la galería, y muchas noches el pobre Azariel, envuelto en la desesperación más negra, se retiraba á su torreón sin haber podido ver á la que constituía toda su existencia.

Jeorgina, en efecto, sin manifestar con su conducta el más ligero reproche, se alejaba de él en cuanto podía.

Esto no podía seguir así, y Azariel se dispuso á romper aquel enigma en la primera ocasión que viniese á mano. Por fortuna, no tardó esta en presentarse. Siempre hay un diablillo protector que facilita las sendas más difíciles para llevar á cabo las empresas más disparatadas.

Era una noche de primavera: una de esas noches en que las estrellas mandan misteriosas emanaciones sobre el corazón de los que aman. No había luna; el parque estaba sombrío; pero en todo él reinaba una animación extraordinaria. El señor del castillo se paseaba en medio de sus deudos y servidumbre por aquellas alamedas, y proyectaba alegremente algunas partidas de placer.

Azariel, que volvía de una de sus solitarias excursiones sin que nadie reparase en él, comprendió una idea; esto es, que el castillo estaba casi abandonado y que Jeorgina no estaba al lado de su padre.

La esperanza derramó en su pecho una luz resplandeciente, y en vez de mezclarse con la servidumbre, dió un rodeo y penetró en el palacio.

Estaba decidido á ver á Jeorgina, y aunque para lograr este deseo hubiera sido preciso cometer una serie de imprudencias, no retrocedería de ningún modo. ¿Qué le importaban en aquel instante el deber y la conveniencia? Nada. Hay momentos en que se pone una venda negra delante de nuestros ojos.

Llegó al atrio, en cuyo punto había pasado noches felices viendo á Jeorgina, y quedó inmóvil en él como si esperase la aparición de su amada. El atrio estaba solitario: Azariel se encogió de hombros, sin fijar la vista en la puercecilla lateral que lo conducía á su torre. Se quedó inmóvil delante de la puerta principal.

No le era permitido entrar en los salones sin expresa autorización de sus señores, ¿pero quién podía cohibir su voluntad en aquel instante? Nadie. La puerta que miraba estaba entornada, y con empujarla un poco se hallaría en aquellos lugares privilegiados.

Azariel no titubeó; hay momentos en que no se titubea; empujó la madera, y como conocía las localidades, avanzó resueltamente hasta llegar á un precioso gabinete que servía de habitación á Jeorgina.

Sola está, y entregada á sus melancólicos pensamientos, no podía imaginarse que Azariel estuviera cerca de ella. El gabinete tenía varios balcones que caían al patio, y Jeorgina estaba en uno de ellos. Con la mano apoyada en la barba y el codo en el hierro del balcón, contemplaba en silencio la majestad nocturna y la inmensidad infinita bordada de estrellas. ¿Qué pensamientos cruzaban por su mente? ¿Qué armonías misteriosas resonaban en el fondo de su alma? Descúbrese en la transparencia de un lago el fondo brillante de las doradas arenas, pero no se ve jamás lo que pasa en el corazón de una mujer. Este es un doble abismo donde se extravía la razón y el pensamiento.

Azariel descubrió á Jeorgina, sola, coronada, por decirlo así, con el místico reflejo de una noche primaveral, y dominada por una quietud extraña. Acaso pensaba en él; tal vez en aquel instante media la profundidad de su amor, acaso comprendía en toda su extensión la palabra imposible.

(Continuará.)

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

LUIS VELEZ DE GUEVARA.

La feliz estrella que había hecho triunfar á los ejércitos españoles en Pavía y San Quintin, Lepanto y Otumba, y que á tan alto grado de poderío y grandeza había elevado á la España durante los reinados de Carlos I y Felipe II, se oscurecía rápidamente. Empresas y guerras desgraciadas en el exterior, abusos del poder en el interior, y, sobre todo, falta de talentos políticos y militares en los encargados de dirigir las riendas del Estado; tales fueron las causas inmediatas y visibles de la dolorosa decadencia en que vino á caer la nación señora de dos mundos. Investigar las causas fundamentales de tan grave decadencia, excedería los límites de esta ligera introducción de un artículo biográfico. Basta para llenar nuestro propósito lo que ya queda dicho, añadiendo ahora que las letras españolas, alimentadas de gloriosos recuerdos y protegidas por el rey-poeta Felipe IV, sobrevivieron á la ruina de las armas y de la política; y así es que el período que comprende el reinado de este monarca y de su antecesor Felipe III, fué para España uno de los más fecundos en insignes y esclarecidos ingenios. Pasaba de 300 el número de escritores y de 15.000 las comedias de aquellos días, como puede verse menudamente en el *Laurel de Apolo*, del fecundo Lope de Vega; en el *Viaje al Parnaso*, del inmortal Cervantes; en el *Para todos*, del Dr. Juan Perez de Montalban, y en otras obras contemporáneas que fuera prolijo enumerar.

Felipe IV no solo era el protector de los poetas y literatos, sino su verdadero y entusiasta amigo; y él mismo cultivaba la poesía, pues se sabe escribió algunas comedias bajo el nombre de *Un ingenio de esta corte*, entre ellas algunas apreciables, como la que se titula: *Dar la vida por su dama*. Uno de los poetas dramáticos que de su amistad disfrutaba era el fecundo y gracioso andaluz Luis Velez de Guevara, al que los franceses llaman el Scarron de España. Hoy, pues, vamos á dedicar algunas líneas á la memoria de este ingenioso escritor, despues de haber indicado someramente los principales rasgos de la época en que le tocó figurar.

Nació Luis Velez de Guevara en Ecija en el mes de Enero del año de 1574; pero pasó la mayor parte de su vida en Madrid ejerciendo la profesion de abogado, en la que adquirió gran fama por su elocuente palabra y elevados talentos. Fué muy favorecido y honrado por el duque de Veragua, segun la loable costumbre de aquellos tiempos en que los grandes protegían las letras y las artes con espléndida y generosa mano. D. Nicolás Antonio se extiende mucho al tratar de este poeta, y dice que Andrés Florindo, en sus adiciones á la *Historia de Ecija* del P. Martin Roa, le llama Velez de Dueñas; habia despues de sus dotes como escritor dramático y de noticias de algunas ediciones de sus obras.

Felipe IV honró á Luis Velez con el empleo de ugiere, y fué tambien gentil hombre del conde de Saldaña, como se vé en el párrafo que á continuación copiamos, sacado de un discurso del doctor Antonio Navarro, canónigo magistral de Villafraña.

«El licenciado Pedro Diaz, jurisconsulto, que fué de los primeros que pusieron las comedias en estilo; el licenciado Cepeda; el licenciado Poyo, sacerdote; el licenciado Berrio, insigne letrado y tan conocido en los consejos del rey nuestro Señor; el licenciado D. Francisco de la Cueva, tan docto y tan celebrado como sabemos de todos los ingenios de España; el licenciado Miguel Sanchez, secretario ilustrísimo de Cuenca; el maestro Valdivieso, capellan del ilustrísimo Toledo y cura de San Torcaz; el doctor Vaca, cura y beneficiado en Toledo; Lupericio Leonardo de Argensola, secretario de la emperatriz y despues del rey de Nápoles; el licenciado Martin Chacon, familiar del Santo Oficio; el doctor Tarraza, canónigo de Valencia; Gaspar Aguilera, secretario del duque de Gandia; Juan de Quirós, jurado de Toledo y su alcalde Sacas; D. Guillen de Castro, capitán del Grao de Valencia; D. Diego Jimenez de Enciso, caballero de Sevilla; Hipólito de Vergara; el maestro Ramon, sacerdote, el licenciado Justiniano, D. Gonzalo

de Monroy, regidor de Salamanca; el doctor Mirademescua, capellan de los reyes de Granada; el licenciado Mexía de la Cerda, relator de la chancillería de Valladolid; el licenciado Navarro, colegial de Salamanca; D. Francisco de Quevedo y Villegas, caballero de la orden de Santiago y señor de la villa de Torre de Juan Abad; Luis Velez de Guevara, gentil hombre del conde de Saldaña; don Luis de Gonzaga, prebendado de la Santa Iglesia de Cordoba; y Lope de Vega Carpio, secretario del duque de Alba y del conde de Lemos.» Escrito el discurso del cual hemos tomado las anteriores noticias, para sostener la bondad de las comedias, se nota el empeño que tiene el autor en citar los títulos y dignidades de los escritores dramáticos, como argumento en pró del aserto que trataba de probar.

No podía Lope de Vega, amigo más del blando elogio que de la dura sátira, olvidar á Guevara en su *Laurel de Apolo*. Así dice:

«Ni de Ecija dejara
Al florido Luis Velez de Guevara
De ser su nuevo Apolo
Que pudo darle solo,
Y solo en sus escritos,
Con flores de conceptos inauditos
Lo que los tres que faltan;
Así sus versos de oro
Con blando estilo la materia esmaltan.»

Perez de Montalban afirma que «Luis Velez habia escrito más de cuatrocientas comedias, y todas ellas pensamientos sutiles, arrojamientos poéticos y versos excelentísimos y bizarros en que no admite comparación su valiente espíritu.» Sin embargo, el trascurso del tiempo ha hecho perder muchas de las comedias del teatro antiguo, y así es que el catálogo del erudito Sr. Mesonero solo comprende sesenta y cuatro obras dramáticas del autor que nos ocupa.

Los argumentos de las comedias de Luis Velez están generalmente sacados de la historia, de la vida de los santos ó de la fábula. Siguiendo el gusto de la época faltan á las tres unidades de acción, tiempo y lugar, por cuya causa el interés decae y varía de escena en escena. La versificación es fácil y sonora, y el estilo ménos altisonante y campanudo que el que en aquellos días solían usar laureados poetas. Los caracteres generalmente están bien bosquejados y sostenidos, y en los diálogos se encuentran con frecuencia rasgos notables de ingenio.

La mejor comedia de Guevara es, sin duda, la que lleva por título: *Reinar despues de morir ó Doña Inés de Castro*, que está fundada en los románticos amores de Doña Inés con Don Pedro de Portugal. Acerca de esta obra dice el señor Mesonero Romanos (1) que respira un perfume tan melancólico y tierno; que los caracteres están tan bien bosquejados y el efecto escénico tan sabiamente conducido, que si no hubiera quedado más drama de Velez que éste, bastaría él solo para colocarle en un lugar distinguido entre nuestros buenos actores. Nada añadiremos al respetable juicio del autor de las *Escenas Matritenses*, y solo copiaremos un pasaje como muestra de los sentidos pensamientos que abundan en éste, que bien puede llamarse drama. Manifestando la infortunada Doña Inés á Don Pedro el temor de perderle, se explica así:

Nunca como hoy, dueño mio,
Temí de tu amor mudanzas;
No porque de ti no fie,
Sino por ser desdichada.
Apenas de nuestra quita
Salir á caza esta mañana,
Cuando ví una tortolilla
Que entre los chopos lloraba
Su amante esposo perdido:
Yo de verla lastimada
Llegué á temer que mi suerte
No me trajese á imitarla;
Vi luego que de una vid
Un olmo galan se enlaza,
Y envidiosa de sus dichas
Tambien se me turbó el alma
Pues un tronco bruto goza
Posesion más bien lograda,
Y yo apenas gozo el bien
Cuando todo el bien me falta.

Era costumbre de nuestros antiguos dramáticos salpicar sus obras de graciosos cuentecillos, cuyo picante chiste recreaba dulcemente el ánimo, cansado de las lamentaciones de una dolorida dama

(1) *Teatro de Velez de Guevara*, artículo inserto en el *Semanario Pintoresco Español*.

ó de los suspiros de un enamorado galan. El carácter de Guevara se avenia muy bien á esta clase de cuentos; así es que en el *Olleró de Ocaña* se halla el siguiente, uno de los mejores de nuestro teatro antiguo:

Habia un cierto lugar,
tan incierto, que aun apenas
sus vecinos lo sabían:
su planta era en las riberas
de un río corto de talle,
porque á su lugar parecia
sus vecinos, por ser trece,
los contaban por docenas,
pues la maestra de niñas
quedaba fuera de cuenta.
Dicen que fué antiguamente
colonia romana ó griega,
y ahora por sus pecados
es española agujeta,
pero con el buen olor
de aquella raucia nobleza,
eligen sus magistrados
con poder sobre las peñas.
Llegó de año el nuevo día,
donde los cargos se truecan,
porque todo era posizo;
y el zapatero, ojo alerta,
en sabiendo la eleccion,
cogió las hormas con prisa
notable, y en una barquilla
que servia de muleta
al pueblo, se fué abajo
y á poco más de una legua
dió fondo en otro lugar
casi de las propias señas,
si bien no tan opulento
por ser poblacion más nueva,
y así tenia en la torre
por campanas dos cigüeñas.
Admirándose la plebe
(que era entonces día de feria)
de ver al Crispin sacar
la pedestral herramienta
le preguntaron á coro
y no con poca sospecha,
la causa de su mudanza;
más él, con la voz serena,
les dijo: señores míos,
oigan que la causa es esta:
ya saben vuestras mercedes
dejáó initio y ante sacula
que en mi lugar ó en mi haca,
que no vengo para fiestas
y diré mal de mi padre
en desarmando la tienda,
ya saben que sus vecinos
por enfermedad secreta
no llegan al catareco:
pues hoy por costumbre vieja
hubo eleccion de justicia,
plegue á Dios que en él se ensuelva,
pues como se está el lugar
siempre en su trece, y es mengua
en república tan noble
no hacer la eleccion completa,
repartieron, como digo,
los oficios por cabezas:
dos alcaldes ordinarios
(ya salen sus preeminencias),
uno de los hijos-dalgos
y otro de la villanesca:
fuego un alguacil mayor,
con que tenemos tres piezas;
juez de testamentos, cuatro;
Inego un receptor de penas
de cámara, que son cinco,
aunque de jueges revientan;
cuatro regidores, nueve,
que rijen... cuatro carretas,
el escribano y alcaide
de la cárcel que está en jerga,
y su poco de verdugo
cumplen doce; pues digo
á los que saben de cuentas:
si los doce son justicia,
y yo me he quedado fuera,
¿en quién la han de ejecutar
si no es en mí? La madera
de mis hormas me acompaña,
yo no he de vivir en tierra
de tantos justos pastores
que aborcarán á un estrella,
y es mejor ser con desdicha
Jonás de aquesta ballena,
arca de aquesta diluvio
y flor de aquesta humareda.

Tambien es digno de mencionarse otro cuento que se halla en la comedia: *No hay contra un padre razon*, por lo cual le insertamos á continuación:

Muy largo y mal predicó
cierto religioso un día,
y á una mujer que le oía
mal de corazon la dió.
Al ruido el padre parado
preguntó—¿Qué pudo ser?
y dijo uno:—A esta mujer
mal de corazon la ha dado
—Pues ¿de qué (con impaciencia
dijo el padre) aquí la dió?
y el buen hombre contestó:
—De oír á su reverencia.
—Pues, ¿cómo el desvergonzado
(dijo el padre enfurecido)
sabe que es de haberme oído
aquele mal que le ha dado?
A lo cual el hombre así
le respondió en un momento:
—Yo lo sé porque ya siento
que me quiere dar á mí.

Además de sus comedias publicó Luis Velez en Madrid, en 1608, un Elogio del juramento del serenísimo señor D. Felipe Domingo IV de este nombre; y *El diablo Cojuelo*, novela de la otra vida, cuya primera impresion se hizo en Madrid, año de 1641, y despues se ha reimpresso multitud de veces, siendo una de las mejores ediciones la que hizo en París, en 1828, el Sr. D. Joaquin Maria Ferrer, la cual está precedida de un erudito prólogo donde se dan curiosas noticias acerca del escritor que nos ocupa. *El Diablo Cojuelo* es la produccion más conocida de Guevara, y le da derecho á un distinguido puesto entre los novelistas españoles. Supónese en esta novela un diablo escapado de la redoma de un nigromántico, con la ayuda de un tal don Cleofás, al que en agradecimiento le lleva por encima de los tejados de las casas para que vea hasta lo más oculto que sucedía en aquellas horas, que eran las de bien entrada la noche, teniendo con esto el autor motivo y ocasion de hacer una ingeniosa y picante crítica de las costumbres públicas. Dice Laharpe en su curso de literatura, que esta invencion no necesita de grande ingenio; sin recordar nosotros el huevo de Colon, diremos que cumple su objeto, pues presenta un medio fácil y no exento de novedad de zaherir los vicios y ridiculeces de las diversas clases que componen la humana sociedad.

M. Renato Le Sage publicó en Francia el año de 1707 su primera imitacion de la novela de Guevara, y fué tanto el entusiasmo que produjo, que en ocho días se despacharon dos ediciones, y se cuenta que el último ejemplar de la segunda se le disputaron espada en mano dos caballeros de la corte de Luis XIV. Diez y nueve años despues, volvió á publicar Le Sage su imitacion, añadiéndola algunas descripciones y versos sacados de la obra del escritor madrileño Francisco Santos titulada *Día y noche de Madrid*.

Luis Velez de Guevara estuvo casado con doña Ursula Bravo de Laguna, de cuyo matrimonio tuvo un hijo llamado D. Juan, que fué tambien poeta dramático y mereció la estimacion y elogios de sus contemporáneos. La igualdad de los apellidos y el descuido ó mala fe de los impresores, han dado lugar á que se confundan entre sí las comedias de padre é hijo, siendo hoy muy difícil decir á cuál de los dos pertenecen algunas, que indistintamente se les atribuyen, pues no existen notables diferencias que distinguan las del uno de las del otro.

Murió Luis Velez en esta corte, en el mes de Noviembre de 1646, á los setenta y dos años de edad, siendo enterrado en el monasterio de doña Maria de Aragon, en el sepulcro de los duques de Veragua. Fué Guevara hombre de muy despejado entendimiento, de carácter festivo y trato urbano y caballeresco; era apasionado, tal vez en demasia, del bello sexo; su conversacion amena y sembrada de chistes, hacia que se le estimase y buscara en todas las reuniones de la corte. Como escritor, á pesar de los defectos de sus obras, siempre ocupará un lugar distinguido entre nuestros dramáticos y novelistas del siglo XVII.

LUIS VIDART.

EL TÚNEL DEL MONTE-GENIS.

Hé aquí la descripcion que hace un corresposnal extranjero del famoso túnel del Monte-Genis:

«Este túnel portentoso se llama del Monte-Genis, como la tierra descubierta por Colon se llama América, por antropomiasia.

La verdad es que la soberbia galería subterránea atraviesa el monte Thabor por la garganta del Fejus, y que deja muy al Norte el Monte-Genis.

Cuando hace quince años se empezó á hablar de perforar los Alpes, que tienen 3.000 metros de altura y 12.000 de espesor, todo el mundo decía: ¡que sueño!

¿Dónde se hallará aire para los trabajadores á 2.000 metros de profundidad? ¿Cómo barrenar una roca tan extensa? ¿Cómo orientarse en medio de esta inmensa masa de cuarzo y cal?

Por fin, las objeciones abundaban. Hoy el sueño es una realidad, y trece años han bastado para llevar á cabo una obra que se suponía necesaria cincuenta de trabajo.

¿Qué progresos se han hecho durante estos asombrosos trabajos en el arte de las minas? Cuando se empezaron, solo se lograba perforar 47 metros de galería por mes. Con los métodos

inventados y aplicados durante la ejecución del túnel, se han llegado a construir 75 metros de galería mensualmente, y hoy, al acabarse esta tarea gigantesca, el minero que dispone de aparatos y obreros perfectos, puede barrer dos kilómetros anuales.

Los Alpes, según todos saben, separan la Francia de la Italia. De cada lado de esta mole inmensa los dos países han dirigido á su faldá múltiples vías férreas. La estación extrema de la línea francesa—París, Lyon, Mediterráneo—es San Miguel, en Saboya.

Hasta hace algunos años, cuando se llegaba á esta estación, y se quería visitar los trabajos, se tomaba un coche de San Miguel á Susse, cabeza de la línea italiana de Turin. Estos carruajes no exigían ménos de 40 caballos ó 15 mulas para salvar la distancia que separa las dos estaciones, en once horas.

De algún tiempo á esta parte, el trayecto se efectúa por el ferrocarril de Fell, que sube y baja el Monte-Cenis en siete horas. Este ferrocarril, de un sistema especial, solo puede arrastrar cuatro wagones por tren, con peso de 30 toneladas.

El principio de este camino de hierro es muy sencillo. Entre los dos raiis ordinarios se halla, en medio de la vía, un grueso carril ó raii central elevado de algunos centímetros sobre el bastidor.

La locomotora y los wagones se hallan armados, casi á nivel de la vía, de dos cilindros ó ruedas horizontales que muerden como en unas tenazas el raii central y giran apoyándose sobre él. De este modo la adherencia es proporcionada al esfuerzo que se trata de vencer.

Las ruedas laminan el raii central con tanta mayor energía cuanto que la pendiente es más áspera ó la curva más pronunciada. Gracias á esto, el tren puede salvar grandes cuestas y curvas rápidas sin descarrilar ó empantanarse.

Este sistema tiene empero sus inconvenientes. La máquina necesita una fuerza inmensa, y no puede arrastrar sino corto peso; el camino y la locomotora se fatigan mucho y su entretenimiento es muy costoso.

De resultados de estos graves inconvenientes, los ingenieros sardos decidieron tentar la experiencia del túnel, á pesar de la incertidumbre del éxito y de los gastos inmensos que ofrecía en perspectiva.

El camino Fell va en tres cuartos de hora de San Miguel á Modane, atravesando las sinuosidades del pintoresco valle del Arco, y haciendo, no sin roncarse como un asmático, sus 26 kilómetros por hora.

Poco antes de llegar á la estación, el viajero percibe á 100 metros de alto, sobre la vertiente de la montaña, la entrada del túnel. Este, en efecto, comienza en Fourneaux (Saboya), á dos kilómetros de Modane, y termina en Bardoneche (Italia).

La vía férrea de París á Lyon ha sido prolongada hasta Fourneaux, por el citado valle del Arco. Aun falta algo que hacer para el empalme, y la línea no podrá ser entregada á la explotación antes de un mes. El camino va más allá de Fourneaux, hasta cerca de un kilómetro de Modane, y gira sobre sí mismo para salvar así suavemente la diferencia de nivel que existe entre el valle y la entrada de la galería subterránea. La estación de Modane está edificada al pie del torrente del Arco, á 100 metros debajo del túnel.

Del lado de Italia el empalme está terminado por un ramal que va de Susse á Bardoneche.

El viaje á través del monte Thabor es prodigioso. Los campos que rodean la vía á la entrada y salida del túnel son de una riqueza de vegetación magnífica, y las gargantas de las crestas resplandecen de verdura. Los Alpes dominan este panorama grandioso. A lo lejos, bajo un cielo purísimo y azul, las cimas nevadas aparecen acariciadas por nebulillas blancas y rosadas; más abajo los vapores se condensan y forman como un velo de encaje sobre las agudas crestas de las rocas. De tiempo en tiempo aparece un caserío plantado sobre un pico, y rodeado de nubes, que le hacen aparecer cual suspendido en el espacio. Más allá son las ruinas de una fortaleza que domina el desfiladero, y tiranizaba antaño todas las cercanías. Tal la fortaleza de Exilles, ayer amenazante, hoy desmantelada y habitada tan solo por aves de rapiña.

Entre los trabajos notables de la vía, descuellan un hermoso viaducto de 15 arcos, cercano á la aldea de Grasse.

Los invitados que asistan á la inauguración, si son dados á contemplar los grandes espectáculos de la naturaleza, deben, después de haber recorrido el túnel, detenerse un día y recorrer á caballo ó en mulo el camino de Bardoneche á Susse. Solo así se darán cuenta de los esplendores de los Alpes piemonteses. Cinco horas se necesitan para subir la vertiente francesa, que es la más escarpada. De lo alto de la cima, donde se halla el mojon que separa la Francia de la Italia, en tres horas se baja á Bardoneche como por gigantescos escalones.

El panorama es maravilloso, y si se inaugura la vía en todo Setiembre, el camino es practicable. Más tarde las nieves lo hacen imposible, ó temerario al ménos.

El túnel tiene 12.233 metros de largo. La entrada de la galería, del lado de Francia, está situada á 1.202 metros del nivel de la mar; del lado de Italia, á 1.334 metros. La diferencia de nivel es, pues, de 132 metros.

El túnel sube dulcemente durante 4.000 metros; á partir de esta distancia se alza bruscamente y sube casi verticalmente á 2.969 metros sobre el nivel de la mar. Este es el punto culminante que se halla, no en medio de la galería,

sino á algunos centenares de metros más próximo de la entrada francesa que de la italiana.

La roca varía, durante el trayecto, de naturaleza, y ha realizado todas las hipótesis de la ciencia. Se evaluaron en 8.000 metros las capas calcáreas-schísticas de la vertiente italiana, y se han hallado 8.123 metros. Según los cálculos previos, se han hallado luego 356 metros calcáreos compactos; 388 metros de cuarzo y 2.096 de antracita hácia la faldá francesa.

Estas cifras son un triunfo para la ciencia geológica, que ha visto el interior de la montaña, antes de perforada, cual si fuese trasparente.

II.

Dije en mi precedente artículo que el túnel estaba terminado, y que solo faltaba sentar algunos kilómetros de raiis para entregar á la explotación la vía subterránea. Estos raiis han sido colocados desde entoces, y la locomotora de prueba ha atravesado ya, con satisfactorio resultado, la imponente galería.

Indiqué asimismo que el subterráneo se abría á 105 metros encima de la aldea de Fourneaux. Para llevar á esta altura, triple de la que tenía la torre de Santa Cruz, los materiales de construcción, y para arrojar los escombros, se estableció desde el origen un plano inclinado. Su pendiente es vertiginosa, y á lo largo de ella corren grandes tubos de hierro colado sostenidos por pilares. Por estos tubos se introducía en el interior de la montaña el aire necesario para respirar y alimentar como fuerza motriz los barrenos. Esta operación se efectuaba con auxilio de poderosas máquinas compresoras, situadas en las márgenes del río Aye.

A lo largo del plano inclinado se halla asimismo un camino de hierro, en el cual los wagones, que bajan por su propio peso, hacen subir con su impulso otros wagones, gracias á un cable que trasmite y dirige el impulso. En un minuto se salvan así los 105 metros que separan Fourneaux de la boca del túnel.

Cuando se penetra en éste no puede uno evitar un movimiento de admiración. El túnel se parece á todos; pero la grandeza del obstáculo vencido aparece en toda su enormidad y el espíritu se conmueve ante tan prodigiosa manifestación del génuo humano.

Hasta el 7 del corriente el subterráneo se recorrió sobre un carruaje de cuatro asientos, tirado por un caballo, el cual arrastraba fácilmente su carga con auxilio del carril. Lo primero que hería la vista al engolfarse en la galería, eran unas lucecillas que se destacaban sobre la oscuridad del horizonte como otros tantos fuegos fatuos. Estas luces proceden de las lamparitas que cada trabajador está obligado á llevar consigo constantemente encendida, y que los mismos caballos empleados en el subterráneo tienen pendientes del cuello. Estas precauciones son indispensables para evitar choques y facilitar la marcha, y prevenir accidentes.

A 300 metros de la entrada se cruza el túnel de empalme del ferrocarril de San Miguel.

El túnel tiene dos vías. Del lado de la entrada, que aveceña Fourneaux, su altura es de 6 metros y su ancho de 7'72 á 8 metros.

El metro de túnel, todo comprendido, ha costado del lado francés 1.300 francos, y 1.000 del lado italiano.

Para salvar los 131 metros de diferencia de nivel que existen entre las dos bocas del túnel, se ha inclinado la vía con una pendiente de 0'23 centímetros, proporción considerable. De resultados de la disposición de esta pendiente, los trenes que de Francia van á Italia necesitarán cuarenta minutos para cruzar el túnel, mientras que los que lo atraviesen en sentido inverso efectuarán el trayecto en veinticinco minutos.

Todo lo largo de la galería se ha abierto entre los raiis un acuoducto destinado á evacuar las aguas de filtración y condensación.

En medio del túnel se halla un manantial feruginoso, que los operarios tienen en gran estimación. Procede de las filtraciones de una mina de hierro situada encima de la galería, y que en otro tiempo alimentó las fraguas de la aldea de Fourneaux, cuyo nombre en francés quiere decir hornos.

Al llegar á dos kilómetros y medio de la entrada se halla el terreno calcáreo y el sitio donde ocurrió el primer hundimiento. En él perecieron cinco hombres.

Sin embargo, los trabajos continuaron, y puede decirse que jamás obra tan colosal se ejecutó á costa de menor número de víctimas. En 13 años que han durado los trabajos, los mineros muertos no pasan de 60.

La perforación se ha hecho exclusivamente por medio de la pólvora. La máquina empleada, máquina admirable, inventada por los promovedores de la empresa, Sres. Grandis, Sommeiller y Grattoni, no hacía sino horadar la roca lo suficiente para introducir la carga de pólvora; mas esta era la llamada á desagregar las masas, y caso curioso, la pólvora empleada fué la de guerra, por ser la que arroja ménos humo.

El coste total del túnel se evalúa en 73 millones de francos, de los que 27 han sido satisfechos por la Francia. El Gobierno francés tenía concedidos 25 años para terminar los trabajos y una pensión anual si se acababan en ménos de 15. La obra ha durado 13 años y ha sobrepasado los cálculos más optimistas.

La reunión de las dos galerías, es decir, de los dos ramales perforados simultáneamente del lado de Francia y del de Italia hácia el centro de la montaña, se efectuó el 26 de Diciembre de 1870, en el quinto kilómetro, ó sea á 5.153 metros de la boca de Fourneaux. La emoción de esta reunión fué inmensa, y duró tres días, durante los cuales los ingenieros Genesi, Borelli,

Borui y Copello, directores de los trabajos, no se movieron de la galería, esperando con ansia el momento supremo del encuentro.

Las dos galerías se unieron casi exactamente; apenas si había 40 centímetros de diferencia entre los dos ejes. La diferencia de nivel era de 60 centímetros.

La estension perforada del lado de Francia era, como he dicho, de 5.153 metros y 50 centímetros, y del lado de Italia de 7.081 y 25 centímetros. Una placa conmemorativa de mármol blanco recuerda este encuentro feliz.

Aunque perforado á 5.100 pies de profundidad, el túnel es de los más secos que existen.

En medio de la galería hay una oficina telegráfica tallada en plena roca, que comunica con los dos extremos del túnel.

La respiración es fácil en la galería, aunque la atmósfera es algo espesa, sobre todo en la actualidad, á causa de los trabajos, de la multitud de obreros, que recorren el túnel, y de la combustión de las lámparas. Cuando se penetra en la galería se siente una gran impresión de fresco producida por la circulación del aire, que lejos de estar estacionario, recorre con rapidez la galería de uno á otro extremo.

La temperatura es bastante elevada, y crece á medida que se sube á la cúspide de la pendiente á causa de la tendencia que los gases tienen á dirigirse á los puntos culminantes.

En estos días á la entrada el termómetro centígrado marcaba 12 grados, y 24 en el punto más elevado del túnel. La temperatura media era, pues, 18 grados.

Como se ve por estas cifras, el aire, sin ser de una pureza ejemplar, es soportable, y es inexacto lo que se ha dicho de haber ocurrido en la galería casos de asfixia. Jamás tal accidente se produjo.

Aun no se sabían el humo y el vapor se amontonarán en el punto culminante de la galería cuando empiece el tráfico activo; pero aunque así sea, nada de esto es temible. El vapor acumulado solo puede humedecer un tanto la parte exterior del tren; cada wagon lleva su porción de aire comprimido en reserva, de modo que los viajeros, durante la media hora de trayecto, no respirarán el aire del túnel, sino el de la montaña; y además hay mil medios fáciles de activar la ventilación.

Tal es, rápidamente descrito, el aspecto y los detalles de esta obra gigantesca, que de aquí á ocho días va á permitir cruzar los Alpes en treinta minutos.

El corresponsal de *La Epoca* en París ha creído que correspondía á su cometido consagrando dos de sus cartas á este pequeño estudio.

Se trata de un acontecimiento inmenso, que es honra de nuestra raza, que va á preocupar la atención universal de aquí á pocos días, y que quedará á través de los tiempos como muestra de los prodigios de que es capaz el génuo del hombre, secundado por el estudio y la perseverancia.

Algunas columnas consagradas á tamaño monumento creo están muy en su lugar en un diario como el nuestro.

(De *La Epoca*.)

DON JOSÉ PIQUER.

Si la gloria es inmortal, debieran serlo también aquellos seres cuya inteligencia superior les coloca en tan alto puesto, que la estela luminosa, la huella profunda que dejan en pos de sí, no se borra jamás.

Verdad es que si el aliento vital no se extinguiera por la soberana voluntad del rey de todo lo creado, la gloria no llegaría nunca á su más alto grado de esplendor, porque es una verdad incontestable que empieza á lanzar sus rayos más esplendentes, el día en que el individuo deja de existir: hoy Piquer es la honra de su patria, el artista insigne, estimado y querido, pero la posteridad le levantará estatuas y rendirá entusiasta homenaje á su fecunda y poderosa imaginación: entonces su génuo se revelará con la brillante auréola de la inmortalidad; entonces el escultor valenciano será el Miguel Angel de España.

El génuo es el rey del universo, y por eso hoy le dedicamos nuestra admiración, nuestro pesar profundo, nuestros homenajes.

En las risueñas y pintorescas márgenes del Túrria, en la ciudad cuna de tantos esclarecidos ingenios, en ese perfumado jardín de España, en Valencia, en fin, vió la luz primera D. José Piquer, el año de 1806, y cual Horacio Vernet, tuvo la dicha de que su infancia se deslizara no ocupado de los juegos infantiles, sino acostumbrando su imaginación á recrearse en el sublime arte de Fidias y Praxiteles; pues su abuelo fué escultor y también su padre, que á la sazón era director de la Academia de Valencia; sus primeros estudios fueron dirigidos por el autor de sus días, pero cuando su imaginación artística por excelencia, empezó á sentir la digna ambición de renombre, cuando sintió desbordarse sus crea-

dores pensamientos, anheló espacio más ancho, campo más vasto, y se trasladó á Madrid en 1830, continuando sus estudios en la Academia de San Fernando y entonces empezó á ejecutar algunas obras, distinguiéndose entre ellas dos bustos colosales de mármol, y la custodia que, para el monasterio del Escorial, le encargó el comisario de la Santa Cruzada Sr. Varela; en ella se admiran más de cien estatuas, adornos y bajo relieves, que revelaban ya el potente ingenio del jóven escultor, así como en las varias figuras de talla que modeló para el nacimiento que acostumbraban poner en el palacio de los reyes.

La pasión por el arte se desarrollaba poderosamente y cada vez más en el corazon de Piquer, y concibió el pensamiento de pasar á Méjico, sin duda porque la poesía que encierra América debía influir en la impetuosa imaginación del escultor, poniendo en ejecución su proyecto en el año de 1836.

Acompañábalo en su viaje un amigo de infancia, quien, careciendo de recursos, le rogó costeara su pasaje, cuyo desembolso le abonaría en América, confiado en su carrera médica; Piquer, tanto por la nobleza de su alma, por la generosidad de su carácter, cuanto porque necesitaba su entusiasta corazon poder comunicar sus impresiones á un sér que le comprendiera, habia aceptado casicon alegría.

Los artistas, los grandes ingenios, generalmente son impresionables, y algunas veces, como los niños, se dejan llevar del primer impulso.

Ocupado Piquer en visitar la ciudad de Motezuma, no hizo uso los primeros días de las numerosas cartas que de Europa habia llevado, y vagaba solo y desconocido, sin inquietud por el presente y sin temor por el porvenir.

Una noche, presenciando unos fuegos artificiales, su corazon se oprimió dolorosamente: «Un presentimiento, ha dicho Piquer, me anunció que estaba arruinado.» Lentamente se dirigió á un café, tomó un helado, y desde allí, encaminándose á su casa, se convenció de la triste realidad: aquel amigo que tantos beneficios le debía, se habia fugado llevándose un baul que encerraba 3.000 duros, toda su fortuna y los útiles necesarios para la escultura, es decir, todo lo que por entonces constituia la existencia de Piquer.

¿Presentaría sus cartas al encontrarse falto de todo recurso? No: rechazó aquella idea como indigna de él, pues fácilmente podian confundirle con esos mil aventureros que pasan los mares para explotar la generosa hospitalidad de los americanos.

La muerte le pareció preferible á la deshonra, y al efecto tomó una fuerte dosis de ópio: su naturaleza de hierro que ha conservado hasta los últimos momentos de su vida, le salvó en aquella ocasión.

Un catalan que en el piso bajo de su casa habitaba, informado de todo, le ofreció una pequeña cantidad, 1.000 reales en *calderilla*, para que atendiera á sus primeras necesidades.

Fortalecido su espíritu, empezó á presentarse en las casas á donde le habian recomendado, y pudo conseguir por don Andrés Robreño que le encargaran un retrato *gratis*, pero que fué el cimientó de su reputación y su fortuna en América, en donde su nombre adquirió justísima celebridad, debida al colosal Cristo de talla que ejecutó para el conde del Peñasco, además de otras obras de escultura, y en pintura cuatro gigantescos cuadros, representando las cuatro mujeres fuertes de la Biblia, destinados á la iglesia de Santa Clara de Méjico.

Durante cuatro años, su creadora imaginación no descansó un momento, recorriendo la isla de Cuba y otras poblaciones de América, desde donde se dirigió á París para permanecer en él dos años, en cuyo espacio de tiempo, no solo continuó con afanoso anhelo sus estudios, sino que modeló y ejecutó en nueve días su magnífica estatua de San Jerónimo, admirada en la Exposición de París de 1840 al 41, ardentemente elogiada por la prensa francesa y mencionada en las revistas artísticas publicadas por entonces.

Piquer abarcaba con su poderoso génuo las más sublimes concepciones, y su amor por el arte habia llegado á rayar en delirio: solo de ese modo podemos conce-

bir su prodigiosa fecundidad que hace imposible la enumeración de sus múltiples y sublimes obras; su San Jerónimo, fundido en bronce, por orden de la reina doña Isabel II, quien lo mandó colocar en el real Museo de Madrid, en donde existe; marcó la nueva serie de esculturas que ejecutó á su regreso de París, para las principales poblaciones de la Península, para el extranjero y para América, siendo de notar, y causándonos singular extrañeza, que Valencia, cuna del inspirado artista, del español ilustre que deja su nombre esculpido con sus cinceles en caracteres de oro, no posea una obra suya, una joya que formara parte de la corona que Piquer ha ceñido á su frente.

Unido en 1847 con la simpática é ilustrada señorita doña Emilia Llull, hija de un bizarro coronel, apreciado y conocido por su honradez, se entregó Piquer con más ardor que nunca al estudio, al trabajo, á los viajes, alentado por el cariño de su esposa, y encontrando en ella una compañera que le comprendía y á la vez le admiraba.

La colosal estatua de Doña Isabel II, cuya ejecución fué tan admirable que se repitió en bronce y mármol para ser colocada en el Congreso de los diputados; el sepulcro del general Mina, que posee Pamplona, y en el cual se vé una estatua de mármol de tamaño colosal; y la ecuestre dedoble tamaño que el natural, que ejecutó para Barcelona y que representa á Fernando el Católico en el acto de entrar en la vencida ciudad de Granada, los bellísimos bajos relieves accesorios de este suntuoso monumento y en los que vemos á Colon presentando á los reyes los atónitos indios, á Boabdil entregando las llaves de la oriental ciudad, la union de Castilla y Aragon y el escudo de armas de la ciudad de Barcelona, son sus creaciones más notables de aquella época.

Pero puede pasarse sin hacer mención de otras obras maestras, que como el sublime grupo de la Santísima Trinidad, existente en la iglesia del Carmen de Madrid, encanta por su correcta ejecución y por la exquisita delicadeza de los detalles.

¿Quién habrá visitado Pamplona sin admirar el San Juan y la Dolorosa, el San José y la Virgen del Carmen, dos artísticas perlas engarzadas en la catedral de Santiago de Galicia, y las estatuas de San Juan, San José, San Antonio y San Ignacio, con que se enorgullece la catedral de Tolosa?

También Puerto-Rico posee el grupo de la virgen del Refugio, que pintó Piquer, por encargo de la reina de España; siendo no menos notable la numerosa colección de retratos en bronce y mármol que representan á la familia real, á los personajes más ilustres de la nación española y á varios distinguidos extranjeros.

Cárdenas, más feliz que España, ó más previsora y agradecida, encargó á nuestro Miguel Angel una estatua de Colon fundida en bronce, y que fué modelada en Roma; pensamiento grandioso, detalles admirables en la fisonomía, en el ropaje y en la actitud; se vé, se lee, se advina en la mirada del inmortal genovés el mundo de ideas que invadían aquella imaginación privilegiada, y cual otro Pigmaleon logró Piquer dar vida á una estatua.

La prensa se ocupó extensamente y con entusiasmo de tan sublime obra, y los vates españoles formaron una bellísima corona poética inspirada en la brillante aureola de gloria del escultor valenciano. La que escribe estos incorrectos renglones, colocó en ella dos modestas flores, tributo rendido á la inteligencia y á la amistad.

Algunos años despues ejecutó en París una estatua, tal vez la más acabada y digna de admiración, la de Prometeo, que ha legado á la Academia, con la particularidad de que nadie ha podido verla aun, pero por la cual el escultor manifestaba particular predilección.

Su prodigiosa actividad le hizo concebir la idea de construir un teatro en uno de los salones de su propia casa, la cual puso en práctica, inaugurándose en 1860 con el nombre de *Liceo Piquer*, verdadera joya artística, en donde desde los tiempos más remotos hasta nuestros días se lee la historia del arte dramático, simbolizada por 33 estatuas de tamaño natural, pequeños relieves, cuadros, meda-

llones y primorosos adornos: el techo es bellísimo, el friso de la cornisa está formado con hojarasca mezclada con caretas teatrales representando pasiones y sentimientos, la ira, el dolor, la tristeza, la risa, el llanto, etc.

Los seis medios puntos debajo de la cornisa representan la infancia y progreso del arte dramático. El telón es un conjunto de figuras tan hábilmente colocadas, que se necesitaría una descripción extensa para poder comprender el buen gusto que ha presidido á todos los detalles que forman un todo caprichoso, original y digno de admiración.

Verdadero templo de las artes, pues en él se ha reunido todo lo más selecto que encierra Madrid; la aristocracia de la cuna y del talento.

Infatigable en sus tareas, en sus viajes, vémosle asombrando hoy á sus amigos, con el pensamiento atrevido de alguna nueva obra, y recorriendo mañana, con febril anhelo, con incesante curiosidad, con penetrante y poderosa mirada los Museos de Alemania, de Francia, de Italia, asombrado, impetuoso y deseando á un mismo tiempo ver todo; examinar y estudiar todo, admirar é identificarse con los grandes génios que han poblado el universo, con las maravillas del arte.

La artística ciudad de los Médicis, la monumental Florencia, fué una de las poblaciones que produjo en su alma mayor impresion, y era preciso conocer su carácter enérgico, im-resionable y de una vivacidad extraordinaria, para comprender el entusiasmo que resplandecía en su semblante.

Piquer era un verdadero artista; el conjunto de sus obras es inmenso, su rica imaginación poseía esa precision, ese buen gusto, ese sello original que inmortaliza; sus ideas, su fuerza de voluntad, no encontraban obstáculo alguno que se opusiera á la realizacion de sus pensamientos vigorosos y que su mano reproducia con admirable acierto; con la mayor serenidad soportaba una gran pérdida en sus intereses, y se encolerizaba é impacientaba por el detalle más insignificante de la vida íntima; era indomable como el leon, y al mismo tiempo locuaz, alegre, barlon y agradable en su trato.

Desde hace algun tiempo padecía una parálisis en la garganta, lo que le causaba momentos de verdadera desesperación, porque no podía acostumbrarse ni al reposo, ni al silencio que la enfermedad exigía que guardase.

Su mano manejó por última vez los cinceles en obsequio de las señoras del barrio de Salamanca; le habían manifestado el deseo de poseer una obra suya, y como el estado de su salud era tan poco satisfactorio, les cedió una que tenía en la mayor estimación: *La Magdalena*, de Alonso Cano; pero que, muy deteriorada, tuvo que restaurar, ejecutándolo con tal perfección y maestría, que difícilmente se encontrará diferencia alguna entre la mano que sostiene la cruz, modelada por Alonso Cano, ó la que es obra del ilustre Piquer.

Sus postreras visitas fueron consagradas á dos discípulos suyos, uno de ellos ya escultor de mérito, el otro un niño de trece años á quien amaba especialmente, porque descubria en él génio de artista.

El dia 26 de Agosto de 1871 se encontraba acostado escuchando á su esposa, nuestra querida é inconsolable amiga, quien leía en voz alta para distraer al enfermo: de repente lanzó un grito; llamó por señas á la que durante catorce años fué su compañera, y dándole un postrer y convulsivo abrazo cayó desplomado.

El grande artista habia dejado de existir.

Notable hasta en sus últimos momentos, otorgó un testamento que revela una vez más su infinito, su inmenso amor al arte, que era la vida de su vida. Favorecido por la fortuna, deja todos sus bienes á su esposa, heredando de esta, á su fallecimiento, las Academias de Bellas Artes y Española, para que estas á su vez puedan premiar á los artistas cuyo ingenio sea una honra para la nación española, y que cultiven las artes ó la literatura con entusiasmo y fe.

Si esto no es suficiente para bosquejar el carácter del noble artista, citaremos aun dos detalles de su vida, para demostrar hasta dónde llegaba su grandeza de

alma, y en los cuales no se sabe qué admirar más, si el beneficio ó la modestia, que ha dejado ignorarlo hasta hoy. Don José Tomás, catedrático de la Academia de Bellas Artes, tuvo la desgracia de ser jubilado por enagenacion mental, y su cátedra le fué otorgada á D. José Piquer, quien al saber que su antecesor se encontraba reducido al mínimo sueldo de la jubilación, pasó un oficio pidiendo que se le rebajara su anualidad, como si fuera él quien estuviera jubilado, y se completara la suya al Sr. D. José Tomás, con el objeto de que disfrutara los 9.000 rs. como anteriormente tenia; rasgo generoso, humanitario, y que revela un gran corazón.

Pero ¿qué idea más elevada puede formarse de ese génio excepcional, grande hasta en la muerte, al consignar que no solo esperaba sin temor el eterno descanso, sino que dos ó tres dias antes dictó á su conmovida esposa la papeleta mortuoria? ¿Es dable imaginar mayor indiferencia por la vida ó más católica resignación?

Aunque ligeramente, hemos dibujado á grandes rasgos al hombre y al artista: nuestra fúnebre tarea está cumplida, si no con la poesía y la corrección que á otras plumas más hábiles les está reservada, á lo menos con el entusiasmo del corazón, con la voz del verdadero dolor, exento de fórmulas, pero rico de admiración y sentimiento.

LA BARONESA DE WILSON.

Madrid, Setiembre de 1871.

BIBLIOGRAFÍA.

Viaje de Ceylan á Damasco, Golfo Pérsico, Mesopotamia, Ruinas de Babilonia, Nínive y Palmira, por D. Adolfo Rivadeneyra.

Un libro de viajes es *rara avis* en España. Los que en esta tierra de garbanzos andan curiosos en busca de noticias sobre países remotos, los que no se contentan con cuatro nociones, secas como un espárrago, que suelen hallarse en la mayor parte de los manuales de geografía; los que desean conocer la impresion que algunas comarcas han producido en el ánimo de ciertos viajeros ilustrados, y quieren tener pormenores sobre las creencias y costumbres de sus habitantes, han de recurrir á los libros que las pródigas prensas de Francia é Inglaterra arrojan connotadamente sobre el mundo científico, y si poseen el idioma de Goethe y de Schiller á las obras que salen en Leipzig ó en Berlín, en donde el estudio de la geografía no se considera solo como complemento de una educación de buen tono.

Pocos, poquísimos son los españoles que extiendan sus viajes más allá de la Europa central, y menos todavía los que, habiendo cruzado los mares con propósitos nada científicos, se deciden por lo ménos á coordinar las notas de su carteara; si es que alguna han tomado, y á dar á conocer á sus compatriotas en la mejor forma posible el resultado de sus observaciones.

Los alemanes dicen de los franceses que son gentes que gastan bigotes y no saben geografía; ¿qué dirían de nosotros, si por vecindad, pudiesen estar enterados de nuestras aficiones como lo están de las de sus fraterizos? Nosotros, que á los libros franceses debemos por lo general, y salvo algunas muy honrosas excepciones, el que se abran y lean curiosos y entreteñidos libros de viajes, con sus puntas de mentirosos á veces, pero escritos con una viveza y donosura bastantes para despertar imaginaciones apagadas, para calentar inteligencias, y para conseguir al fin que se tome por seria ocupacion del espíritu, lo que empezó por fútil y deleitoso pasatiempo.

Pero como en todo el mundo no hay regla sin excepcion, de vez en cuando aparece en nuestra tierra quien toma formalmente la tarea de describir lejanos países y de procurar por este medio que sus compatriotas se decidan á visitarlos y estudiarlos detenidamente. Nuestros lectores no habrán olvidado, de seguro, unas cartas que, copiadas de otro colega madrileño, publicamos en las páginas del *Diario*, cartas en las cuales la verdad y lo gráfico de las descripciones se aliaban con las noticias más peregrinas, con los recuerdos históricos más oportunos, con un caudal de observaciones no escaso, y con envidiable copia de conocimientos en los idiomas orientales. Y D. Adolfo Rivadeneyra, que era el autor de las cartas á que aludimos, y á quien nos atremos á colocar en el número de nuestros orientalistas, con estudiar los idiomas semíticos no habia olvidado la lengua patria, de modo que en sus trabajos nos proporcionaba el encanto de hallar descritas por un español, y por mane'ra genuinamente española, las comarcas en que se habla la lengua de Mahoma ó alguno de sus dialectos, y las costumbres, creencias y supersticiones de aquellos pueblos famosísimos.

Las cartas publicadas entonces en el *Diario* forman parte del libro, cuyo título encabeza este artículo y de cuyo contenido vamos á dar idea sustancial en pocas líneas. Dice el adagio que por la muestra se conoce el paño; á pocos libros

podrá aplicarse con mayor seguridad de acierto que al *Viaje de Ceylan á Damasco*, de D. Adolfo Rivadeneyra, porque como el autor no se propuso escribir una obra que produjera sensación, como suele decirse, y que por ende se vendiesen sus ejemplares en número fabuloso, sino que se limitó á coordinar sus notas é impresiones, y á extenderlas en forma concisa, que no excluye la elocuencia ni la elegancia, se mantiene siempre el mismo desde la primera á la última página, y desde que empieza hasta que concluye si de algo hace gala es de una parsimonia y tranquilidad de espíritu que se entusiasma raramente y por muy contados motivos.

Bien es verdad, que las comarcas recorridas por el Sr. Rivadeneyra no necesitan ni las galas del lenguaje, ni los recursos del estilo para atraer á quien lea sus descripciones. Es fama que la isla de Ceylan es un verdadero paraíso, á Damasco le llaman los naturales *La Granada oriental*, como para ponderar lo azul y trasparente de su cielo, lo amenisimo de su vega, lo florido de sus cármenes y vergeles; de las ruinas de Babilonia, Nínive y Palmira, ¿quién no ha visto en su mente imágenes, cuya grandeza parece darnos á conocer la de los imperios y civilizaciones que echaron sus fundamentos? Y no ménos interesan las comarcas sacerdotales de la India y los templos levantados en ella, maravillosas construcciones que asombran á los más hábiles ingenieros del siglo xix por los problemas de estética y de mecánica que debieron resolverse al elevarlos; las riberas en donde se asientan Sida y Tiro, teatro de las glorias mercantiles del navegante pueblo fenicio; el precioso Tigris á la Mesopotamia sembrados de recuerdos que habian á la inteligencia con una fuerza capaz solo de ser comprendida por quien alguna vez ha dado suelta á la imaginacion cabe á sitios consagrados por la tradicion y por la historia.

Un libro de esta clase, pues, no ha de caerse de las manos. Ciertas páginas las recorrerá la vista perezosamente, porque el autor, deseoso de comprender en su narracion todos los extremos que constituyen la vida y fisonomía de los pueblos, se entretiene en enumerar menudamente los objetos de comercio, las cantidades á que ascienden los importados y los exportados, las naciones con las que los pueblos visitados por él se hallan en más frecuente trato, qué puertos se aprovechan mejor de ellas, los buques que arriban y salen y el pabellón á que pertenecen, etc., etc., datos en conjunto áridos, si se quiere, pero en extremo útiles y más provechosos todavía si por fortuna llegasen á noticia de personas ocupadas por oficio y por inclinacion en el tráfico y en las especulaciones mercantiles.

De vez en cuando el Sr. Rivadeneyra, despues de haber hecho constar el comercio activo que los ingleses sostienen en la India y varias naciones de las cuencas del Mediterráneo y del Adriático con los pueblos de la Siria y del Asia menor, se lamenta de que España brille por su ausencia, de que no remita á ellos manufacturas que serian muy bien recibidas trayendo en cambio á la madre patria riquísimos frutos, gomas, resinas y plantas olorosas y medicinales. Hablando de Beirut dice que de uno de los principales emporios del comercio de Oriente y de Occidente, como que asciende á unos 4.000.000 de francos mensuales el valor de los productos exportados á Inglaterra, Francia, Egipto é Italia, y añade: «España no hace aquí ningun comercio, aunque creo que bien podria hacer alguno. En Turquía, por ejemplo, todo el mundo lleva la cabeza cubierta con el *tarbouch*, gorra colorada, que se importa de Austria, cara y de mal color. ¿Por qué no habian de preferir los tejidos de la boina vascongada ó del gorro catalan acomodados á las formas aquí usadas?»

Mínima parte del *Viaje de Ceylan á Damasco* forman los datos comerciales, aunque en reducido espacio ofrecen mucha ensañanza. Constituyen la parte mayor del libro la narracion de las condiciones orográficas é hidrográficas de las regiones que á través del Sr. Rivadeneyra, noticias sobre el clima y la fertilidad del suelo, la descripción de los monumentos más notables por él recorridos, tales como el templo monolito fadico de la isla de Elefante, el templo del Sol, las mezquitas de Bagdad y de Hebron; la de las ciudades más importantes, entre las que son de notar las árabes, hermanas en la traza de Córdoba, Granada, y de otras poblaciones del Mediodía de nuestra Península, que tantos vestigios conservan de los pobladores de aquella raza semítica; la reseña de ceremonias religiosas; la relacion de hábitos, usos y costumbres, de los que tenemos vaga idea y que completamos con los curiosísimos detalles que el autor de aquel libro nos proporciona.

Y así con la apreciacion del carácter de los Drusos y de los Maronitas con los elevados pensamientos que le surgieren comarcas desoladas ó monumentales ruinas, con los arranques de entusiasmo á que le arrastra la contemplacion de la naturaleza, mezcla el Sr. Rivadeneyra, sin bruscas transiciones, naturalmente, la descripción de un baño árabe con exactísima expresión de las múltiples y variadas operaciones á que se sujeta al prójimo que intenta lavarse; el cuadro típico de un baile y baquete de familia en Damasco; la manera cómo los árabes preparan el café á fin de conservarle fuerza y aroma, y cómo aderezan y condimentan otras bebidas y manjares; y por fin, la relacion de particulares impresiones, tales como la que nombra *Un baño en el Mar Muerto*, y que de buena gana transcribiríamos íntegra si su extension más que mediana nos lo permitiera.

En resumen, el *Viaje de Ceylan á Damasco*,

de D. Adolfo Rivadeneyra, es un libro útil y entretenido, por cuya publicación han de estarle agradecidos todos los que desean el aumento de las obras españolas, hijas del estudio directo, y provechosas por su valor científico y literario. Por lo ménos, dice el Sr. Rivadeneyra, no puede negarse un género de interés á esta clase de escritos: «el de mostrar, tal como hoy se encuentran, países donde nacieron, se desarrollaron y murieron pueblos clásicos de la antigüedad, y acerca de cuya historia pasada puede adquirirse en los libros profundo y cabal conocimiento.» Y el interés que tales libros despiertan es tanto más provechoso cuanto más haya sabido sujetarse el autor, como lo ha hecho el del libro en que nos hemos ocupado, á lo que inculca la frase árabe: *El mejor relato descriptivo es aquel que hace de la oreja ojos.*

F. MIQUEL Y BADIA.

PROCESO DE LA COMMUNE DE PARÍS.

(Continuacion.)

DESCAMPS (BAUTISTA).

Descamps es fundidor de hierro. Antes del sitio de París, era individuo de la Cámara federal de las sociedades obreras. El acusado pretende no tener relacion de especie alguna con la *Internacional*. Elegido individuo de la *Commune* en el 14.º distrito, no ha asistido sino raras veces á las sesiones de la misma, no habiendo jamás tomado la palabra. El 25 de Mayo estaba en la alcaldía del 11.º distrito.

Creemos, sin embargo, que debe ser puesto en acusacion, como cómplice de los crímenes imputados á los demás acusados.

FERRAT (PABLO), literato.

Ferrat no era conocido en la politica antes del sitio. Frecuentando los clubs acabó por adquirir cierta influencia. Como guardia nacional, fué el delegado de su legion en el Comité central, y participa en sus actos desde el 16 de Marzo. Ferrat fué tambien delegado como alcalde del 6.º distrito, pero retiróse despues de las elecciones de la *Commune*.

Elegido jefe de batallon en el 80.º, fué enviado á Issy, siendo nombrado jefe de estado mayor de la plaza. El 22 de Abril, Ferrat fué arrestado por orden del delegado de la guerra, en el local del Comité central en medio de sus colegas. Este arresto causó una especie de ruptura entre el ministro de la Guerra y el Comité central. Este último dirigió á Cluseret la siguiente carta:

«Ciudadano:

«Habeis mandado invadir nuestra sala de deliberaciones por hombres armados para proceder al arresto del comandante Ferrat.

«Sean cuales fueren vuestros cargos contra el ciudadano Ferrat, os habeis excedido de vuestros derechos, mandándolo arrestar en nuestro mismo centro.

«Protestamos contra la manera autoritaria de este arresto. Es una violacion de todos los usos desconocidos. El Comité declara, que se retira del ministerio, hasta que le sea dada cumplida satisfaccion.—*El Comité.*»

El jefe del 8.º batallon obtuvo su libertad. El 6 de Mayo, Ferrat y sus hombres entraron en París. Inmediatamente fueron enviados á la puerta Maillot, despues al parque de Wagram, y el 22 regresan á su distrito de Ménilmontant. Ferrat pretende haber influido en su batallon para hacer que cesara la lucha cuando las tropas regulares penetraron en su distrito.

Ferrat se titula literato; pero parece más bien uno de tantos sin profesion ni clase, que no pudiendo aceptar la de sus familias, están constantemente en busca de una posicion. Ferrat era partidario de la *Commune*, porque con pocos esfuerzos podia esta hacerle llegar al fin deseado. De un temperamento enérgico, ha debido saber hacerse obedecer.

No era individuo de la *Commune*; está acusado de haber atentado á la destruccion del Gobierno, de usurpacion de funciones, y de haber hecho armas contra la Francia.

Por lo tanto opinamos que debe ser puesto en acusacion como cómplice de los crímenes y delitos atribuidos á los demás acusados.

FERRÉ (TÉOFILO).

El acusado Ferré tiene muy malos antecedentes políticos. Antes de representar el sanguinario papel de delegado en la prefectura de policia, se habia hecho conocer en varias circunstancias por sus

exaltadas palabras y excitaciones á la insurreccion. En 1868, con motivo de la manifestacion Baudin, intentó pronunciar un discurso, subiéndose á un monumento contiguo á la tumba de Baudin. Sus primeras palabras fueron: ¡«Viva la república! ¡La Convencion en las Tullerías! ¡La razon en Nötre-Dame!»

En las reuniones públicas se hacia notar por su violencia y sus insensatos discursos, evocando el recuerdo de 1793. Cuando el proceso de Blois, fué arrestado y acusado con Duport; sus contestaciones al presidente fueron tan violentas é insultantes, que hubo de sacársele de la sala. Con todo, faltando pruebas, fué absuelto.

Se ha negado á contestar durante la sumaria, y no ha querido firmar cosa alguna. Dice que este es su sistema y se reserva para la Audiencia, para entregarse, sin duda, á los mismos insultos que en Blois. No quiere abogado, y hará su propia defensa.

El 18 de Marzo, Ferré, encontrándose á las nueve y media de la mañana en el número 6 de la calle *des Rosiers*, hizo oposicion á la salida de los guardias republicanos prisioneros, obteniendo del comandante Dardelle la revocacion de la orden de ponerlos en libertad. Se trasladó despues al *Chateau-Rouge*, donde acababa de ser conducido el general Leconte, haciéndose notar por su tenacidad en pedir la muerte del general.

El 20 de Marzo, elegido en el 18.º distrito individuo de la Comision de seguridad general, firmó con Dereure, J. B. Clément, Vermorel y otro una proclama llena de calumnias contra la autoridad legítima y de excitaciones á la insurreccion y á la guerra civil.

El 1.º de Mayo fué nombrado fiscal de la *Commune*, lo que le permitió dar principio á los arrestos y condenas arbitrarios. El 14 apareció en el *Officiel* su nombramiento de delegado en la prefectura de policia. Amigo de Raoul Rigault, cuyos crímenes continuó, fué colocado en aquel puesto, sustituyendo á Courmel, que no inspiraba tanta confianza. El acusado, de una plumada, decretó la supresion de casi todos los periódicos y la sentencia de muerte de numerosas victimas detenidas ó encarceladas de orden suya.

En el depósito de la prefectura, Ferré fué visto por el testigo Desserey, vigilante de la cárcel, cuando llamó aparte á un tal Veysset, y le leyó una orden que tenia en la mano. Ferré, señalando un peloton de Vengadores de Flourens, le dijo: «Hé aquí el peloton de ejecucion que se os va á llevar.»

El sargento Sauvage dijo á este testigo que, despues de fusilado, aquel hombre habia sido arrojado al agua.

El testigo Vergueri vió á Ferré reparar dinero entre los hombres que iban á fusilar á Veysset. El testigo Rigeaut, viendo la Prefectura de Policia en llamas, se lo hizo notar á Ferré en el mismo momento en que mandaba salir á Veysset. «No es verdad,—contestó Ferré,—¿quién os lo ha dicho?»—«Los guardias nacionales,—contestó Rigeaut.»—«Los guardias nacionales son unos imbéciles,—dijo Ferré,—además, no teneis que temer por vos, puesto que nuestro edificio está abovedado.» En aquel momento estaba ya envuelto en llamas el Tribunal de Casacion.

Margarita Fozzi y Bacon, empleados en la Prefectura, han oido decir que Veysset habia sido fusilado de orden de Ferré, habiendo éste disparado el primer tiro, que tocó á la víctima en la cabeza; despues lo mandó echar al rio. Un documento, procedente del Director del Depósito de la Prefectura atestiguan que Veysset, encerrado en aquella cárcel el 21 de Mayo, habia sido puesto á la disposicion de Ferré, quien le mandó dar de baja el 24 para ser pasado por las armas.

Por último, el testigo Braquand afirma que la orden de salida de Veysset estaba firmada por Ferré, que mandaba el peloton de ejecucion. La esposa de Braquand vió el 24 de Mayo á Ferré, con paletó gris y cuello negro, cómo dirigia la palabra al peloton de ejecucion, oyéndole las siguientes palabras: «Todos los *sargents de ville*, todos los *gendarmes*, todos los agentes bonapartistas, fusilados aquí inmediatamente.»

Entre las victimas asesinadas en el Depósito se encontraba el llamado Valliat, fusilado el 24 de Mayo de orden de Fer-

ré, dándole de baja en el registro de la cárcel.

Revolucionario fogoso é implacable, Ferré no retrocedió ante medio alguno para vengarse de la derrota de su partido. Tuvo parte con otros miembros de la *Commune* en la mision de incendiar los monumentos que los insurrectos habian ocupado y que no querian dejar intactos al ejército del orden.

El miércoles por la mañana, 24 de Mayo, el testigo Bafford, que vive en la calle de Harlay, en la Prefectura de policia, presenció como Ferré y cinco individuos más entraban en la Prefectura y subian la escalera de servicio.

Ferré le dijo: «Despachaos; vamos á pegar fuego aquí; dentro de un cuarto de hora todo será llamas.» Media hora despues el testigo vió salir llamas de las dos ventanas del despacho del fiscal general, donde Raoul Rigault se habia instalado durante la insurreccion. El testigo observa que Ferré llevaba cuello de terciopelo negro en la levita.

La mujer Campaigne vió la misma noche algunos individuos embadurnar de petróleo las paredes de la Prefectura de Policia. Notó entre ellos cuando salian, un hombre más bajo de estatura que los demás, con paletó gris, cuello de terciopelo negro y un pantalon con listas negras.

El testigo Rigeaut, ya citado, hace igual declaracion. No es de extrañar que el delegado en la Prefectura de Policia no quisiera dejar intactos el local de su sangrienta administracion y los archivos acusadores que contenian los expedientes de sus cómplices.

El acusado dió orden escrita y firmada por él mismo para incendiar el ministerio de Hacienda en estos términos: «Ciudadano Lucay, mandad quemar Hacienda y venid á reuniros con nosotros.» La letra está desfigurada intencionalmente. Un perito, sin embargo, ha reconocido la mano de Ferré.

El día 24 de Mayo, día de los asesinatos é incendios ya indicados, el testigo Voltier, detenido en la Roquette por robo, declara que Ferré, vestido de paisano con faja encarnada, se presentó en la Roquette con un centenar de guardias del 195.º batallon y del 206.º, y que dijo á estos hombres: «Ciudadanos, sabéis ya cuántos faltan de los nuestros. ¿Nos han cogido seis, tenemos, pues, que fusilar seis!»

El testigo pudo ver bajar en parte los seis rehenes: el arzobispo de París, el presidente Bonjean, el abate Allard, los padres Duconday y Clerc y el abate Deguerry.

El 26, el llamado François, director de la Roquette bajo la *Commune*, recibió una orden firmada por Raoul Rigault y Ferré mandando entregar el llamado Jecker al juez de instruccion.

El 27, el testigo Pinet, empleado en la Prefectura de Policia, vió á Ferré en la Roquette delante de la puerta de la escribanía, gritando y dando órdenes á hombres de mala facha. El mismo día el delegado de policia daba orden de poner en libertad á los malhechores detenidos en la cárcel, entregándoles la armas. Estos últimos mataron entonces gran número de prisioneros, entre los cuales habia 66 gendarmes.

Sin embargo, los prisioneros que aun vivian decidieron defenderse; los asesinatos retrocedieron, pero les tendieron un lazo prometiéndoles la libertad y gritando: «¡Viva la línea!»

Los abates Surat, Bécaud y Honillon y el Sr. Chauvieu fueron victimas de esta traicion.

Ferré es cómplice de estos asesinatos, la celada fué organizada por él, puesto que dió la orden escrita de mandar salir los rehenes. Las consecuencias de esta orden prueban claramente la intencion que la dictó.

En consecuencia, Ferré está acusado, no tan solo de los hechos que pesan sobre los demás individuos de la *Commune*, sino que tambien de haber destruido y mandado destruir por medio del fuego los monumentos de pertenencias del Estado, y de haber provocado y ordenado el asesinato de los rehenes.

En vista de estos hechos, opinamos que Ferré ha cometido los delitos previstos por los artículos 59, 87, 88, 91, 92, 95, 96, 97, 257, 258, 295, 296, 297, 302, 341, 344, 434 y 437 del Código penal.

GROUSSET (PASCUAL), literato.

Grousset ha colaborado en varios periódicos revolucionarios.

En el *Affranchi*, que Grousset dió á luz durante la *Commune*, publicó artículos de una violencia extrema. Esta hoja estaba llena de ataques contra el clero, y pedía la supresion del presupuesto de cultos. Decía, entre otras cosas:

«Desenvainada la espada, París no debe detenerse á medio camino; debe aceptar hasta el fin la mision que tiene su honor y su razon de ser...»

«Que acabe, pues, de una vez con este implacable pasado, que á cada paso se levanta amenazador y burlon enfrente del porvenir; que aplaste para siempre esta ávida reaccion, á la que abandona cobardemente una presa, sin por eso contentarla jamás; que no retroceda ante obstáculo alguno para asegurar su victoria.»

Individuo de la *Commune* desde un principio, fué despues delegado principal de relaciones extranjeras. Grousset, uno de los miembros más intolerantes de la *Commune*, se hizo siempre notar por sus ideas anti-conciliadoras. Durante la sumaria se ha negado á contestar á las preguntas que le eran dirigidas, declarando que no se separaria jamás de este sistema.

El capitán encargado de la informacion ha tenido, pues, que reunir los hechos que tienen relacion con este acusado para que el señor Presidente pueda á su vez dirigirla las mismas preguntas. Entre los documentos de contabilidad del ministerio se encuentran recibos de un tal Kunemann, formando un total de 29.657 francos 50 céntimos. ¿Quién es Kunemann? Han desaparecido del ministerio varios expedientes y una cartera que habia pertenecido á M. de Moustier.

Este acusado dirigió á los representantes de las potencias extranjeras con residencia en París una circular, rogándoles invitasen á sus respectivos Gobiernos á reconocer á la *Commune*. Tuvo correspondencia con el general prusiano Fabrice. ¿Para qué y en qué circunstancias? Conviene pedirle la explicacion del contenido de una carta firmada Eugenio K...; asimismo detalles sobre un inventario hallado en su poder que enumera la vajilla de plata de la corona. ¿Qué se ha hecho de esta vajilla?

No ha querido dar explicaciones sobre las pesquisas hechas en casas de M. Feuillet de Conches, el 8 de Mayo. ¿Quién las mandó hacer? ¿Qué ha hecho de los objetos hallados en un secreter, borlas y trenzas de oro, cruces y placas? ¿Por qué estaban en su poder expedientes procedentes del ministerio de negocios extranjeros y de la ex-prefectura de policia? ¿Por qué conservaba tambien las hojas Grousset—Rochefort y Pedro Bonaparte?

Habia agregado á su servicio personas que no podian ménos que darle pruebas de adhesion al partido que defendia; entre otras, su hermano Luis Grousset, Lacoste, su sastrer, y un tal Alarmide. ¿Con qué objeto envió su querida á casa de M. Lacoste para entregarle cuatro legajos de billetes de Banco importando en junto 1.600 francos? ¿De dónde procedia este dinero?

Pedirle explicaciones sobre un proyecto de contrato para la demolicion de la columna Vendome, presentado por un tal Iribe, amigo de Grousset y de los individuos de la comision ejecutiva, empresa que debia ejecutarse mediante 28.000 francos.

En la sesion de la *Commune* del 17 de Mayo, dijo Grousset: «Que todos los individuos de la *Commune* deben ser responsables de sus actos y lo son de hecho.» Debe asimismo explicaciones sobre el proyecto de derribo de la Capilla expiatoria, de la columna, de la casa de M. Thiers, y sobre los incendios y la muerte de los rehenes.

No hay que olvidar que Grousset mandó fijar una proclama dirigida á las grandes ciudades, que es un llamamiento á las armas en toda la Francia.

Es, pues, culpable y cómplice de los crímenes y delitos previstos y penados por los artículos 59, 60, 87, 88, 91, 98, 255, 258, 259, 260, 295, 296, 302, 341, 342, 344, 381, 393, 396, 434, 437, 439, 440 del Código penal, y 1, 2, 4 y 7 de la ley del 11 de Agosto de 1848.

LULLIER (CÁRLOS).

M. Lullier, antiguo oficial de marina, reformado en 6 de Junio de 1868, cuando iba á ser nombrado teniente de navío,

hizo presentir desde su salida de la escuela naval, por su indisciplinado espíritu é irascible carácter, cuán difícil le sería sujetarse á toda autoridad superior á la suya.

Aspirante de segunda clase, á bordo del navío el *Austerlitz*, se hizo notar por su genio pendenciero y sus violencias respecto de sus jefes y de sus iguales, causando su desembarque y su detención de un mes á bordo de la prision flotante de Brest.

Durante los años siguientes sus disposiciones á la rebelion se desarrollaron rápidamente, y en el espacio de cinco años incurrió dos veces en el grave castigo de ser suspendido de empleo. Habiendo vuelto al servicio activo el 6 de Julio de 1867, se hizo notar por nuevos actos de indisciplina, por los cuales tuvo que comparecer ante un consejo de información que decidió darle de baja el 16 de Abril de 1868.

Extraviado por un falso criterio y una verdadera monomanía de orgullo, M. Lullier se rebelaba en aquella época contra la sociedad, á la que acusaba de injusticia, porque castigaba sus faltas, y de este modo llegó á profesar las doctrinas republicanas más exageradas. Deseara ya ardientemente en 1862 hacer un papel político, y con este objeto se habia presentado como candidato á la diputación en Finisterre.

Libre del yugo impuesto por la disciplina militar y vuelto á la independencia de la vida civil, por su expulsión del cuerpo de marina, M. Lullier demostró con sus actos anteriores al 19 de Marzo de 1871, que lo mismo aceptaba las leyes de la sociedad que las del ejército. En efecto, le vemos cuatro veces castigado por esas leyes que le estorbaban y que quería derrocar. Era condenado:

1.º El 20 de Setiembre de 1870 á seis meses de cárcel y 800 francos de multa, por golpes y por uso ilegal de uniforme.

2.º El 20 de Noviembre del mismo año á dos meses de cárcel, por golpes y heridas con premeditación.

3.º El 26 de Abril de 1869 á un mes de cárcel por rebelion y ultrajes á la autoridad.

4.º El 22 de Setiembre del mismo año á seis meses de cárcel por ultraje á un magistrado del orden administrativo.

Estas ideas subversivas le pusieron muy pronto en relaciones con Gustavo Flourens y Rochefort, que fué uno de sus amigos más íntimos. Una carta del primero fecha 16 de Noviembre de 1869 prueba que apreciaba particularmente las disposiciones políticas de M. Lullier y admiraba en él al hombre de acción á quien preveía un gran porvenir en el movimiento revolucionario.

Rochefort le manifestó en sus cartas un gran cariño y «cuenta con él para el día en que será preciso marchar.»

En 9 de Setiembre de 1870, nombrado delegado en el Comité de defensa de París durante el primer sitio, por la Internacional, fué el día siguiente enviado á Copenhague con una comisión que él mismo califica de insigne engaño, en su protesta escrita el 28 de Marzo en la Conserjería.

A su regreso, el Gobierno provisional le encargó que fuera á los Estados-Unidos, de donde volvió á París el 12 de Marzo.

Preparábanse los acontecimientos de 18 de Marzo. M. Lullier, hombre de acción, como le califica Flourens, iba á encontrar la ocasión de justificar la esperanza de sus amigos políticos que no le olvidaban, y que le habian elegido para jefe militar de la insurrección.

M. Lullier, general de la Guardia nacional rebelde, ha expuesto la historia de sus actos durante los días 18, 19, 20, 21 y 22 de Marzo. Se ha complacido en hacer alarde de la energía con que habia ejercido su mando, ha explicado los medios empleados, ha enumerado los puntos ocupados sucesivamente por los insurrectos, y su narración sigue paso á paso las diversas fases de la ocupación de los fuertes de París por la Guardia nacional.

Procuraremos resumir, en cuanto sea dable, esta historia bastante exacta de los progresos de la insurrección en la capital, progresos que no vacila el general en jefe de los insurrectos en atribuir á sus méritos personales. Este relato constituye por sí solo una verdadera acta de acusación.

El 15 de Mayo, M. Lullier, por sus re-

laciones con los hombres que trabajaban por el establecimiento de la *Commune*, recibe en una reunión compuesta de 2.500 delegados, y celebrada en Vaxhall, la proposición de mandar la artillería y la 6.ª, 11.ª y 20.ª legiones; esta proposición es aceptada por Lullier con condición de que la misma le sea hecha por los oficiales de la Guardia nacional.

Desde este momento Lullier está de hecho en las filas de los insurrectos.

En la tarde del 18 de Marzo, el papel de M. Lullier se define por completo. Llamado por el Comité Central, recibe del mismo el mando en jefe de la Guardia nacional, cargo que pretende el acusado no haber aceptado sino despues de expuesto el programa siguiente:

1.º Levantamiento del estado de sitio.
2.º Elección por la Guardia nacional de todos sus jefes, hasta el general inclusive.

3.º Las franquicias municipales para la ciudad de París, esto es: el derecho para los ciudadanos de nombrar por sí mismos á sus magistrados municipales y fijar sus impuestos por este intermedio.

Al recibir su nombramiento pone por condición que se le deje toda iniciativa; le vemos á la obra con un celo que no entibió jamás, hasta que fué arrestado el 22 de Marzo.

Arrastrando los batallones que encuentra en el barrio del Temple, llega á las Casas Consistoriales, cercadas ya por numerosos guardias nacionales. Por orden suya se levantan barricadas en la calle de Rivoli, donde encuentra á los insurrectos, dejando, según él afirma, libre la línea de los muelles para facilitar la partida del regimiento alojado en el cuartel Napoleon. Este regimiento marcha á Versalles á las diez de la noche.

A las once manda ocupar las Casas Consistoriales y el cuartel Napoleon por Brunel, comandante insurrecto.

(Continuará.)

EL FONDO Y LA FORMA.

Hubo en la antigüedad un escéptico, original por cierto, que negaba el movimiento en el acto precisamente de moverse él mismo. Algo del filósofo en cuestión tienen nuestros federales, ya que en medio del bullicio de sus clubs y manifestaciones libres, en sus discursos y escritos dados á los cuatro vientos de la publicidad sin restricción alguna, en medio de esta atmósfera de libertad que á pecho lleno respiran, repiten sin cesar y se esfuerzan incansables por acreditar en el pueblo su opinión, que la monarquía es radical y absolutamente incompatible con la libertad.

¿Y por qué la monarquía democrática es enemiga mortal del derecho de los ciudadanos? Porque no es la forma de Gobierno propia para realizar ese derecho. ¿Pero qué es en tal caso la república en contraposición á la monarquía? Es, no más, un conjunto de instituciones puramente políticas; menos que eso: es no más un detalle en la constitución de la suprema autoridad pública, en la manera de ser de uno de los elementos esenciales de todo Gobierno, un variante del Poder Ejecutivo.

Y hé aquí precisamente el que pudiéramos llamar pecado original del republicanismo, su primer error y su primera torpeza.

Atribuyen á las formas políticas una importancia extrema, casi decisiva, en todo lo relativo á la extensión y eficacia del derecho, y desconociendo ó olvidando el principio fundamental de la moderna democracia, de la diferencia radical entre la libertad y su garantía y defensa, vienen á caer en ese trasnochado formalismo; error capital de liberalismo de otros días.

No, no es la libertad ese concierto artificioso de instituciones y poderes, esa máquina gubernamental en que, ponderados y sometidos á determinada esfera de acción, obran y se mueven sus diversos resortes, según pensamiento y plan previamente escrito y reglamentado en una carta. Y por eso desde que la libertad, el derecho, se funda en la naturaleza humana y no en el artificio político, desde que «los derechos de los hombres reunidos en sociedad no están basados en la historia, sino en su naturaleza,» según la frase de Turgot, las instituciones políticas, las formas de gobierno, y todas

las teorías relativas á la organización de los poderes públicos, han perdido su importancia suprema y capital.

Compréndese que al día siguiente de la caída de los tronos absolutos, nuestros padres, que acababan de salir del régimen de la arbitrariedad, compréndese que dieran importancia suma al nuevo sistema, miraran con entusiasmo ardiente las barreras alzadas contra la vuelta á lo pasado, y llamaran eso suma libertad y derecho á lo que no era más que garantía y condición de derecho y libertad.

Hoy hay en el ciudadano algo más que el elector; un pueblo libre es algo más que una colectividad de representantes y mandatarios, y la libertad es también algo más que un conjunto artificial de garantías. Los Gobiernos, por otra parte, no pueden ya, aunque quieran, abarcar toda la existencia humana; el sentimiento de la dignidad y la espontaneidad propias han crecido en el individuo y en el pueblo; la fuerza de la opinión y la corriente irresistible de las ideas son cimiento y sosten principal de las conquistas alcanzadas, y por todo esto ha caído la vieja adoración á las formas políticas, y por esto también los espíritus rectos y despreocupados miran en política, como en todo, el fondo de las cuestiones sin apasionarse grandemente por sus aspectos puramente formales y exteriores.

¿Quiere decir esto que debemos mirar como cosa baladí las garantías constitucionales? Nada más lejos de nuestro ánimo. Como barrera alzada contra las extralimitaciones de los poderes públicos, siempre serán de gran valor los tres elementos que los escritores políticos asignan á todo Gobierno libre: un sufragio electoral que represente todo el cuerpo social, ó cuando menos su inmensa mayoría; una Representación nacional, libremente elegida, que ejerza una influencia y una fiscalización severa en todo lo relativo á impuestos, legislación, paz ó guerra; y, por último, una magistratura independiente, jueces inamovibles y el jurado que, sin tener ni esperar nada del poder, sean guardianes de las leyes y defensa de las libertades individuales.

Pero aunque de importancia indisputable estas tres condiciones de libertad, ¿pretenderá que los consideramos como el derecho total, ni siquiera como su garantía principal ó única? Nada también más lejos de la verdad. La verdadera libertad consiste en la civil ó individual y social, y en el ejercicio y práctica de esta libertad consiste su principal garantía y defensa.

Más que en su artificio constitucional, en su poder ejecutivo amovible, en sus Cámaras y sus magistrados, fian los norteamericanos su libertad al poder de su prensa libre, de sus asociaciones y múltiples medios de apostolado y propaganda, y la libertad vive en ellos firme é impecederá, merced á esa propaganda; y lo que vale más todavía, á esa educación popular tan maravillosamente organizada, tan potentemente extendida. A pesar de su tan envidiada y decantada forma política, aquellos republicanos dan más que á la forma importancia al fondo; y han comprendido, con su indisputable sentido práctico, que un organismo constitucional sin una opinión robusta é ilustrada, es planta sin jugo, cuerpo sin vida.

No tiene, pues, no puede tener hoy la forma republicana la importancia capital que falsamente se le supone.

Pero aun circunscrita la cuestión á ambas formas, aun entablado el litigio entre monarquía y república, puede la monarquía realizar esas condiciones orgánicas y puramente externas de la libertad. Si el hecho normal y diario, fundamental é indisputable, es una prueba fehaciente, un testimonio irrefutable de verdad, la cuestión está resuelta. España é Inglaterra, Bélgica y Holanda son pueblos libres y son pueblos monárquicos. Más todavía, si exceptuamos dos repúblicas modelo de cultura y libertad y dos monarquías tipo de atraso y despotismo, el mundo civilizado presenta el espectáculo de los pueblos del viejo continente, cultos y prósperos, libres y pacíficos, bajo la monarquía, en frente de los del nuevo, convulsos y agitados, desgarrados y oprimidos con la república.

La explicación de este hecho es sencillo; consiste, como ya está indicado, en

que ambas formas políticas pueden cumplir las condiciones externas de la libertad, así como aisladas allá en las altas esferas de la política, son impotentes para detener en su descenso un cuerpo social que inclina á la disolución, al desconcierto y la anarquía.

Pero se dice, por su carácter de permanencia, por la fuerza de la tradición que representa y otras varias causas, la monarquía tiene siempre á la reacción y al poder personal; y nosotros replicamos; lo mismo sucede con las repúblicas, porque la causa de las reacciones políticas, salvo casos especiales, depende esencialmente del estado de la opinión.

Poned á un pueblo en la disyuntiva de orden ó libertad, y rechazará la libertad y rechazará el orden. Tras un largo período de agitación política é inestabilidad social, los pueblos buscan todos la paz que les falta en el jefe del Estado, si lo consideran capaz, y presidente ó rey, saben hacer de él bien pronto un dictador. Ahí está la historia de los dos Napoleones, y ahí está esa série de generales y coroneles sud-americanos, que diariamente son encumbrados por la opinión á la dictadura despues de largos días de agitaciones y discordia.

No es, pues, una pura cuestión de forma, volvemos á repetirlo, no es un simple detalle en el mecanismo constitucional, la gran cuestión de la libertad, del porvenir y prosperidad de las naciones; la cuestión es fundamental y esencialmente de fondo. Mientras se dé, pues, libertad y progreso, nada más puede pedirse racionalmente.

Ahora, en nuestra hasta hoy infortunada patria, la monarquía de Don Amadeo de Saboya da la libertad, tras de ella y por ella vendrá el progreso.

Que falta mucho por hacer, es cierto; pero mucho de lo que nos falta lo han alcanzado ya naciones monárquicas, y en punto á radicalismo reformista, no es en nuestra patria menos esforzada la opinión en el campo monárquico que en el republicano. Educación popular, solución de la gran cuestión entre el capital y el trabajo, abolición de la quinta, esclavitud y pena de muerte, con otros mil progresos, voces monárquicas los piden y defienden también.

¿Es quizá un progreso el federalismo tal como algunos republicanos lo piden? Pues también cabe en la monarquía. La descentralización administrativa consignada en nuestro Código democrático es una prueba concluyente.

En resumen: república no es sinónimo de libertad, porque la libertad existe fuera de esa forma política, porque la libertad no es la forma, sino el fondo.

P. FEED.

EL FOLLETO DEL PRÍNCIPE NAPOLEON.

Vamos á extraer el folleto ó carta que acaba de publicar en París el príncipe Jerónimo Napoleon, respondiendo á las graves acusaciones que M. Jules Favre le habia dirigido en la sesión de la Asamblea nacional de 17 de Junio último.

Reduce el primo de Napoleon III las acusaciones á dos principales puntos:

1.º A haber provocado la guerra.
2.º A haber evitado al enemigo.
Y concretada así la acusación, comienza aquel la defensa en los términos que siguen:

«Yo desdeñaria semejantes ataques, pero, despues de una madura deliberación, creo que no tengo el derecho de callarme, y que si es permitido guardar silencio ante apreciaciones generales y vagas, es menester, por el contrario, oponer á una alegación precisa una refutación más precisa todavía.

Cruelas páginas podria escribir yo, si quisiese imitar al *rheteur* (sic) de la insurrección del 4 de Setiembre en sus recriminaciones personales; pero no lo haré por respeto á mí mismo, y porque hay armas de polémica que humillan y empuñeñecen á quien de ellas se sirven.

Yo he acusado á M. Jules Favre de haber usurpado el poder, no para salvar la patria en peligro, sino para satisfacer sus rencores de partido; de haber sacrificado la Francia á la república; de haber, en su incapacidad, favorecido á los prusianos y preparado el triunfo de la *Commune*, y todo esto por odio al imperio, por terror á un llamamiento directo y leal al pueblo francés.

Más yo responderé al calumniador sin frases rebuscadas, limitándome á citar hechos y documentos oficiales.»

En efecto, empieza en seguida á sin-

cerarse de la primera acusación (de haber provocado la guerra), y dice:

«En el mes de Junio, proyectando un viaje para instruirme y aprender á conocer la Europa mejor, yo creo, que en medio de nuestras agitaciones estériles y de intrigas políticas, pedí autorización al emperador para partir. Mi primo me la concedió y me puse en camino, acompañado de algunos amigos, sin la menor sospecha de próximas complicaciones.»

La primera noticia de este género me la llevó á Berger (Noruega) un despacho que recibí el 8 de Julio, y decía así:

«Situación muy tirante por el incidente prusiano-español, pero nada nuevo todavía. M. C. Ollivier enviará un despacho á V. A. L., en caso necesario.»

El 13 de Julio recibí en Tromsø (Noruega) este otro despacho:

«Complicaciones acabadas. El príncipe de Prusia retira su candidatura. Comunicaré detalles.»

El 15 de Julio.

«Manifestaciones pidiendo a guerra. La mayoría de las Cámaras está por la guerra, pero duda en adoptar este partido extremo. El ministerio duda más todavía. Los preparativos se prosiguen con actividad.»

En fin, el mismo 15 de Julio, por la noche, cuando volvía de visitar un campamento japonés, recibí este telegrama:

«El emperador os ruega que volváis lo más pronto posible. Guerra inevitable. Responded inmediatamente por telegrama.»

Así lo hice: partí al momento, y llegué á París el 21 de Julio.»

El príncipe resume de este modo:

«Yo salí el 2 de Julio; el 8 recibí las primeras noticias de complicaciones; el 13 todo estaba arreglado; el 15, al contrario, la guerra era cierta, y recibí orden de volver. La declaración de guerra tuvo lugar el 19, y yo llegué á París el 21. Estos datos, estas fechas, son más elocuentes que todos los razonamientos.»

Se cree sincerado de la primera acusación, en virtud de lo que dejamos expuesto, y pasa el príncipe Napoleón á probar que no ha evitado al enemigo, como dijo M. Jules Favre, por la misión que recibió para Italia.

Presenta al efecto una infinidad de documentos, que no podemos insertar íntegros por su mucha extensión, y concluye así:

«Me dirijo á todos mis conciudadanos, á este pueblo leal y generoso que jamás ha perdonado á los que han abandonado á sus elegidos; á este pueblo que siempre ha aborrecido á los traidores; á este pueblo que no se han atrevido á consultar lealmente por medio de un plebiscito, porque se sabe que las intrigas parlamentarias, las calumnias, las combinaciones faciebiles serán impotentes, como lo fueron con ocasión de los plebiscitos de 1800, 1804, 1815, 1848, 1851 y 1870.»

Me dirijo á este pueblo, al cual se le puede extraviar y arrastrar algún día; pero que volverá á levantarse, y lanzando una ojeada sobre las debilidades serviles que le dominan, encontrará en su corazón el único nombre de este siglo que, á pesar de las desgracias y de las faltas de los que lo llevan, es á la vez un principio de autoridad y una garantía democrática.

Espero confiado el juicio de este pueblo.— *Gerónimo Napoleón.*»

Tal es, en extracto, el folleto *La Verité á mes calumniateurs.*

Nuestros lectores tendrán paciencia hasta que M. Jules Favre se digna contestar al primo de Napoleón III.

IMPORTANCIA DE LA AGRICULTURA EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS.

Entre el irritable menosprecio con que en los primeros albores de la civilización fué mirado el trabajo, descuella como una singular excepción el gran ascendiente que poseían todos cuantos se dedicaban á las faenas agrícolas, consideradas en aquel tiempo, cual si constituyeran un orden completamente independiente de los demás trabajos manuales, que á su vez eran un signo de envilecimiento en quien los profesaba. Esta insensata desigualdad, que aun hoy día subsiste aunque en sentido inverso, tenía su explicación más satisfactoria en que el cultivo de la tierra fué el primer trabajo que se ofreció á la vista y á la actividad humana, al contemplarse el hombre abandonado y solo en medio del gran concierto de la naturaleza, de la cual ha sido siempre señor universal. Ningun arte, pues, puede competir en antigüedad con la agricultura, nacida cuando la humanidad se hallaba todavía en su período de inocencia, por lo cual no falta quien haya dicho muy formalmente que la agricultura es hija de Dios y las demás artes de los hombres. (1)

(1) Si hemos de dar crédito á las Sagradas Escrituras, el primer agricultor, Adam, se dedicó á las faenas del campo, no por designio propio, sino por orden expresa del Señor. *Tullit*

La verdad es que, fuese por esta causa, fuese porque las tradiciones la habían ido transmitiendo sucesivamente reformada de generación en generación, la agricultura es el único trabajo que ha alcanzado la prerrogativa de ser la ocupación favorita de los héroes y de los grandes hombres del mundo antiguo, de esos mismos hombres que vituperaban trabajos menos fatigosos, é imprimían el sello de la ignominia en la frente del pobre trabajador.

El pueblo griego figura en primer término entre los que perpetuaron su estimación por la agricultura, erigiendo en deidad á la invisible Ceres, porque fué la primera que emanó y divulgó el cultivo de los campos. Los asirios y los persas no fueron inferiores á los griegos en punto de consideración por la agricultura, como nos lo revelan claramente las confusas teogonias de aquellos pueblos.

Sabido es el importante papel que juega el Nilo en la vida material del Egipto. Este pueblo no podía, pues, olvidar que á él debían los campos su fertilidad y el Estado sus riquezas, y se forjó al dios Orisis, que algunos llaman Júpiter Egipcíaco, divinidad cantada en inmortales versos por Tibulo, conservada como preciosa reliquia en las obras de Plutarco, Eliodoro y Parmenion Bizantino, y venerada ciegameamente por aquellas primitivas generaciones.

La adoración que rendían los mismos egipcios al buey Apis, tenía su origen en la circunstancia de ser el buey uno de los instrumentos ya por entonces más importantes de la agricultura.

¿Y qué diremos de los romanos? ¿Existe en la historia de ese pueblo alguna ley ó algún consúl que no se haya dedicado, con más ó ménos ardor, á los trabajos agrícolas?

Abrimos al azar sus primeras páginas y nos encontramos con que Camilo, el gran Camilo, cinco veces dictador, seis veces tribuno de la plebe, vencedor de los antiates, de los faliscos, de los liquianos, de los galos, de los voscos, de los toscanos y de los ecuos; llamado segundo Rómulo, por haber regenerado á su patria estando en el punto de su total ruina á causa de la invasión de los galos, y á quien ella agradecida levantó una estatua ecuestre, honor que hasta entonces no se había concedido á nadie; el gran Camilo fué labrador, no por diversión, sino por oficio, y aquella victoriosa diestra, que en tantas ocasiones había destrozado á los enemigos de la patria, sirvió también para romper la tierra con el arado de los dioses.

Marco Altilio Régulo, dos veces consúl y otras muchas vencedor de los cartagineses, fué hallado por los comisarios de la república sembrando la tierra en una de las veces en que se le quiso conferir la suprema dignidad del Estado.

Igual profesión tuvieron Marco curio Dentato, terror de los samnitas, de los sabinos y de los lucanos, y Catón el Grande, cuyo solo nombre es su más imperecedero elogio.

Las familias más insignes de Roma llevaban en sus apellidos el distintivo de la especialidad agrícola á que se habían dedicado sus predecesores. No hay quien ignore que los fabios apergan en las habas los timbres de su nobleza; los séntutos en las lentejas, los ciceroes en los garbanzos, los pisones en el verbo *Piso*, que significa limpiar el grano de la tereza, y los piliananos en el *Pilum*, instrumento destinado á la molienda del trigo.

¿Pero qué extraño es que el pueblo de Roma haya tenido en tanto aprecio la agricultura si á ella debe principalmente su grandeza y su preponderancia en el mundo? A buen seguro que los inmensos caudales que se necesitaban para anuar aquellos portentosos ejércitos no habrían podido reunirse jamás, á no haber sido por los productos de la tierra, única base de riqueza en aquellos tiempos.

Y esta circunstancia merece hacerse notar con apelación á todos los pueblos antiguos. La inmortal Siracusa, el pueblo israelítico y los reyes del Egipto, ¿á quién sino á los frutos de la agricultura debieron sus inconcebibles tesoros y el formidable poder de que disponían?

ergo Dominus Deus hominem, et posuit eum in Paradiso voluptatis, ut operaretur et custodiret illum.

Pero no era solamente la agricultura un objeto de constante trabajo material, sino que como consecuencia forzosa de esto, hallábase entre los escritores antiguos gran número de reyes y de vasallos que consagraron su inteligencia á escribir tratados agrícolas.

Plinio cita como autores de buenos estudios agrónomos á Hieron rey de Sicilia, á Alatalo rey de Pergamo, á Filometor rey de Pergamo y á Archelao rey de Capadocia.

Idéntica predilección mostraron el famoso Jenofonte, orador, guerrero y literato, y el invencible caudillo cartaginés Mayon, cuyas obras agrícolas, consistentes en veintiocho volúmenes, recogieron con gran aprecio los romanos á la toma de Cartago, nombrando para que las tradujesen al latino á un cuerpo de peritos en la lengua púnica.

Ciceron en varias de sus oraciones encomia la afición por la agricultura, y el ya citado Plinio la considera digna de las más elevadas distinciones.

Virgilio en sus *Geórgicas*, verdadero monumento agrícola, pondera la infelicidad de los pueblos que convierten sus hoces en espadas, al paso que el profeta Miqueas celebra como felicidad insigne de los pueblos en la ley de gracia, el que los instrumentos de la guerra se convertían en instrumentos de agricultura.

¿Pero á qué continuar? Despues de lo dicho nadie pondrá en duda que el cultivo de los campos postpuestos hoy á todos los trabajos viles, y relegado á las clases desheredadas de la sociedad, ha sido en algun tiempo un escabel para ascender al altísimo trono de los dioses, y á las más encumbradas dignidades de una nación.

La agricultura ha seguido la marcha de todas las instituciones antiguas, como si hoy no necesitáramos igualmente que antes de sus óptimos beneficios. Seguro que va tomando paulatinamente la sociedad moderna, nos tiene, sin embargo, en la creencia firmísima de que con el tiempo el arte del inmortal Columela recobrará su legitima preponderancia.

S. G.

JOYAS Y ALHAJAS.

ó SEA:

su historia en relacion con la política, la geografía, la mineralogía, la química, etc., desde los primitivos tiempos hasta el día.

Obra escrita en inglés por M. de Barrera, y traducida directamente al castellano por J. F. y V.

(Continuación.)

El *Shah de Persia*, que se llama así por ser un regalo del monarca persa al emperador Nicolás, es notable por la belleza de su color y por su brillo, si bien de talla muy irregular y de forma muy extraña, pues es la de un largo prisma. Pesa ochenta y seis quilates y tres diez y seis avos de quilate, y está evaluado en 220,000 francos.

El principal mérito de esta joya se cifra en las inscripciones que contiene de sus dueños anteriores grabadas en esta forma:

Ek Bak Senak... }
Nizim Schak... } Señores de Frostan.
Feth Ali Schak. }

Quizá no existe ninguna piedra de cuya historia se hayan hecho más versiones que de la del *Sancy*, y solo pueden explicarse estas variantes por la suposición de que deben de haber existido varias próximamente de la misma forma y peso que aquella, á las cuales se ha debido de dar el mismo nombre. Hoy parece que solo existe un diamante de aquel nombre, y á pesar de esto se le ve aparecer y desaparecer de tiempo en tiempo de un modo inexplicable. Conocido desde hace cuatro siglos, se refieren acerca de él anécdotas muy curiosas y románicas.

El primer europeo poseedor del *Sancy*, fué el último duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que generalmente lo llevaba al cuello, montado entre tres rubíes balages. En aquella época, el duque poseía tres de los mejores diamantes de Europa, y entre ellos el *Sancy* era el más pequeño. Como dice muy bien M. de Barante, es digno de recordarse la historia de estos tres diamantes: la celebridad de las joyas en sí y la vanidad que se asociaba á su posesión, son un testimonio suficiente del esplendor de la casa de Borgoña, por cuyo despojo contendían los morcas de primer órden.

Despues de la desastrosa derrota de Gruson, el gran diamante del duque, que se suponía no tener igual y que un día adornó la corona del Gran Mogol, fué recogido en un camino, donde sin duda lo debió de perder en su fuga alguno de la servidumbre de aquel príncipe, y se hallaba encerrado en una caja adornada de perlas. Un soldado se lo encontró, y arrojando el diamante, que creyó un pedazo de vidrio, se guardó la caja; pero cambiando luego de parecer volvió á recogerlo y lo vendió por una corona al cura de

Montagay, quien á su vez lo cedió por tres coronas á un ciudadano de Berna, Bartolomé May, de aquella misma ciudad, rico mercader que hacia el comercio de Italia, dió á Guillermo Driesbach cuatrocientos ducados de prima por haber negociado de su cuenta la compra del diamante en cinco mil ducados. El genovés lo compró en el año 1482 por siete mil ducados, y lo vendió en el doble de esta suma á Luiz Sforza, el moro, duque de Milan, y despues de la caída de la casa de Sforza pasó á poder del Papa Julio II mediante el precio de veinte mil ducados, y hoy se halla colocado en la tiara del Papa. Su tamaño es el de la mitad de una nuez.

El que le seguía, era de tamaño igual próximamente, y fué comprado por el famoso mercader Santiago Fugger, que lo conservó en su poder algun tiempo. Soliman Pachá y Carlos V trataron de adquirirlo; pero Fugger procuraba evitar que la joya saliese de poder de cristianos, y repugaba vendérsela al emperador, contra quien ya poseía créditos considerables. Finalmente, se quedó con él Enrique VIII, y por su hija María pasó á España de donde volvió á la casa de Borgoña y á poder del nieto de Carlos el Temerario. Hoy pertenece á la casa de Austria.

Era el tercero de aquellos diamantes, el *Sancy*, sobre el que se refieren anécdotas tan contradictorias. En *La Enciclopedia francesa*, publicada en 1823, se dice acerca de él que despues de la muerte de Carlos pasó á manos de los Fuggers, que lo vendieron á Enrique VIII, cuya hija María lo llevó en dote á Felipe II, y que desde entonces no ha vuelto á saberse de él (1).

No era probable que un diamante de tal valor pudiera desaparecer como por encanto, y si, como aseguran otros escritores, Luis XIV lo usó, se comprende que pudo muy bien entrar en Francia con motivo del matrimonio de aquel con la princesa española María Teresa. Pero en tal caso no se explica el origen del nombre, *Le Sancy* que el diamante derivó de su dueño anterior, el *Sieur de Sancy*, en el reinado de Enrique IV.

Segun otra version, Jaime II lo poseyó en 1668 cuando huyó á Francia.

La relacion más digna de confianza es la que da M. de Barante, segun la cual, el *Sancy*, vendido en Lucerna por 5,000 ducados en 1492, pasó luego á Portugal. Cuando este reino pertenecía á España, D. Antonio, príncipe de Crato, rey de Portugal *in partibus*, visitó la Francia y la Inglaterra con esperanza de obtener algun auxilio para continuar en sus pretensiones al trono. En su estancia en Inglaterra empuñó á la reina Isabel un rico diamante (el *Sancy*), que llevó consigo de Portugal, en la cantidad de cinco mil libras esterlinas; mas aquella, para librarse de la importunidad continua del pretendiente portugués, á quien no bastaba aun con aquella suma para llevar adelante sus propósitos, le devolvió con gusto la prenda empeñada, condonando la deuda.

Nicolás de Hazloy, siervo de Saucy, embajador á la sazón (1594) de Enrique IV en Inglaterra, bien allí ó despues en Francia, compró el diamante á D. Antonio; de todos modos, él fué, despues de éste el siguiente posesor de aquella joya, por la que pagó la suma de 70,000 francos. De él tomó el diamante el nombre *le Sancy*; y verdadera ó no, hé aquí su subsiguiente historia:

Enrique IV, empeñado en la conquista de su reino, se hallaba en cierta ocasion necesitado de dinero, como solia acontecerle, y con objeto de auxiliarse, uno de sus adictos, el *Sieur de Sancy* pensó en empeñar su diamante á los juicios de Metz, y á este fin envió por él á París á un criado de confianza. El enviado sufrió el percauce de un encuentro con los ladrones que infestaban los alrededores de París durante las guerras civiles, para cuya eventualidad había convenido con su señor que se tragaria el diamante, caso de caer en poder de aquellos. Viendo la tardanza de su vuelta, el *Sieur de Sancy* partió en su busca, y habiéndose cerciorado de que unos labradores habían encontrado su cuerpo y dádole sepultura, mandó hacerle la autopsia, y recobró su preciosa joya.

Esta, despues de permanecer en poder de la familia de Harlay por espacio de más de un siglo, fué al fin vendida al Regente, y Luis XV lo ostentó el día de su coronación. Desapareció de entre las joyas de la corona el año 1789, y no se encuentra huella de él hasta el de 1830, cuando reapareció en Francia en manos de un mercader, cuyo nombre y el cómo había llegado á poseerlo han permanecido siempre en el misterio. El año 1832, el *Sancy* fué objeto de un pleito entre el conde Demidoff y M. Levrat, ge-

(1) No tiene visos de verdad que el diamante que llevase María á Felipe, fuera el *Sancy* ó cualquier otro que hubiese pertenecido á la corona de Inglaterra, si o no; debió de ser de su propiedad particular, porque entre las condiciones estipuladas por el Parlamento cuando votó el casamiento español, la quinta le prohibió sacar del reino joya alguna del país, y prevenia que no habria con tal motivo movimiento alguno de buques ni artillería. Felipe envió á España á su prometida en dote un diamante notable, el cual, María, con otras dadas que poseía, tuvo buen cuidado de dejársela á aquel en su testamento.—«Que conserve en memoria el diamante tibia que la magestad del emperador, su padre y mio, me envió por conducto del conde D'Esmond en arras de mi dicho señor y esposo; ítem otro diamante tibia que S. M. me remitió por conducto del marqués de las Navas, y el collar de oro con nueve diamantes que S. M. me regaló el día de la Esfantes, despues de mi desposorio; ítem, el rubí en un anillo de oro que S. A. me envió, por mano del conde de Feria.»

rente administrador de la compañía de minas y fundiciones de Grison, en Suiza. M. Levrat había comprado el Sancy al conde por seiscientos mil francos, pagaderos en tres semestres. M. Levrat faltó al pago del primer vencimiento, y entonces el conde solicitó la anulacion de la venta y restitucion del diamante, el cual aquel había empeñado en el Monte de Piedad, y el tribunal le condenó a reintegrar lo que había recibido por el empeño de la joya y á devolver ésta al conde.

En el curso del pleito se explicó la historia del diamante, con los errores más inconcebibles. Se dijo que había pertenecido á Carlos el Temerario, despues á Antonio, infante de Portugal, el año 1389, que fué despues á Constantinopla por conducto del embajador du Harlay, en poder de cuya familia estuvo todo un siglo, al cabo de cuyo tiempo fué empeñado para aliviar las necesidades de Enrique III. Seguía aquí la historia del oriado de confianza, y finalmente, fué vendido á Jaime II durante su permanencia en Saint-Germain y cedido por él á Luis XIV.

Es evidente que Roberto de Berqueen, que dice haber visto el Sancy en Inglaterra el año 1664, no debió referirse al llamado así actualmente, puesto que lo describe con el peso de cien quilates.

Dice así: «La actual reina de Inglaterra (Isabel) posee el diamante que M. de Sancy trajo de Levante á la vuelta de su embajada; su forma es semejante á la de una almendra, con facetas á ambos lados, perfectamente blanco y claro, y tiene cien quilates.» Resulta, pues, como muy probable que la familia Harlay debió poseer dos diamantes: uno el Sancy actual, comprado por Nicolás de Harlay al infante de Portugal, y el otro de gran tamaño tambien traído en tiempos posteriores de Constantinopla por el hijo de aquel, Aquiles de Harlay, al regreso de su embajada en aquel país en 1617, y que ambas joyas tomaron el nombre de aquella familia.

El Sancy que figuró entre las joyas de la corona de Francia, pesaba 53 quilates, y si es el mismo de igual nombre pesado en París el año 1836, no se comprende cómo pudo quedar reducido á 33 quilates y medio. Tiene la forma de pera y es del color más puro. En el inventario de las joyas de la corona, hecho el año 1791, el Sancy está tasado en un millón de francos. Estaba montado en alfiler.

El Diamante Nassuck se hallaba entre los despojos cogidos al enemigo por el ejército aliado al mando del marqués de Hastings, en la conquista de la India, y formó parte del «Botín de Deccan» llamado así del nombre del país en que fué cogido. Este magnífico diamante es del tamaño de una nuez grande, y pesa sobre 89 quilates. Es de una claridad extrema y puro como una gota de rocío, pero su forma le es desfavorable. Fué subastado en 1837, de orden de los encargados de la venta de aquel botín.

El Diamante Pigott es de una preciosa forma, cortado en brillante, pesa 49 quilates, y está evaluado en 40.000 libras esterlinas. Hace cuarenta años, poco más ó ménos, se rió y tocó en suerte á un joven, que lo vendió á bajo precio, y despues fué comprado por el pachá de Egipto en 30.000 libras esterlinas.

El famoso diamante azul, triangular, de sesenta y siete quilates y dos diez y seis avos, reuniendo el más precioso color azul del zafiro y el brillo más espléndido, desapareció de entre las joyas de la corona de Francia, donde había ocupado un lugar tan distinguido, cuando el gran robo que se hizo de aquellas alhajas. No obstante el peligro consiguiente á la venta y uso de una piedra como aquella, no se ha vuelto á saber de su paradero. Por su rara belleza fué estimado en el inventario en tres millones de francos.

La corona de España ha sido desde largo tiempo una de las más ricas en diamantes, y, según parece, no ha perdido mucho en este género de riqueza si hemos de juzgar por la descripción del atavío de la reina Isabel en la recepción de la embajada marroquí, en cuyo acto lució una colección de brillantes por valor de diez millones de francos.

Los diamantes de la corona imperial del Brasil son, sin ningún género de duda, los más ricos de cuantos han poseído y poseen los monarcas antiguos y modernos.

CAPÍTULO III.

De las diferentes joyas usadas en los tiempos antiguos y modernos.

«On her white breast á sparkling cross she wore,
Which jews might kiss, and infidels adore.»

RAPE OF THE LOCK.

Es casi imposible enumerar todas las alhajas con que la vanidad humana ha tratado de realzar los dones de su naturaleza. Muchos de los ornamentos usados por los pueblos antiguos, se han conservado hasta nuestros días, y se extenderán probablemente hasta los más remotos tiempos venideros. Entre ellos se cuentan las sortijas, los pendientes, las pulseras, las cadenas, los collares, los broches, las diademas, los cinturones, las agujas para el pelo, etc.

Según Tertuliano, el origen de las pulseras y cadenas, así en el descubrimiento de la materia de que se componen como en la invencion de sus formas, debe atribuirse al amor que á los ángeles caídos inspiraron las hijas de los hombres.

No siempre ha presidido el buen gusto en la eleccion de las alhajas, y algunos pueblos al adoptarlas se han complacido en desfigurarse del modo más bárbaro, inconveniente y ridiculo. Entre las modas más extravagantes que ha podido inventar la locura y sancionar el uso, se

cuenta la de llevar diferentes alhajas suspendidas de la nariz, las mejillas, la barba y los labios, establecida no solo entre salvajes, sino aun en pueblos que con razon pudieran jactarse de haber alcanzado un alto grado de civilizacion.

Los peruanos y mejicanos no solo llevaban enormes pendientes que les dilataban horriblemente las orejas, sino que tambien se prendian en los labios alhajas, generalmente de ambar guarnecido de oro. Tavernier cuenta que las damas de Bagdad llevan un collar de piedras alrededor de la cara y aretes en la nariz. Las mujeres árabes se pasan por el cartilago de la nariz un anillo de tales dimensiones, que circuye toda la boca, sin estorbarla en sus funciones, pues la comida pasa á través de él facilmente. Este anillo es del grueso de una pluma de ganso, pero hueco, á fin de que á una gran aparienencia reúna la mayor lijereza posible. Las cortesanas indias se agujerean la ventana izquierda de la nariz y llevan en ella atravesado un anillo con alguna piedra preciosa. Hacen más aun las mujeres de los reinos de Lars y Ormuz: se perforan la parte superior de la nariz, incluso el hueso, y pasan por la abertura un gancho del que pende una plancha de oro, que se amolda á la nariz y la cubre, enriquecida con esmeraldas, rubíes y turquesas.

En todas las córtes mahometanas los príncipes y princesas de sangre real, poseen como una prerogativa de su clase, el privilegio de llevar dos puñales á la cintura. Mad. de Villars, esposa del embajador francés en la corte de Carlos II de España, refiere en sus cartas que tambien la hija del duque de Alba llevaba gran cantidad de alhajas, y una pistola sujeta al lado por un gran nudo de cintas. Esta señorita era una de las damas de honor de la reina.

Dejando á un lado los arreos con que la exageracion ha solido ofender el buen gusto, pasaremos á examinar brevemente el origen de las alhajas que, así los antiguos como los modernos, han admitido como verdaderos objetos ornamentales.

El collar y la cadena pertenecen á la más remota antigüedad, pues los usaron los egipcios, babilonios, egipcios, hebreos, griegos y romanos.

Los antiguos romanos daban el collar de oro á sus tropas auxiliares y á los extranjeros en premio á sus servicios militares, y solo el de plata á los ciudadanos. Esta distinción cesó más adelante, y la calidad del metal de que se componia estaba en relacion con el rango de la persona y los servicios que hubiese prestado.

Los collares de los caballeros romanos eran de dos clases: unos que llegaban hasta el pecho, y otros que solo rodeaban la garganta.

Entre los galos, como entre los romanos, el collar de oro era la insignia de caballero. *Markhok, markhek* significaba caballero en la lengua de los galos. El caballero se llamaba tambien *aour-torhko*, condecorado con el collar de oro. Hoy se usan todavia los collares como distintivos de nobleza; los collares de que penden las insignias de los diferentes órdenes, se llaman collares de aquellas órdenes, y así se dice: collar del Espíritu Santo, de San Miguel, del Tolson, etc.

La cadena era en el Oriente un distintivo honorífico é insignia de autoridad que concedía el rey mismo. Josef y Daniel fueron investidos con esta condecoracion por Faraon el primero, y por Belshazzar el segundo. Entre los persas, que lo tomaron de los caldeos, nadie se atrevía á llevar una cadena al cuello sino en los actos oficiales, siéndoles conferida por el rey.

Keating refiere que en el reinado de Muirheanoin, en Irlanda, anno mundi 3070, los caballeros irlandeses llevaban por mandato real una cadena de oro al cuello para que se distinguiesen del pueblo.

En la Edad Media, y aun dentro de los siglos xvii y xviii, los nobles y caballeros usaban en general pesadas cadenas de oro al cuello.

Los mayordomos de las casas de los grandes, y aun muchos de sus subordinados, las llevaban tambien de oro en señal de autoridad. En la antigua balada *King Jhon and the Abbot of Canterbury*, se habla de las cadenas que llevaban los del séquito de aquel gran eclesiástico para mayor esplendor y distincion de su persona.

Lo generalizado que estaba el uso de las cadenas en tiempo de Shakspeare, se probaría, á falta de otra autoridad, por las frecuentes alusiones de este autor á aquel ornamento.

La cadena de oro entre los galos era su principal insignia de autoridad, y servía tambien para distinguir en el campo de batalla á las jefes de los soldados. En la Edad Media se conferían como recompensas y muestras del favor real, y en el siglo xix ha sido el distintivo de los corregidores, de los ujieres de corte y de las hermandades.

Como adorno femenino, la cadena y el collar son muy antiguos. Homero describe el collar de oro y ambar regalado á Penlope por uno de sus amantes, y el funesto collar de oro con que Polinice obsequió á la mujer de Amphiarao, para arrancarle el secreto de la ocultacion de su marido, es una prueba evidente de la pasion de las hermosas griegas por aquel adorno. Plinio y San Clemente hablan de las cadenas como adorno femenino.

Las damas romanas las llevaban de oro y de plata, y de cobre las mujeres de las clases inferiores. Se las rodeaban á la cintura lo mismo que al cuello y colgaban de ellas perlas y pequeños diges de todas formas, así como suelen hacerlo las señoras en estos tiempos.

Las francesas no usaron collares hasta el reinado de Carlos VII. Este príncipe regaló uno de piedras preciosas, que hoy quien dice eran dia-

mantos, á su hermosa favorita Ana Sorel. Las piedras debian estar sin pulir ó quizá toscamente engarzadas, pues aquella dama se lamentaba de que la herían el cuello, y comparando el collar á un instrumento de castigo, le llamaba su carcan, esto es, su dogal. Sin embargo, como era del gusto del rey, continuó usándolo en consideracion á que el objeto amado merece siempre algun sacrificio. La moda fué inmediatamente adoptada por las damas de la corte, y muy luego se hizo general.

Desde entonces los collares han estado en uso, con más ó ménos predileccion. A veces, como en el reinado de Catalina de Médicis, se componian exclusivamente de perlas; y los retratos de aquella reina, de su rival Diana de Poitiers y de María Estuardo, muestran hasta qué punto eran extremadas en aquel particular. En tiempo de María de Médicis las perlas continuaron en boga, no solo en collares, sino en toda clase de alhajas, y se las prendían en los vestidos, y sartas é hilos de ellas se entrelazaban con los cabellos que caían en trenzas á la espalda.

En el reinado de Luis XIV los diamante sobrepusieron á las perlas, y se usaron con igual profusion que lo habían sido aquellas. Los diamantes *rivieres* vinieron á sustituir las sartas de perlas. Los collares de espato-flour, tan en boga en la Restauracion cuando los diamantes eran un lujo demasiado costoso aun para las personas más elevadas, se introdujeron tambien en Inglaterra. Luis XVIII, á su vuelta á Francia, llevó algunos de estos collares, con los que hizo regalos á las damas de la corte.

La duquesa de Berry en la época de su casamiento compró varios aderezos de este mineral, por una cantidad considerable. La noche fatal del asesinato de su marido, la duquesa llevaba un collar de espato flour, y se ha dicho, no sabemos con qué grado de certeza, que el dia de aquel triste aniversario nunca se olvidó de ponerse uno de aquellos collares en memoria de su esposo y de aquel triste acontecimiento.

El collar de perlas de la actual reina de Prusia, si llega á conservarse entero se mirará en los tiempos venideros como un recuerdo interesante del afecto conyugal de Federico Guillermo IV. Desde el primer año de casados, el rey le regalado á su esposa el dia del cumpleaños de esta una magnífica perla. Al cabo de algunos años las perlas reunidas formaban un collar ajustado á la garganta, pero hoy aquella soberbia sarta circunda su pecho y baja ya hasta la cintura. Dentro de muy poco llegará á ser un collar de dos vueltas.

Cuando el soberano de Francia contrae matrimonio, el ayuntamiento de París, según una antigua costumbre que se conserva todavia, presenta la novia al monarca con un magnífico regalo. La misma corporacion le hace otro presente en el natalicio del primer infante.

El año 1853, cuando por eleccion de Napoleón III subió al trono la emperatriz Eugenia, la ciudad de París, representada por el municipio, votó la suma de 600.000 francos para la adquisicion de un collar de diamantes que debia ser regalado á S. M.

Esta noticia puso en una verdadera conmocion á todos los joyeros, y cada cuál manifestó deseos de contribuir con sus mejores piedras á la composicion del collar de la emperatriz. Pero el 28 de Enero, dos dias despues de la votacion del municipio, quedaron sin efecto estos buenos oficios, en atencion á que la jóven soberana expresó ser su voluntad que los 600.000 francos se empleasen en fundar un establecimiento de educacion para las niñas pobres del suburbio de San Antonio.

Este proyecto se realizó, y gracias á aquella benéfica señora, el donativo de la municipalidad se invertió en un elegante edificio con hermosos jardines, donde al principio 150 niñas, y hoy más de 400 al cuidado de las hermanas de San Vicente de Paul, reciben una esmerada educacion proporcionada á su clase.

La moda de llevar una cruz de oro, ó con pedrería, puede hacerse remontar á principios del glo xviii. Un retrato de Ana de Cleyes nos la representa adornada con tres collares, de uno de los cuales pende una cruz de pedrería. Esta moda fué resuscitada á principios del siglo xviii. Las señoras de entonces, que aun para ir á la iglesia se ponían vestidos muy escotados llevaban al cuello, ó sobre el pecho, pequeños Sainfo-Esprits de diamantes ó crucescías. Un celoso predicador, indignado contra la profanacion de este santo simbolo, exclamó desde el púlpito: «¡Es posible, Dios mio, que se imagine un destino más impropio de la cruz, que representa la mortificacion de la carne, y el Espíritu Santo, de quien provienen todos los buenos pensamientos?» Pero como sucede siempre que se predica contra alguna costumbre, que es como predicar en desierto, la cruz continuó en su lugar, y acompañada á veces de un algun corazoncito no ménos rico en pedrería.

Los broches se usaron al principio solo por los militares para sujetar los mantos, y en los siglos iii y iv se generalizó la moda, cuando ya la toga se había desterrado.

Las personas de ambos sexos llevaban broches de oro y pedrería, de cuyo lujo en los tribunales se quejaba indignado M. Bruto.

Cinturones.—El cinturón es de una gran antigüedad. Homero describe el que usaban los griegos. Los judíos se ceñían uno durante las ceremonias de la Páscoa. Los romanos llevaban siempre un cinturón para recogerse la túnica cuando tenian que hacer algun trabajo ú ejercicio; y era tan general esta costumbre, que los que lo seguían y anlaban con las faldas sueltas, eran tenidos por perezosos y desordenados. El prohibirle el cinturón á un soldado equivalía

á una degradacion. A los antiguos les servía de bolsa ó más bien faltriguera. Los cinturones de las damas romanas en tiempo de los emperadores, les servían de corsé, pues tenían la forma de un peto por delante, y los llevaban tachonados de pedrería.

Era costumbre en la Edad Media que los que se declaraban en bancarrota ó como deudores insolventes, se quitasen el cinturón y lo entregasen en público, y esto se explica, por ser en el cinturón donde colgaban las llaves, la bolsa y demás objetos de interés, que hoy guardamos en los bolsillos, con lo que venía á simbolizar el estado, los bienes y los castillos.

Esta cesion ó renuncia, como se llamaba, no era así como se quiera una mera ceremonia, pues llevaba consigo la degradacion del noble que se hallaba en el caso de hacerla. La viuda de Felipe el Temerario, duque de Borgoña, á fin de poder conservar los Estados para sus hijos, tuvo que afrontar la deshonrosa ceremonia de colocar el cinturón y las llaves sobre el ataúd de su marido, declarándole insolvente.

El acto de quitarse el cinturón era un gran punto de etiqueta, y solo se practicaba en los casos de homenaje al soberano ó feudatario. Habiénoselo negado el duque de Bretaña á Carlos VII, se promovió un pleito que muy luego produjo un feudo entre el monarca y su poderoso vasallo.

Al caballero reo de traicion se le despojaba públicamente de su cinturón.

Existía antiguamente en París una contribucion llamada del *Cinturón de la reina*, que se pagaba cada tres años, para el sostenimiento del ajuar de la soberana. Vigénera supone que se la llamaba así porque el cinturón hacia oficios de bolsa, pero añade que un impuesto semejante existía en Persia bajo el mismo nombre dos mil años antes, según resulta de las obras de Platon y Ciceron.

Motavakel, califa, año de la Hegira 235, ordenó que los cristianos existentes en todo el Oriente llevasen un cinturón como distintivo de la creencia que profesaban.

La orden de la *Cordelière* fué instituida por Ana de Bretaña despues de la muerte de su primer marido Carlos VIII, para las viudas pertenecientes á familias nobles. El cordón se ponía alrededor de los escudos de sus armas, y lo llevaban tambien rodeado á la cintura con los cabos colgando. Esta orden se disolvió muy luego despues de la muerte de su fundadora.

Decíase que el cinturón de pedrería que María de Padilla regaló á su amante real Don Pedro de Castilla, estaba dotado de propiedades maravillosas, á las que se atribuía la ceguera del rey por aquella dama.

De mejor celebridad será, sin duda, en los tiempos venideros, el cinturón de diamantes que tonía puesto la reina Isabel II de España el dia del atentado del cura Merino contra la vida de aquella señora, pues resbalando en él el puñal del asesino, perdió la fuerza y dañada intencion que lo guiaran, y solo penetró en la carne ligeramente.

Coronas.—Mirábase las coronas en los primitivos tiempos como insignias de la Divinidad, y más bien como un ornamento sacerdotal antes que real. Cuando se reunieron en una sola persona las funciones de sacerdote y gobernante, la corona fué el atributo de la soberanía. Así vemos que la corona de los príncipes de Israel, el *pschenk* de los Faraones, y la diadema de los soberanos del Anahuac, eran próximamente de la misma forma, la de la mitra episcopal de estos tiempos. La primera mención que se hace en la Sagrada Escritura de la corona ó diadema, se halla en Samuel, cuando los amalecitas llevaron á David la corona de Saul.

Homero habla de los cetros de los reyes y no de las coronas, pues el cetro, como insignia real, es más antiguo que la corona.

Las primeras diademas, usadas solamente como insignias del poder temporal, debieron de ser meras cintas de metal que se llevarían rodeadas á las sienes y sujetas en la parte posterior de la cabeza, como las vemos en los personajes de la tragedia clásica.

Las coronas simbolizaron más tarde la victoria, las calidades eminentes del hombre, y la alegría, el placer, el dolor, etc.

Se hacían de ramas de árboles y de flores, y así como no existía planta alguna á la que no se atribuyese alguna propiedad ó virtud particular, reales ó imaginarias, así tambien no había divinidad á la que no le fuese consagrada una corona de alguna planta especial. El padre de los dioses, empuñando el rayo, estaba coronado de flores; Juno se veía representada con una corona de pámpanos; y el dios alegre la ostentaba formada de racimos y hiedra entremezclada de frutas y flores. Los Hermanos Gemelos y los dioses de las riberas la tenían de cañas; Apolo, de laurel; Saturno, de hiedra; Hércules, de ramas de álamo; las Gracias y Minerva, las llevaban de ramas de olivo; la de las Horas, se componía de frutos de todas las estaciones, y de espigas la de Ceres, etc.

Tambien se ofrecían á los dioses coronas de oro, y la historia nos habla de las que enviaron al Capitolio Atalo y Filipo, rey de Siria. Los sacerdotes las usaban tambien de oro en la ceremonia de los sacrificios.

Hasta las víctimas iban coronadas de pino ó ciprés. Las coronas funerarias eran de laurel, de olivo y á veces de lilas, y se colocaban sobre los sepulcros. Los atenienes tomaron esta costumbre de los lacedemonios; de Atenas pasó á Roma, y los modernos han continuado en el buen gusto de tributar este bello homenaje á la memoria de los muertos, viéndose en todos los

países de Europa depositar coronas en los sepulcros.

En las solemnidades públicas en Roma se veía á los magistrados coronados de olivo ó de mirto. De llevar una corona en las festividades, se siguió la moda de ponerse tres para asistir á un banquete: la una en la coronilla de la cabeza, otra en las sienes, y la tercera al cuello. Era una expresiva muestra de distinción de parte de un ciudadano romano el enviar á alguno de sus admiradores la misma corona que hubiese llevado la tarde anterior. Los poetas latinos ofrecen frecuentes alusiones á esta graciosa prenda de amor, como la siguiente de Marcial en su distico á Polla.

«Intactas quare mittis, Polla, coronas? Á te vezutas malo tenere rosas.» (1)

Todas las flores que entraban en la composición de aquellas coronas, tenían su significación particular.

Pero la vanidad no se satisfacía ya con las flores, é insensiblemente el oro se fué mezclando con las rosas, y finalmente éstas desaparecieron para ceder su puesto á adornos más costosos y durables. Plinio refiere que P. Claudio Pulcher, cónsul en el año de Roma 569, introdujo la moda de dorar el órfculo de la corona, la cual se enseñaba al pueblo tres días antes y tres después de la coronación. Parece que un figura diamante alguno en la corona de Hungría.

Hacia el siglo x los reyes, duques, marqueses y condes adoptaron por corona un aro de oro, como emblema del poder absoluto.

Los reyes de la primera raza en Francia tenían cuatro clases de coronas:—una banda de perlas con estrechas cintas que pendían á la espalda; otra semejante á la spanoclista de los emperadores; la tercera en la forma de mortero como el gorro del presidente del antiguo Parlamento francés; y la cuarta de la figura de un pilón de azúcar con una gran perla en la cúspide. Los reyes de la segunda raza se ven coronados de dobles sargas de perlas, ó de una mitra imperial rematada por una cruz. La tercera raza solo poseía una corona, que consistía en un aro de oro tachonado de pedrería y rodeado de flores de lis.

La corona imperial adoptada desde el año 1498, lo fué por Francisco I, que no quiso ser inferior á su rival Carlos V en las insignias de la soberanía.

La famosa corona de hierro de la Lombardia, no es sino de oro puro, y solo deriva su nombre de un estrecho aro de hierro inserto en el interior, que se dice fué hecho de uno de los clavos con que el Salvador fué crucificado.

Theodolinda, viuda de Antharis, rey de los lombardos, llevó esta preciosa corona con su reino en su casamiento con Agilulph, duque de Turin, y desde entonces ha sido la corona de los soberanos de Italia. Se la conservaba en la tesorería del monasterio de Monza, cerca de Milán.

La primera corona que se pusieron los francos, fué la que el emperador Anastasio envió á Clovis, juntamente con el diploma de cónsul: era de oro adornada de pedrería. El príncipe de los francos, con todo el ceremonial propio del acto, fué investido de la clamide y túnica consulares en la basílica de San Martín, y coronado además con la diadema, y así ataviado montó en su caballo, y seguido de un brillante cortejo se dirigió á la catedral de Tours, arrojando en su camino puñados de oro y plata á la entusiasmada muchedumbre.

Hasta entonces la proclamación del jefe ó investidura del poder real, había consistido en elevar los soldados sobre sus escudos al guerrero elegido.

Los incas llevaban tambien una insignia de su soberanía alrededor de las sienes; no era, sin embargo, de oro, sino que, como el *pschenek* de los Faraones, consistía en una venda de fleco con borlas de color amarillo. Los peruanos la hacían de las hebras más finas de la lana de Vicuña.

La corona de los antiguos mejicanos era una especie de mitra de oro, y trabajosamente adornada de plumas y pedrería.

Los antiguos reyes persas tenían como emblema de su soberanía una tiara de color púrpura y blanca llama *Cydaris*. En la regalia de los persas no se conoce hoy la corona, á ménos que no quiera darse este nombre al gorro adornado de piedras preciosas con que el rey se cubre la cabeza.

CAPITULO IV. De los pendientes.

«Far beaming pendants tremble in her ear,
Each gem illumined with a triple star.
POPE'S HOMER'S ILLAD.

Los pendientes se han mantenido en todo el vigor de la moda á través de los tiempos, y se consideran un accesorio totalmente indispensable para completar el atavío femenino.

Este adorno se remonta á la antigüedad más remota. En Homero vemos á Juno ocupada en ponerse pendientes. Eurídamo no olvidó este arreo entre los regalos que hizo á Penélope.

Era entre los atenienses marca de nobleza el llevar las orejas agujereadas, y al contrario, lo era de esclavitud para los hebreos y fenicios varones.

Los pendientes que usaban las mujeres egipcias tenían la forma de simples aros de oro, de pulgada y media á dos y tercio pulgadas de diámetro, y á veces de mayor tamaño, ó compuestos de seis anillos soldados entre sí.

Los antiguos pendientes figurados en las esculturas egipcias y de Persépolis, son generalmente de forma circular. Tal era probablemente el *agil* de los hebreos. Entre las personas rías ó de elevado rango, el pendiente tenía á veces la

forma de un áspid con el cuerpo de oro y piedras preciosas.

En Tebas se han encontrado tambien pendientes de plata, en forma de simples anillos, como los de oro modernos, y tambien en forma de botones. Los pendientes orientales modernos, son más comunmente pendientes de pedrería, propiamente dichos que aretes de oro.

El Rabino asegura que á Eva le taladraron las orejas en señal de esclavitud y de sumisión al hombre cuando fué echada del Paraíso, y si fué así, no hay duda que las esclavas han hallado el medio de vengar su humillación haciendo pagar bien cara á sus maridos la marca de la servidumbre.

Entre los árabes, la expresion tener un anillo en la oreja, equivale á ser esclavo, y así, cuando alguno se somete á la voluntad de otro, dice que se ha prendido en la oreja el anillo de la obediencia.

Los aretes merecieron que se hiciese de ellos mencion frecuente en el «Antiguo testamento.» Su nombre en hebreo significa redondez, y era, por tanto, aplicable á toda clase de anillos. La palabra *nezem* parece haber denotado á veces un arete prendido á la nariz, y otras un arete de las orejas. Si no poseemos informes positivos sobre la forma de los pendientes que usaban las mujeres israelitas, podemos, al ménos, formarnos una idea de su peso por el único que le dieron á Rebeca, que era de oro y pesaba medio shekel, que viene á ser como la cuarta parte de una onza.

El uso de los aretes entre los hebreos parece haber sido puramente peculiar de las mujeres, segun se infiere del Libro de los jueces.

Los egipcios tampoco llevaban aretes, á pesar de que las esculturas de los antiguos monumentos atestiguan que su uso estaba muy extendido entre los hombres de otras naciones.

Las griegas llevaban aretes y sortijas con piedras finas, y las bellas romanas, que tomaban las modas del Oriente, no se quedaron rezagadas en aquella.

Uno de los convidados á la fiesta de Trimalcyon, lamentándose de que las alhajas de su mujer habían consumido su patrimonio, exclamó: «Si llegase á tener una hija le cortaría las orejas al nacer, para evitarme, á mí primero y después á mi yerno, el ruinoso dispendio de los pendientes.»

En ningún artículo como en este se revelaba tanto la vanidad y furor de ostentación de las damas romanas, y era probablemente por ser el adorno que está más continuamente de manifiesto. Los pendientes más costosos eran los de perlas. La moda al principio se fijó en una perla de forma de pera en cada oreja: ambas juntas se llamaban *uniones*, y era generalmente de un precio enorme.

Es de presumir que no siempre serían perfectamente pares en tamaño y forma, segun se infiere de haber regalado Julio César á la madre de Bruto una sola perla (y no un par), la cual costó seis millones de sestercios.

A los uniones sucedieron los *crotili* formados de dos, tres y á veces cuatro grandes perlas enastadas, que sonaban á cada movimiento de la cabeza, de cuya particularidad se derivó aquel nombre. El precio de estas *sonajas* ornamentales era tan exorbitante, que fué motivo para que Séneca indignado exclamase: «Ya no es bastante una perla en cada oreja para adornar á una mujer, pues se requieren tres, cuyo peso no puede ser de serles insoportable. Las mujeres, en su desenfreno, se figuran, sin duda, que para atormentar á sus maridos es menester llevar, por lo ménos, el valor de tres fortunas colgado de cada oreja.»

Las formas que se daban á los pendientes eran numerosas.

Las había de barbuja, *bullæ*, llamados así por su forma y poco peso, pues eran de oro muy delgado.

Los *calaia*, largos pendientes con una piedra verde, tal vez una esmeralda.

Los *caryotæ*, de la forma de pequeñas nueces verdes, segun lo indica el nombre.

Los *centauri*, adornados con pequeñas figuras de centauros.

Los *hippocampus*, de los que colgaban figuras de caballos ó de un pescado muy comun en el Mediterráneo, conocido con el nombre de caballo marino.

Los *rotule* imitaban pequeñas ruedas.

Los *stalami* fingían perlas de oro.

Lo que eran los *triglenæ*, tan famosos como uno que fué de los adornos de Juno, y por haberse hecho un presente con ellos á Penélope, no ha habido ningún anticuario hasta ahora que haya podido definirlo. Se conocían con tal nombre unos pendientes de la forma de trípodas.

Alejandro Severo prohibió á los hombres el uso de los pendientes.

En Grecia los niños llevaban un anillo en la oreja derecha.

La importancia de los pendientes entre los príncipes orientales se revela en el título del emperador de Astracán, que se denomina de esta manera: «Emperador de Astracán, dueño del Elefante blanco, y de los dos pendientes, y en virtud de esta posesion, heredero legítimo de Pegu y Birma, señor de las doce provincias de Beogala, y de los doce reyes cuyas cabezas tiene á sus plantas.»

Los pendientes de los indios orientales de ambos sexos, son con frecuencia de un tamaño enorme. La rigorosa moda los exige grandes como platillos de tazas cargados de pedrería, de modo que dilatan las orejas hasta rasgarlas.

Tenían tambien gran importancia los pendientes en la América del Sur. Eran entre los incas un distintivo de nobleza, y el soberano

mismo se dignaba agujerear con un punzon de oro las orejas del pretendiente á quien se conferia aquel honor: el punzon permanecía en la oreja hasta que la abertura era suficientemente grande para admitir el prendido del enorme pendiente que distinguía esta orden de nobleza. Los que llevaba el monarca eran tan sumamente pesados, que el cartilago de las orejas se distendía hasta llegar cerca de los hombros.

La moda de enormes pendientes parece haber sido hereditaria en el Perú, al ménos entre las personas de cierta clase. Los que usaa las muchachas de Chola (descendientes mestizas de españoles y peruanos) son tan enormemente pesados, que exigen el sosten de una cadena de oro que se pasan por la cabeza.

Antiguamente se llevaban llaves en las orejas por vía de adorno en Inglaterra, y á esta moda hace alusion Shakespeare en el quinto acto de *Much Ado About Nothing*, cuando Dogberry exclama: «Dicen que (Conrado) lleva una llave en la oreja y un candado pendiente de ella.» En tiempo de Shakespeare vivía en Londres un platero llamado Marco Scalliot, quien en 1578 fabricó y exhibió como un modelo de habilidad, un candado de hierro, acero y bronce, compuesto de once piezas diferentes y una llave de pipa, todo del peso de un grano de oro, y tambien una cadena de oro de cuarenta y tres eslabones, prendida al candado y llave dichas, y de la que tiraba una pulga, arrastrándolo todo con facilidad. Probablemente el tal Marco Scalliot sería el fabricante de los candados y llaves que la moda adoptó para pendientes de las señoras.

Los retratos de Enrique II y Enrique III de Francia y los de sus cortesanos, muestran que los hombres llevaban tambien pendientes en aquellos tiempos. La moda llegó á introducirse en la corte de la reina Isabel, y las orejas de Shakespeare ostentaron tambien aquellos adornos. Los elegantes del tiempo del Directorio llevaban anillos en las orejas, y aun hoy día se vé privar este capricho en las clases bajas, y especialmente entre los marineros.

CAPITULO V.

Pulseras.—Brazaletes.

«Tu quoque et auratos Eriphylla, lacertas,
Dilapsis nusquam est Amphiarus egulus.»

El nombre brazalete, del latin *brachiale*, se aplica á todo aro llevado en el brazo. Nosotros distinguimos con ese nombre los adornos de este género realmente usados en el brazo, y con el de pulseras los que se llevan en las muñecas, como la palabra lo indica.

En el Oriente las mujeres se ponen comunmente pulseras, y los hombres brazaletes, si bien estos no los adoptan sino como insignia de soberanía. Tal debió ser probablemente el adorno de que el amalecita despojó el cuerpo de Saul, para llevárselo con las demás prendas reales á David.

Está casi fuera de duda, que el brazalete debía ser un aro de metal precioso con pedrería, tal como los que aun usan hoy los reyes desde el Tigris al Ganges. Sin embargo, no debió ser solo distintivo del poder real, pues Judá, como cabeza de su tribu, los llevaba tambien. Los reyes de Persia hicieron regalos de brazaletes á todos los embajadores extranjeros en su país.

A los reyes egipcios se los representa con brazaletes que, á excepcion de ellos, eran solo peculiares de las mujeres. Los de estas no estaban, sin embargo, adornados de piedras, sino que eran de metal liso ó esmaltado, como segun todas las probabilidades, los usaron los hebreos. La pulsera y el brazalete son de la más remota antigüedad. Algunos brazaletes egipcios acusan una antigüedad de algunas centurias más que los más antiguos monumentos griegos. Eran de diferentes colores: de oro perfectamente trabajado, adornados de pedrería, ó delicadamente esmaltados.

La moda de los brazaletes se introdujo entre los griegos mucho despues de las sortijas. La invención y costumbre de este adorno, eran propias de un pueblo que llevaba los brazos desnudos, y los antiguos griegos, que adoptaron su traje de la Joia y el Oriente, consiente en túnicas de largas mangas, no debieron de pensar probablemente en adoptar el brazalete hasta que cambiaron su traje por el dórico.

Se habla de los brazaletes en diferentes pasajes de la Escritura. Los que le regalaban á Rebeca pesaban diez shekels (cinco onzas). Segun sir John Chardin, las mujeres del Oriente los usan tan pesados ó más que aquellos. Se los colocan uno á continuación del otro hasta cubrir el brazo desde la muñeca al codo. Algunos de ellos suelen ser de tanto peso, que más bien parecen destinados á servir de esposas que de adornos. Los materiales de que los hacen, varían segun la calidad de la persona, pero parece ser la regla que el mejor brazalete es el más sencillo.

Las clases elevadas los llevan de nácar, de oro flexible y de plata, siendo estos últimos los de uso más general. Las mujeres del pueblo se los ponen de acero, asta, bronce, cobre, abalorios y otros materiales más comunes. Los suelen haber de formas rectangulares; pero en general son semicirculares ó totalmente redondos, excepto la entrada para el brazo, donde están achatados algun tanto.

Los brazaletes de oro, retorcidos á manera de cuerda, son los que están más en boga actualmente en el Asia occidental. Sin embargo, no podemos asegurar hasta qué punto estuvieron en uso los de esa forma en los tiempos antiguos.

Entre los romanos, el brazalete era á la vez distintivo honorífico y marca de esclavitud, si bien

(1) «Por qué me envias, Polla, frescas coronas? Yo prefiero las rosas que tú has marchitado.»

en este último caso era meramente de hierro ó de plancha de bronce.

El brazalete *armilla* se confería al principio por los príncipes y generales como recompensa militar, pero se hicieron de uso arbitrario y á capricho de cada uno. Gruter cita una antigua inscripción de dos brazaletes compuesta de estas palabras: *L. Antonius. L. F. Fabius. Quadratus. Donatus. Torquibus. Armillis ab Tiberio Cesare bis.*

Segun Tito Livio los guerreros sabinos llevaban brazaletes muy pesados en el brazo izquierdo. Estos adornos tentaron la codicia de la incauta Tarpeya, quien se prestó á entregar la fortaleza romana á los enemigos, á condicion de que habian de darle sus brazaletes de oro, ó como lo expresó ella misma, lo que llevaban en el brazo izquierdo. Los conquistadores pagaron y castigaron la traicion arrojando á la cabeza de Tarpeya, no solo las codiciadas preseas, sino tambien los macizos escudos, que como ellas llevaban al brazo izquierdo.

Si los brazaletes de los sabinos eran de tanto peso como los que se ven en los gabinetes de antigüedades, no era, ciertamente, necesaria la adición de los escudos para aplastar la cabeza de aquella desgraciada mujer.

Los antiguos brazaletes, macizos, de la forma de una serpiente enroscada, que aun está en uso, eran, segun todas las probabilidades, un adorno peculiar de los hombres.

Las solteras romanas no llevaban brazaletes, al menos hasta que estaban prometidas. Despues de casadas se desquitaban de las privaciones que habian sufrido, y con tal furor, que, segun el epigramático Petronio Arbitr, algunas se cargaban brazaletes de seis y media á diez libras de peso.

En las ruinas de Pompeya se encontró sepultada en la lava una mujer con dos brazaletes en un brazo.

En tiempo de Plinio los hombres llevaban brazaletes de oro llamados *Dardanian*, porque se las procuraban de Dardania.

El emperador Maximiliano, sucesor de Alejandro Severo, que era de ocho piés y una pulgada de estatura, llevaba por sortija en el dedo pulgar, un brazalete de su mujer. Los antiguos brazaletes romanos eran de diferentes formas. Los de las mujeres imitaban á veces una serpiente, ó el torcido de una sogá, ó una trenza redonda rematada por dos cabezas de culebra. Se los ponian unas veces más arriba del codo y otras en la muñeca. A las pulseras les daban los griegos el nombre de *pericarpia*. La estatua de Lucina, mujer del emperador Lucio Vero, tiene figurada una pulsera de tres vueltas ó círculos. Los galos llevaban pulseras y brazaletes de oro macizo.

El precio de la traicion que Clovis ofreció á los *leudes* de Raguachaire, rey de Cambray, consistía en brazaletes y *hasberks* de oro, que para que correspondiesen dignamente á aquella infamia, se los entregó de oro falso.

Las insignias de autoridad de los reyes bretones, eran tiras de oro que llevaban rodeadas al cuello, brazos y rodillas.

Dion Cassio y otros escritores, describiendo el traje de guerra de la reina Boadicea, dicen que llevaba una cadena de oro rodeada al cuello, y brazaletes.

En la *Saxon Chronicle* del año 965, se apellida á Edgar, monarca sajón, el dispensador de brazaletes y el que premia á los héroes. Entre los noruegos, galos, celtas y sajones, el brazalete era una decoración en recompensa al valor.

Segun Guillermo de Malmesbury, los sajones, precisamente antes de la conquista, se recargaban de brazaletes de oro macizo.

Los normandos los traian tambien cuando invadieron la Galla. La seguridad de los caminos, y la total desaparicion de los bandidos que produjeron las draconianas leyes de Rollo, el gran jefe de aquellos invasores, se patentiza por un curioso incidente de su vida. Un día, despues de la caza, colgó sus brazaletes de oro de las ramas de una encina, sintiéndose á almorzar al pié de un arroyo, y al retirarse se olvidó de los brazaletes, que permanecieron tres años colgados de aquel árbol sin que nadie se atreviera á tocarlos.

(Continuará.)

EXCURSIONES FILOSÓFICAS.

Es la filosofía como árbol frondoso que extiende sus ramas por el campo de todas las ciencias, cobijándolas bajo su benéfica sombra; ó como caudaloso rio cuyas tranquilas corrientes se deslizan por los dominios de estas para comunicarles su poderosa sávia. En remotas edades se le dió el honrosísimo título de madre de las ciencias, y en la sucesion de los tiempos no ha desmentido nunca tan preciado nombre; antes al calor de su regazo maternal se han desarrollado con vigor y lozanía; y si hoy admiramos la altura á donde han llegado, debemos atribuirlo al esmero con que se ha cultivado la filosofía en las diversas épocas de la historia, y al homenaje y culto rendidos por el hombre á esta reina de las ciencias.

La filosofía presta á los diversos ramos científicos ese robusto colorido y esa grandiosa virilidad, sin la cual las cien-

cias languidecen, convirtiéndose en campo estéril é infecundo; y es cosa averiguada que las que reflejan con más viveza el poderoso organismo filosófico y procuran asimilar los tesoros de esta ciencia, se elevan por encima de las demás, y adquieren una profunda solidez, de que no puede despojarse el tiempo.

Por eso el hombre ha cultivado con afan la filosofía, previendo que en la explotación de tan rico tesoro estaba vinculado el porvenir de todos los conocimientos científicos.

Grato es al ánimo contemplar aquellas grandes batallas del espíritu, en las que con la poderosa arma de la investigación se procuraba entrar en el misterioso asilo de la verdad.

¡Batallas nobles y generosas en que tomaban parte los más grandes ingenios de la humanidad!

Pero no siempre, como en todas las cosas humanas sucede, ha correspondido el resultado á los esfuerzos que se han practicado. Excitado el hombre por el deseo de buscar la verdad, por esa voz interior de irresistible influencia, háse lanzado al campo de la investigación, y ha inventado múltiples y variados sistemas, ávido de encontrar la realidad de las cosas y de levantar el velo á los misterios que rodeaban su existencia. Las generaciones posteriores estudiaban estas teorías, y no hallando en ellas la apetecida fórmula, las sepultaban en el olvido. Así han ido sucediéndose sistemas á sistemas, formando una larga cadena, que no sabemos cuándo tendrá término.

Pero al analizar estas grandes fábricas de la inteligencia humana, el espíritu se replega sobre sí mismo, y se pregunta: ¿dónde está la verdad? ¿Conozco la realidad de las cosas? ¿Se ha rasgado el velo y ha aparecido el cielo de la inteligencia? Recorramos ligeramente algunos de estos sistemas, y analicemos el largo y penoso viaje del espíritu á través de diversas épocas, y despues podremos satisfacer esta duda.

Comencemos por el escolasticismo, porque sirve de precedente cronológico á la gran revolucion filosófica de Descartes. Sujeta esta escuela al yugo de la autoridad, circunscribió á ser el intérprete de las ideas religiosas, adoptando en general en todos los ramos científicos el pensamiento de la filosofía de Aristóteles. A pesar de los defectos de esta escuela, no titubeamos en afirmar que fué juzgada con harta ligereza.

Al penetrar en los dominios del escolasticismo, el observador va marchando por un campo árido y triste; encuentra inmensas llanuras sin vegetacion, tropezando á cada momento con escombros que le obstruyen el paso; pero á través de aquel cuadro sombrío y desolador, la mirada descubre á veces maravillas que le suspenden el ánimo. En medio de ese farrago inmenso que se llama filosofía escolástica, hay grandes tesoros, profundas abstracciones, como se oculta en el vil lodo (valiéndonos de la frase del profundo Leibnitz respecto á este mismo asunto) una piedra preciosa. Buena prueba de ello es que los más insignes filósofos de Alemania no se han desdenado de resucitar algunas teorías de esta escuela. En los grandes trabajos de análisis que hizo Kant sobre la inteligencia humana, hay notables reminiscencias de este sistema.

¿Ni cómo pudieran pasarsiete ú ocho siglos sin que cruzase por el espíritu humano una idea luminosa? Pero esta escuela no satisfacía las condiciones de la ciencia, y Descartes funda su método filosófico sobre las ruinas del escolasticismo, señalando nuevos derroteros al pensamiento. Hasta Descartes el órgano de la inteligencia era la autoridad; despues de este ilustre pensador, el hombre empezó á sondear los secretos de la naturaleza, fundando sobre tan sólido cimiento el vasto edificio de la ciencia. El filósofo francés tendió su mirada sobre las ruinas de la Edad Media, y al meditar sobre aquellos escombros y aquellos fragmentos de otra civilizacion, su mente concibió una idea, y esta idea fué la duda. Empezó por dudar de todo, y sentó por base de su sistema aquella célebre frase: *ego cogito, ergo sum.*

Colocado sobre la cúspide del sér humano, y partiendo de la base de su existencia, marcha á través de las regiones científicas, aplica el escalpo de su crítica á todos los objetos del conocimiento, y con la antorcha de la evidencia en la

mano, va explorando nuevos mundos como Colon. ¡Qué grande nos parece Descartes en su atrevida empresa!

Replégase sobre sí mismo, descendiendo al fondo del sér, caracteriza y deslinda las múltiples funciones del espíritu, establece una profunda línea divisoria entre el mundo ideal y el material, combate las teorías que un grosero materialismo esparciera sobre el sér humano: las menegadas doctrinas de Gassendo y Hobbes, mengua y desdoro de la dignidad humana, son vigorosamente impugnadas por la inflexible lógica del ilustre filósofo.

De este modo, haciendo prevalecer en su sistema el método psicológico, dilató los horizontes de la ciencia del espíritu y sentó sobre bases impeccederas tan importante ramo científico, descubriendo á la vez misteriosos secretos que no habian siquiera adivinado los filósofos que le habian precedido.

¿Qué más? Aunque no tuviera más títulos que los que hasta aquí hemos mencionado, su nombre apareceria rodeado de gloria en los anales de la filosofía, y la ciencia le contaria en el número de sus más ilustres hijos. Pero tiene todavía otro timbre glorioso que no debemos pasar por alto; él fué el primero que proclamó la libertad del pensamiento y sacudió el yugo de la autoridad en el terreno científico.

Rotos así los lazos que encerraban en un círculo de hierro la inteligencia, descubriéronse á la vista de los filósofos vastísimos horizontes y regiones nunca exploradas.

Más sucede un fenómeno muy frecuente en la historia. Cuando un pensador lanza al mundo una grande concepcion, una obra que hace época en los fastos de la humanidad, preséntanse otros ingenios de orden secundario que pretenden, sin títulos de ningun género, dar nuevo esmalte á aquella idea, y explotan en provecho propio la gloria ajena; pero al dar un nuevo toque al maravilloso cuadro, lo hacen con torpe mano, y borran las nobles figuras que trazara el pincel del génio. Esto ha sucedido á Descartes; sus obras fueron mal interpretadas, y se dedujeron las más extrañas consecuencias de su sistema. Sin embargo, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para imponer silencio al gran revolucionario, su voz dominó por completo el siglo xviii.

La novedad de las teorías, que siempre tiene atractivos, la profundidad con que sabia desarrollarlas, y la galanura y amenidad de estilo que esmaltaba sus obras; hé ahí las causas por qué este insigne pensador dirigió el movimiento filosófico de su siglo, imprimiéndole tan vigoroso impulso, que aun sobrevive en la filosofía moderna el sello idealista que constituía el fondo de su sistema.

Al partir de Descartes se penetra en un mundo de lodo, de miseria, de fango. Despues de aquella voz poderosa que proclamó en alto las grandezas del espíritu; tras de aquel vigoroso sistema que reivindicaba los fueros de la dignidad humana, hondamente ultrajados; cuando la ciencia, en alas del espíritu, se habia elevado á purísimas alturas, ha vuelto á sepultarse en un abismo tenebroso, arastrándose por los suelos.

El siglo xviii simboliza la preponderancia del espíritu sobre la materia, del elemento orgánico sobre el elemento psicológico, de la sensacion sobre la idea. El espíritu es una fábula mitológica; el conocimiento, la idea, no es más que la sensacion. ¿Qué es el sér humano para la filosofía sensualista del siglo xviii? Una máquina más ó menos bien organizada, un animal algo más perfecto que los demás. La magestad que brilla en la frente del hombre y esa altiva mirada con que domina todos los objetos de la naturaleza, nada significaba para aquellos miserables cirujanos de la filosofía.

El siglo xvii fué el siglo de Descartes; el xviii, de Locke; el primero del idealismo, el segundo del empirismo. Aquellos vientos del espíritu hacia las regiones del idealismo, hacia las purísimas fuentes del sér, aquella mirada serena con que escurriaba los más profundos secretos de la metafísica; todas las concepciones sublimes que realizaban el pensamiento filosófico del siglo anterior, fueron consideradas como delirios pueriles. Apagóse el soplo inmortal que animada el sér humano, y no quedó más que la estatua de Condillac.

La literatura, las costumbres, todo el

organismo social estaba infectado por la atmósfera asfixiante del sistema sensualista. Entonces apareció Hume, y abor-dando de frente la cuestion, negó la realidad de los principios más absolutos, precipitando las inteligencias en el más desolador escepticismo.

Para Hume no hay nada más allá de la experiencia sensible, de las fronteras del mundo material. El hecho, el fenómeno fisiológico reproduciéndose bajo la accion de la fatalidad: hé ahí toda su filosofía.

Tal era el abismo á donde habia llegado el espíritu filosófico; pero esta vaguedad, esta duda que torturaba los entendimientos, era insostenible, no podia durar por mucho tiempo. En aquellos momentos de vacilacion y de escepticismo universal, aparece en el mundo el ilustre filósofo de Königsberg, Manuel Kant. Abarca con su mirada profunda y sagáz el estado de la filosofía, y marcha con ánimo severo y resuelto á fundar un edificio sólido y duradero sobre aquel monton de ruinas. Atrevida y colosal era la empresa; pero Kant no caja en su obra. Su objeto era vasto, inmenso; no se ceñía á fundar un sistema más ó menos importante en la historia filosófica, sino á establecer una teoría que de una vez para siempre terminase las controversias de los filósofos, y pusiera un dique á esa eterna renovacion de sistemas que desde Thales han venido reemplazando unos á otros. El objeto que se proponia el profundo pensador era irrealizable, atendida la virtud progresiva del espíritu humano; pero á Kant no le arredraron los obstáculos, y descendió al fondo del sér humano y estudió con esmero la facultad que en él descueña, la razon; sometió á un examen severo y crítico el conocimiento, analizando sus elementos, sus medios de desarrollo y las diferentes fases que presenta.

De este modo, decia, se conocerá el vicio interno que produce las exageraciones del dogmatismo y las estrecheces del empirismo.

Las obras de este filósofo obtuvieron una acogida en extremo lisonjera, y bien pronto su sistema cundió por Alemania, mereciendo el honor de ser comentado por los filósofos más distinguidos. Ese espíritu profundo que se nota en sus investigaciones, el análisis severo con que desentrañaba cuestiones más capitales de la ciencia, atrajo las simpatías de los pensadores de Alemania, siendo quizá un atractivo lo oscuro y desusado de la forma con que revestía sus ideas. ¿Pero ha conseguido su objeto el ilustre pensador? No, pues su sistema ha sufrido nuevas metamorfosis, nuevas evoluciones; pero de todos modos la ciencia le debe inmensos beneficios. De él parte ese movimiento generoso de la filosofía moderna que se eleva á lo infinito, á lo incondicional, á lo absoluto. El espíritu moderno se pasea, digámoslo así, por inmensos y dilatados espacios.

Pero entre la multitud de sistemas que han invadido el campo de la filosofía moderna, ¿dónde está la verdad? Ecco el problema. ¿Se ha descubierto ese eterno enigma de la inteligencia? ¿Nada queda ya que sondear en el fondo de la naturaleza, y se ha rasgado despues de tantos siglos el misterioso velo? ¿Es cierto que existe en la conciencia esa continua revelacion de lo absoluto, como generosamente piensan algunos, y hemos abarcado, por consiguiente, las regiones de lo desconocido? ¿No queremos halagar nuestro orgullo científico con semeiante teoría? ¡Ah! El enigma continúa todavía sin descifrar. No nos envanezcamos de lo que no poseemos. Todavía hay nuevos mundos que explorar, inmensos espacios que recorrer.

A nosotros toca continuar esa peregrinacion del espíritu hacia la verdad. ARNALDO.

REVISTA DE TEATROS.

¿Para qué he de fatigar tu paciencia, lector amigo, refiriéndote por vía de proemio, como otros suelen hacerlo con gran copia de erudicion, los motivos por que andan las buenas letras de capa caída y las artes maltrechas y los literatos en desprecio y los artistas en desuso? ¿Ni para qué explicarte cómo y dedónde de el arte bufo, el can-can y las representaciones de espectáculo vinieron á asentarse en el desnudo tablado donde un telon, cuatro bastidores, seis sillas y

una mesa bastaban á desarrollar ante un público serio é inteligente, los caballescios enredos de Calderon, las apacibles tramas de Moratin y los inimitables diálogos de Breton, cosas saturadas de sabor propio y carácter nacional?

Ello es lo cierto que así sucede, y sobre con que tú y yo demos por hecho el mal—y si lo damos—para que, sin averiguar sus orígenes, veamos cada cual, según su leal saber y entender, de ponerle remedio, si lo tuviere, que si lo tiene, á juzgar por las muestras que hemos visto en el antiguo corral de la Pacheca, de las cuales te daré puntual noticia luego, y no ahora porque es en mi añeja costumbre dejar lo mejor para los postres.

Y sin otro preámbulo ni más aviso, si no es encomendarme á tu piedad, que bien la há menester quien para desfacer entuertos literarios y hacer agravios se dispone á enristrar la péñola cada quince días, dígame lector, que con el verano son acabados los conciertos del Buen Retiro, en cuyas históricas alamedas, guardadoras de tanto régios secretos, háñse renovado para solaz del más humilde plebeyo, si vá acompañado de una peseta, en estos tiempos profanos de democracia, los nocturnos pasatiempos y las teatrales fiestas con que el conde-duque de Olivares divertía las desventuras de Felipe IV, y Farinello entretenía los ócios de Fernando VI.

Pero si las alamedas del Retiro han vuelto al silencio y la oscuridad, y los Circos de Price y de Rivas están muriéndose de constipado, á pesar de los ardientes árabes y del espléndido calor de la *Hija del fuego*, los teatros de invierno han abierto sus dobles puertas, y desde la arena del Circo de Price, convertida estos últimos días en un nuevo Sahara, con sus hijos del desierto, con sus aullidos salvajes, con sus saltos de panteira, hemos pasado á la Alhambra; hemos trocado el frío parque de Madrid por las comodidades de la Zarzuela, y desde las maravillas de *Flama*, con sus palacios de fuego, con sus luces mágicas, con sus vegetaciones exóticas, con sus danzas extrañas, desde los esplendores que componen ese sueño de otros mundos, hemos despertado en el templo clásico de nuestro arte propio, del arte español, desnudo de todas riquezas que no sean sus joyas inestimables, que son lustre de propios, envidia de extraños, escuela de muchos y ejemplo de todos.

De la *Alhambra* poco habré de contar, porque poco tiene que ver.

Tengo para mí que la empresa pretendió restaurar el arte zarzuelero y erigirse en vestal del fuego sagrado de la música española: y presúmolo porque comenzó con una de nuestras mejores zarzuelas, *Los diamantes de la corona*, como tributando un recuerdo á los buenos tiempos, de la propia manera que las compañías dramáticas suelen estrenarse con Calderon ó Lope de Vega.

Pero bien pronto ha dado á conocer que este comienzo fué antes que virtud necesidad, representando una obra digna en todo de los malos tiempos que corren: verdad es que el desacierto se excusa con que la empresa no tendría á mano otra mejor.

Jorge el Guerrillero es un engendro de la musa melenuda, hecho con toda la refinada malicia del autor que quiere vengarse del público, mortificándole, y deshecho por los actores con todo el aparato que su argumento requiere.

A pesar de algunos trozos musicales no desagradables, el público no gustó de la obra, juró guerra á *El Guerrillero*, y le ha obligado á retirarse del palenque.

La compañía es de lo más medianito que ha podido encontrarse, si se exceptúa á la simpática Teresa Rivas: los carteles nada nuevo anuncian; el teatro se asemeja en concurrencia al Senado cuando hablaba el bueno del obispo de Urgel, de donde yo infiero claramente que la empresa se ha propuesto establecer con cierta novedad una casa de dormir con acompañamiento de música.

Y basta, lo sea que también nos duramos nosotros.

Poco tiene que envidiar *Jorge el Guerrillero* á *All-Babá*, personaje salido de los cuentos con que la ingeniosa Cherazada entretuvo durante tantas noches á su fiero señor, y que ha abierto orientalmente el teatro de Zarzuela.

Un libro insulso y frío, arreglado del italiano, y una música del Sr. Botessini,

que descubre más artificio y estudio que inspiración, componen esta obra de tres autores distintos y una sola víctima verdadera, el inteligente Sr. Salas, que ha perdido lastimosamente tiempo y dinero, en presentar con ostentación y propiedad á este ingrato *All*, que tan mal ha pagado sus desvelos.

Es de sentir el percance por la empresa de la Zarzuela, cuyos buenos deseos merecen mejor fortuna: pero ni las decoraciones, que son bellas, ni los trajes, que son lujosos, ni la ejecución, que fué buena, pueden salvar al incauto *All-Babá*, ya sustituido por *La Cisterna encantada*, zarzuela antigua, si lo bueno pudiera ser antiguo, que ha obtenido buen éxito por lo esmerado de su ejecución.

En resumen, un empresario diligente y una compañía notable ofrecen variado y seguro deleite al distinguido concurso que acude al coliseo de la calle de Jovellanos.

Y hétenos ya en el Español, arca santa donde este año vivirán nuestras tradiciones y nuestras esperanzas.

Abrió sus representaciones con una de las comedias más bellas y mejor sentidas del insigne D. Pedro Calderon: y esto dicho, todo comentario fuera ocioso.

Está refundida: siempre es osada empresa la de suplir y enmendar las grandes obras; si ha de conservarse el carácter propio y sabor peculiar de los maestros, fuerza es aceptar sus defectos á trueque de sus primores; pero admitida la profanación, no hay que pararse en la cantidad: ó no refundir ó refundir de verdad.

Dígame porque bien pudo quedar suprimida, como otras cosas han quedado, la relación que en el tercer acto dice al rey el criado *Tosco*, cuya presencia es impropia y cuyo razonamiento no es oportuno en aquel lugar y la ocasión aquella.

Con decir que el desempeño casi correspondió con la comedia, habré alabado suficientemente el esmero y acierto de su ejecución.

Desde muchos años acá no se ha visto reunido un cuadro de actores mas igual y acabado; todos jóvenes, todos entusiastas, todos estudiosos, ellos son lo único que nos queda y lo único que promete: son á la par que el recuerdo la esperanza de nuestro teatro.

Los nombres juntos de la Hijosa y la Boldu, de Mario, Morales y Calvo, bastan para responder de este juicio.

Estrenóse la misma noche un apropósito intitulado *D. Ramon de la Cruz*, bien escrito por D. Emilio Alvarez, para conmemorar las desventuras del inmortal pintor de nuestras costumbres populares.

Algo violenta y fuera de razon parece la presencia simultánea de tres memorables varones como Jovellanos, Goya y nuestro famoso poeta en el taller de un carpintero, y tampoco se acierta á componer la ilustración que este honrado artesano muestra con la ignorancia común de aquellos días.

De todas suertes, la pieza es un cuadro oportuno que enseña fielmente cómo el ingenio vivía hamillado y moria oscurecido en el miserable tiempo de *pan y toros*.

Y paso de Calderon y Cruz á D. Eusebio Blasco.

En verdad que una mujer joven y hermosa, que por pura gratitud casa con un viejo feo, y por añadidura tonto, y es cortejada y acaso involuntaria amante de un galán fogoso, audaz y de agradable presencia, y permanece honrada y no pone en olvido sus deberes, es cosa tan rara é inverosímil como una *mosca blanca*.

Pero es el caso que la *mosca* del señor Blasco es casi tan negra como otras muchas que vuelan por este picaro mundo incorregible.

Bien se me alcanza que donde no hay flaqueza que vencer no hay virtud, como donde no hay lucha no se gana gloria, y por ello el autor ha hecho bien en presentar á la protagonista inclinada á su pretendiente.

Pero una mujer enteramente honrada, ni dá á entender su afición, ni pone en ridículo á su marido confesando que no le ama, ni funda su continencia solamente en las vanas apariencias del decoro, ni arrostra los peligros de una entrevista con su amante, ni consiente en largas pláticas y peligrosas argumentaciones.

Una esposa honrada comienza por

no abrir á un pretendiente su casa, si quiera se malogren todas las fiestas en ella prevenidas; y aunque respetos sociales, más poderosos que la propia tranquilidad, la obliguen á admitirle en ella, no la obligan á una entrevista que estaba evitada, si el autor no buscara expresamente lo contrario, aun á costa de la verosimilitud dramática.

Parecía natural que Matilde, tal es el nombre de la esposa, acometida de repentina dolencia, en su casa y entre sus amigos, se recogiese á su aposento: aquí, sin embargo, sucede que se recojen los amigos, y la enferma, sin que la acompañen ni su sobrina por caridad, ni su esposo por deber, queda sola en la escena y á merced de su amante: la comedia, que debiera acabar aquí, puede continuar gracias á esta impropiedad.

Esto por lo que toca al carácter de la protagonista que es contraproducente.

Háse dicho que el Sr. Blasco, á imitación de autores de moda en Francia, proponiáse presentar un cuadro íntimo de la alta sociedad: á ésta debe, sin duda, pertenecer aquella casa, á juzgar por la magnificencia y buen gusto de sus adornos, y por los embajadores, generales y títulos que la visitan.

Pero á la alta sociedad no acuden diplomáticos que dicen *haja y cuala*; ni en la alta ni en la mediana sociedad es costumbre dar golpes de melodrama llamando á los comparsas para presenciar desagrazios; ni hoy se piensa bien, antes se sospecha más, de esas satisfacciones no pedidas; ni en la alta sociedad—fuera de la del Rastro—hay niñas de quince años que se ponen en jarras para decir, *coram populo*, cuatro frescas á un galán, y una fea desvergüenza á su tía.

La *mosca blanca*, en suma, es el eterno y tantas veces reproducido argumento del viejo y de la niña desarrollado con caracteres falsos—excepto el del marido, inocente y bonachon.—con situaciones inverosímiles y con descuidado estilo.

Pero no todo ha de ser malo en la obra, porque no es inmerecido el crédito de que goza el Sr. Blasco. Tiene bastante bueno, y lo es la sal cómica de que está sazonado el diálogo y la habilidad con que está conducido el plan, admitida la falsedad de su fundamento.

La exposición clara y natural promete una comedia sencilla é interesante.

El segundo acto es ingenioso y termina con un recurso de buen efecto que aviva el interés en el espectador, porque dice duda si Matilde apela á aquella ficción mirando solo á salvar su decoro, ó si, vencida de la pasión, salva á su amante con intento de conservarlo para sí.

El tercer acto decae por extremo, aunque es también muy ingenioso el recurso con que el autor corta la catástrofe próxima á suceder, trocando en cómico el que iba á ser trágico final.

La comedia se desenlaza agradablemente: el matrimonio queda tranquilo, la moralidad en su lugar, el vicio en ridículo, los niños en visperas de casarse á gusto, y el público, si no satisfecho, entretenido con la obra, y contentísimo de su excelente ejecución y esmerado aparato.

La Hijosa da fin á la velada con su portentosa gracia, que renuncio á describir por ser cosa imposible y por todos proclamada. Y yo, que nada más puedo pedir á la empresa y los artistas, acabo pidiendo á Dios que los perpetúe en el teatro Español para desagravio de los pecados artísticos allí cometidos, y para solaz y gala de la corte.

E. UGEN Y O'SESELL.

D. Juan Clemente Zenea, colaborador que fué de *LA AMÉRICA*, ha muerto fusilado en la isla de Cuba.

Hombre de hidalgos sentimientos y sencillas costumbres, buen poeta, buen padre, buen esposo, ha bajado al sepulcro sin una mancha en la honra ni un remordimiento en la conciencia.

Pensaba que Cuba debía ser libre, y ha pagado triste tributo á las leyes de la guerra.

La redacción de *LA AMÉRICA* guardará eternamente la memoria de su compañero, porque la ley de los afectos está sobre todos los Códigos sociales.

MI BAÑADERA.

Triste y fatigado
En la ardiente siesta
Cansado de dar
Vueltas y revueltas,
De tomar el pulso
De poner recetas
Y de oír gemidos,
Y de ver miserias;
Vuélvome á mi casa,
En donde me esperan
Mis hijos queridos
Y mi amiga tierna.
Apenas me sienten
Periquito y Pepa,
Cuando, dando saltos,
Salen á la puerta.
Entre sus bracitos
El uno me estrecha,
Y amorosa la otra
Me halaga y me besa.
Luego, de mis manos
Asidos, me llevan
Al cuarto en que se halla
La mi bañadera,
De agua rebosando
Cristalina y fresca.
Vedlos que, desuados,
Por mí solo esperan.
¡Qué juegos, qué risas,
Qué amable inocencia!
Ya estoy en el agua;
Amiguitos, ¡real!
¡Quién es el valiente,
El primero que entra?
¡Viva mi Pepilla
Que fué la primera!
Pedrito la sigue,
Y empieza la fiesta.
Ya el uno y el otro
Paliditos tiemblan;
Ya por los dorados
Cabellos les ruedan
Las trémulas gotas,
Cual líquidas perlas.
Pepilla, que nunca
Se sabe estar quieta,
El agua á su hermano
Echa á manos llenas.
Con las mismas armas
El otro contesta:
Trábase al instante
Reñida contienda;
El agua va y viene,
La lluvia no cesa,
Y un mar borrascoso
Es la bañadera.
Yo, en medio del campo,
Bajo la tormenta,
Mucho más me baño
De lo que quisiera.
En fin, mi voz se oye,
Hácese una trégu,
Y la paz bien pronto
Concluida queda.
Preséntame entonces
Pepilla otra escena:
Del jabón y el peine
Armada, se acerca,
Y de fuerza ó grado,
Quieras que no quieras,
Más bien que peinarne,
El pelo me enreda.
Mi Pedrito en tanto
Más juicioso, empieza
A hacerme, cual suele,
Preguntas discretas.
—¡Por qué te viniste,
Papá, de tu tierra?
—Hijo, me obligaron
A venir por fuerza.
—¡Quién?—Los enemigos
Que son unas fieras.
—¡No había soldados
Que te defendieran?
—Sí, pero, hijo, hablemos
Sobre otra materia.
En este momento,
Amable y risueña,
Como siempre, Amira
De lejos les muestra
La cesta colmada
De frutas diversas.
Cual rápida parte
Del arco la flecha;
Cual hiende los aires
El ave lijera,
En pos de la madre
Mis dos hijos vuelan.
Luego, generosos
Tornan, y me obsequian
Con la mejor parte
De su dulce presa.
¡Hijos adorados!
¡Carísimas prendas
Del alma! Tan solo
Vosotros pudierais
Calmar mis angustias,
Divertir mis penas!
Así de los tiros
De mi suerte adversa
Os libren los cielos;
Y entre las malezas
De la humana vida,
Benignos protejan
Vuestra inerme infancia,
Y vuestra inocencia!

JOSÉ FERNÁNDEZ MADRID.

Madrid: 1871.—Imprenta de *LA AMÉRICA*,
á cargo de José Cayetano Conde,
Florida Blanca, 5.

SECCION DE ANUNCIOS.

Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la pobreza de la sangre, en las nevrosias de todas clases, las flores blancas, la diarrea crónica, pérdidas seminales involuntarias, las hemorragias pasivas, las escrófulas, las afecciones escorbúticas, el período adinámico de las calenturas tifoidales, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mujeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demás tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C^a; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Américas.

Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las fiebres amarilla y tifoidea y de las enfermedades epidémicas. — Desconfiese de las Falsificaciones. — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

INOFENSIVOS de esquisito perfume fortifican y decoloran instantáneamente el cabello y a ba su color primitivo, por una simple aplicación, grasas ni laeas, sin manchar la cara, y sin causar medades de ojos ni Jaquecas.

TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN
QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1^a CLASSE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS
12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos Tintes perfectos, se abandonan esos tintes debiles LLAMADOS AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — Oscuro, castaño, castaño claro, 8 frs. — Negro rubio, 40 frs. — D^r. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA Y C^a.

IRRIGADOR

Invenccion del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estamilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones espereidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

BRAGUERO CON MODERADO

Nueva Invenccion, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO Y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reunen todas las perfecciones del ARTE HERNIARIO; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son elen interior de cautchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALHENTE de DICQUEMARE finé DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los maticos, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39. Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demás medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de LE ROY son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el ROB VÉGÉTAL BOYVEAU LAFFECTEUR, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantizado con la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas.

nuevas, invetadaras ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empeines y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Herpes, abscesos, gois, mareasmo, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asmas nerviosos, úlceras, sarra dejenarada, reumatismo, hipocondrias, hidropesia, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrófulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Girardeau de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — Desconfiese de las falsificaciones, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Girardeau de Saint-Gervais.

PEPSINE BOUDAULT



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla única para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el D^r CORVISART médico del Emperador Napoleon III

Y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elixir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Frascos de una onza), en las Gastritis, Gastralgias, Aguras, Nauseas, Eructos, Opresion, Pituitas, Gases, Jaqueca, Diarreas y los vomitos de las mujeres embarazadas

PARIS, EN CASA DE HOTTOT, SUCC^r, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERÍA MERCERÍA Y ÚTILES DE ESCRITORIO

en Valparaíso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admite to-la clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

Nota. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerro, Valparaíso (Chile.)

JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1^a classe de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 30 años, por los mas célebres médicos de todos los países, para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitations y opresiones nerviosas, del asma, de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espustos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C^a, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairé.

Depósitos: en Habana, Leriverend; Reyes; Fernandez y C^a; Sara y C^a; — en Méjico, E. van Wingerdt y C^a; Santa María Da; — en Panama, Kratochwilli; — en Caracas, Sturup y C^a; Braun y C^a; — en Cartagena, J. Velaz; — en Montevideo, Ventura Garaficochea; Lascaxos; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaíso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dopeyron y C^a; — en Guayaquil, Gault; Calvo y C^a; y en las principales farmacias de la América y de las Filipinas.

GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (colores palidos); las pérdidas blancas; las debilidades de temperamento, em ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.



PILORAS DEHAUT

—Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.—Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, según la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoja, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan según sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentación, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad.—Los médicos que emplean este medio no encuentran en enfermos que se nieguen a purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instrucción. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los Romadizos, Grippe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restablece á las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarillas y tifóideas.

Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rúbrica de DELANGRENIER, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París.—Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confie.—Habana, Mercaderes, núm. 16.—E. RAMIREZ.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. 30 » Por comisionado 32 » Ultramar y extranjero. 70 y 80

EL TARTUFO, COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO DE LA RELIGION NATURAL,

por D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ, REDACTOR DE «EL UNIVERSAL.»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido. Contiene en su primera parte un prólogo, una introduccion, el credo, mandamientos, etc., etc.; y en la segunda, preguntas y respuestas sobre el texto. Su precio un real en Madrid y real y medio en provincias. Se halla en las principales librerías.

VAPOR ES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LÍNEA TRASATLÁNTICA. Salida de Cádiz, los días 15 y 50 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana. Salida de la Habana tambien los días 15 y 50 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 3 columns: Clase (Primera, Segunda, Tercera), Destino (de Cádiz), Precio (Pesos).

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera. El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente. id. Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta. Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje. Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

LÍNEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinación con los correos trasatlánticos. Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

Table with 5 columns: Destino (Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz), Clase (1.ª, 2.ª, Cubta), Precio (Pesos).

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, FILIPINAS, CENTRO AMÉRICA, BOLIVIA, BRASIL, PARAGUAY, URUGUAY, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, PERÚ, PLATA, and EXTRANJERO.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLITICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.

La correspondencia se dirigirá á D. Víctor Balaguer. Se suscribe en Madrid: Librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen; Moya y Plaza, Carretas.—Provincias: en las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesorería Central, Giro Mútuo, etc., ó sellos de Correos, en carta certificada.—Extranjero: Lisboa, librería de Campos, rua nova de Almada, 68 París, librería Española de M. C. d'Enne Schmit, rue Favart, núm. 2; Londres, Sres. Chidley y Cortazar, 17, Store Street.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París con los señores Laborde y compañía, rue de Bondy, 42.

TENEDURIA DE LIBROS.

POR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 500 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante: Barcelona, Niubó, Espadería, 14.—Cádiz, Verdugo y compañía.—Madrid, Bailly-Baillière.—Habana, Chao, Habana, 100.



Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desmenuza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.—3,000 curas auténticas.—Medallas de primera y segunda clases.—Por invitacion del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curacion se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto.) Depósito general en PARÍS, 28, rue Geoffroy-Lasnier, y en Madrid, BORRER, hermanos, 5, Puerta del Sol, y en todas las farmacias.

ENFERMEDADES DEL PECHO

CLOROSIS ANEMIA OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hipofosfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París. Exíjase el frasco cuadrado, la firma del Doctor Churchill y la etiqueta marca de fábrica de la Farmacia Suquet, 12, rue Castiglione, París.

FABULAS POLITICAS.

(Cuaderno detenido y recogido en Mayo de 1868.) Se vende en la librería de Cuesta, calle de Carretas, 9.

OBRAS DE TEXTO

POR SALVADOR Y AZNAR.

TENEDURIA DE LIBROS POR PARTIDA DOBLE.—Nueva edicion, aplicada á las contabilidades mercantiles, industriales de la propiedad, la general del Estado y de fondos provinciales, 12 reales. PRACTICAS DE CONTABILIDAD MERCANTIL, ó problemas de borrador de una contabilidad completa, para su redaccion en el Diario y Libro mayor, 8 reales. Librería Moya y Plaza, y principales de Madrid y provincias. El autor, que vive en Valencia, 2 principal, los envia por el correo á 15, 25, y 10 rs. en sellos ó libranzas.